Natalia M. Alcalde

VIVIR PARA SIEMPRE FRENTE AL FUEGO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

NATALIA M. ALCALDE

VIVIR PARA SIEMPRE FRENTE AL FUEGO

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Primera parte
SEPARACIÓN

Un plato con sal

El bracito

Grillos en el estuche

Lisztomanía

El Olvido

Segunda parte
LIMINALIDAD

Almas heridas

Adentro

Busco casa

Tercera parte

REINCORPORACIÓN

El impulso y la caída

Epílogo. Escombros de Luna

Agradecimientos

Acerca de la autora

Créditos

Planeta de libros

La palabra es santa y el libro es altar.

Primera parte
SEPARACIÓN

Un plato con sal

Me hipnotizó el croar repentino del sapo ese. Era verde con manchas negras y ojos saltones. Feo como él solo. Un globo. Eructaba queriendo desinflarse. ¡Qué criatura tan horrorosa! ¿No se le hace, padre? Me cae que Diosito se la voló con esto de la creación, ni al artista más drogado se le hubiera ocurrido tanta cosa. No que Dios esté drogado, eh. ¡Ay, perdóneme! Ya se me soltó la lengua. Le cuento esto porque hubo algo que sí se me hizo bonito del sapo, y es que, por más gordo, el muy canijo se sostenía con gracia sobre su hoja de pantano. ¿Ve, padre? ¿Ve cómo todo es relativo?

¿¡Qué!? ¿Que Dios vomitará a los tibios de su boca? ¡Válgame! ¿En dónde dice eso? ¡En el Apocalipsis! Yo no quiero que nadie me vomite de su boca, y menos aún Dios. Sí, tiene usted razón, ya no voy a andar justificando mis faltas; pero le juro que yo siempre me arrepiento de corazón y cumplo con la penitencia que usted me manda al pie de la letra, como si fuera receta de doctor.

Oiga, aquí huele como a encerrado, ¿no? Le cuesta a uno respirar. ¿A usted también le pasa? Híjole, ¿podría hablar un poquito más alto? Ya ve que me estoy quedando sorda…

Sí, sí. Le apuro. Lo que pasó es que ayer me regresé a la casa por otro camino. Quería pasearme más rato, que me diera el aire. Es que me está

costando mucho llegar y que Alfredo no esté. Yo sé que era un huevón, que no hacía más que chupar y pasarse el día echado. Perdóneme las palabrotas, padre. Pienso en mi marido y me hierve la sangre. Aparte de bueno para nada, me fue a abandonar por la güera que se decía mi amiga. Cabrona. ¿Se puede ser más mala persona que eso? Después de que le entregué mi vida, mi juventud. Me sacó bien chiquita de casa de mis papás. A mis quince años nos juntamos. Yo ni sabía lo que era el sexo, él con veinte pues era más experimentado. Me convenció y ahí voy a hacerle caso, enamorada y tonta. Por eso le dije a mi niña que ella tenía que estudiar, ser independiente, porque cuando una no estudia se come las promesas de tipos vendehúmos como el Alfredo. Ya sé, repito lo mismo cada que vengo… Intentaré ir al grano, como quien dice. El chiste es que, de tanto caminar, me perdí y acabé metida en un callejoncito que está por la carretera a Colima. Di con una casa que tenía un letrero pintado a mano, con las letras todas chuecas, que decía «Santería y amarres». Otro letrero de lona explicaba los servicios, decía: «¿Tiene usted inquietudes o preocupaciones? Solucionamos cualquier tipo de problema con seriedad y discreción. Somos especialistas en amarres de amor, santería, brujería y rituales de fertilidad». Apenas lo leí y una voz adentro de mí, pero que ni era mía y que yo nunca había oído, me dijo: entra. Dudé en hacerle caso, pero la voz insistió: entra, Josefa, entra. Le juro que el aire me empujó a entrar. Yo creo que fue el Diablo. ¡Ay, no, padre! No suspire así. ¡Me da angustia! Tiene razón, uno decide caer o no caer en la tentación, y yo caí redondita.

El local era pura oscuridad, daba igual cerrar que abrir los ojos. Mi pie derecho subió un escaloncito por sí solo, como si supiera que ahí estaba. Sin querer pateé a un gato negro. Cuando el pobre animal se fue corriendo, apareció la bruja con una vela negra. Si usted la viera. Llevaba un vestido hecho de harapos, uñas tan largas que parecían garras, lo más impresionante es que no eran postizas.

Le digo hola.

Me dice ella hola, y me pregunta que por qué estoy ahí.

¿Qué le hago?, si ya había entrado, no tenía de otra más que pedirle un par de favorcitos.

Yo no quiero amarrar a mi marido, le dije, lo que quiero es que no le vaya ni poquito bien con la traicionera que andaba de lambiscona

conmigo mientras se acostaba con él en mi propia cama. ¡Mi cama, padre! No es justo. Después de que yo misma mantuve a nuestros hijos y a él, con todo y sus borracheras. No lo quiero cerca, pero tampoco lo quiero ver contento.

¿Desearle el mal a la gente es pecado mortal? Pero si solo lo estoy pensando, no le estoy haciendo nada… Ganas no me faltaron de ahorcarlo y me aguanté, recé, le pedí a la Virgencita que me ayudara a controlar la ira y me vine directita aquí, a la casa de Dios, a rezar, a confesarme y a buscar la absolución.

Estas manos no han hecho daño, yo fui víctima…, le expliqué a la bruja y ella, sin hacerme mucho caso, me cobró doscientos pesos. Se guardó el billete en el brasier y me dijo que lo que yo andaba pidiendo era magia negra y que ella eso no lo manejaba porque la magia negra era engañosa y acababa afectando a todos: a quien la ejecutaba, a quien la pedía y a quien la recibía.

Te propongo una alternativa, me dice.

Yo le digo ¿cuál alternativa?

Me dice: un hechizo que te limpie por dentro de los enojos que te invaden, para que te olvides de ese hombre que tanto daño te ha hecho y vivas libre de las cadenas de su maltrato, y que seas una mujer independiente y completa, segura de sí misma incluso en la soledad.

Me sonó bien bonito. Le dije sí, esa idea me gusta.

Prendió otra vela negra. Me invitó a sentarme y se acomodó frente a mí. Me tomó de las manos; las tenía frías, manos de muerta. Cerró los ojos. Al principio no pasó nada, pero de repente ella entró en un trance. Le temblaban los párpados, murmuraba cosas que yo no entendía, como en chino. El foco que colgaba del techo empezó a relampaguear y a hacer ruidos, y el gato rondaba, bailando por debajo de mi silla, y ella seguía murmurando en ese idioma, y a mí el corazón se me atoró en la garganta, y el foco se volvió más y más loco… Y, de repente, un aire abrió la ventana y apagó las velas. El gato se quedó tieso, era una momia. La bruja abrió lento los ojos. Sonrió, tranquila, y me dijo ya está querida, esto fue más fácil de lo que creí.

¿¡Fácil!?, le pregunto, ¡casi me desmayo!

Ella se ríe otra vez. Eres muy chistosa, Josefa, me dice.

Se me puso la piel de gallina, yo no le había dicho mi nombre. ¿A

dónde me fui a meter?

¿Cómo te sabes mi nombre?, le pregunté.

Si tú ya has estado aquí antes, nada más que no te acuerdas. Eras bien chiquita cuando viniste. ¡Uy, no tenías ni el mes! Te trajo tu mamá, porque naciste espantada, de todo llorabas, ella no encontraba cómo consolarte, te hice una limpia para sacarte a la entidad que llevabas dentro.

¿Cómo va a ser?, si la bruja era mucho más joven que yo. Pero luego me acordé de que yo misma había ido con una bruja para que le curara el espanto a mi hija. La bruja le levantó el pelo que le tapaba la oreja y gritó salte, sal de ahí. ¡Cómo lloró aquel día la pobrecita! Hasta me sentí culpable. ¿Será que era la misma bruja? ¿Será que sí me conocía y estaba confundiéndose con Reme? ¿Será, padre?

La bruja se dio la vuelta y preparó un menjurje con diferentes líquidos que tenía en frasquitos. Mientras machacaba hierbas en un molcajete, me dijo que yo llevaba cientos de vidas cargando con ese hombre. Según ella, he nacido muchas veces y en todas él anda ahí de parásito, viviendo a mi costa. ¡Imagínese usted la tortura! Nacer mil veces y en todas encontrarme con el Alfredo. Pero la bruja me dijo que en esta vida corto con el contrato kármico. Le pregunté que qué era eso y me dijo que mi alma y la de él se comprometieron en la otra dimensión a superar enseñanzas juntas.

¿Se imagina? ¿Existen esas cosas?

Depende, Josefa, tú decides qué existe y qué no.

Se le oye distinto, lejano. Pareciera que me habla desde otro lado, como a través de un vidrio. ¡Ay, ya se me tapó otra vez el oído!

No me pida dudar, usted mismo me dijo que Dios a los tibios los vomita.

Dígame en qué creer.

Para que con los ángeles y santos te alabe y te bendiga por los siglos de los siglos, amén.

Si estoy aquí es porque dudé. La duda fue tan pesada que le fui a hacer caso a la bruja. Ella me indicó clarito que llegando a casa tenía que poner en un plato mucha sal y, encima, en el mero centro, una foto de Alfredo. Para rematar: tres gotas de vinagre, una arriba, dos abajo,

encerrando la foto en un triángulo: tres, tres, siempre tres, como la Santísima Trinidad.

Llegué a mi casa, que es su casa, y saqué de la repisa un platito de cerámica con florecitas, bien bonito, era de mi mamá. Lo llené de sal, se me acabó la sal del salero. ¡Hubiera visto qué bonito se veía! Era como arena blanca del mar de Cancún, que solo he conocido en fotos. Saqué la fotito de mi marido que llevaba en la cartera y la puse encima de la arena de playa que no era arena de playa, era sal. Agarré el bote de vinagre y, con muchísimo cuidado, tiré las tres gotas: el triángulo. Acomodé el plato abajo de mi cama y dormí, ¡cómo dormí de bien!

¡Cuánta calma puede traer un plato con sal!

El mar, mientras más salado, más tranquilo. Allí uno flota casi sin moverse.

Descansa uno, y yo caí como tabla, ni los ojos abrí, floté, floté como quien flota en el mar Muerto.

¡Cuánta calma puede traer un plato con sal!

Remedios escuchó a Josefa con el horror en la lengua. Sudaba tanto que el pelo se le había pegado al cuello. El aire dentro de esa casa –la casa que había sido suya, la casa de su infancia– se sentía espeso, tóxico.

–Mamita… –llamó a Josefa. Dio dos pasos para acercarse al sillón en el que su madre se postraba con los codos apoyados en el reposabrazos, como rezando–. ¿Mamita?

Josefa, quien le había puesto paños mojados en la frente para curarle la fiebre cuando era niña, emanaba calor de enferma. Pero Remedios no sabía qué darle, ¿cómo iba a saber de tés o de curas si el cuerpo de Josefa no conocía de enfermedades? Era ella quien cuidaba, quien medicaba, quien elaboraba los jarabes naturales que aliviaban los síntomas. La inexperiencia de Remedios era culpa de Josefa, por haber sostenido todo y por negarse a pasarle las recetas: decía, medio enojada, que era de mala educación pedirlas y de tontos compartirlas. Pero soy tu hija, renegaba Remedios, cansada de los secretos que Josefa acumulaba bajo la falda. La cocina es algo personal, lo que uno hace ahí es privado, ¿o tú le andas preguntando a la vecina con qué frecuencia se lava allá abajo? Cuando me muera te dejo el recetario, mientras esté viva yo me encargo.

Remedios se arrodilló frente a su madre. Le agarró la cara para ver esos ojos cafés y redondos, que no estaban sobre esta tierra; se habían ido a un universo extraño, a otro lugar dentro del mismo espacio.

¡Ay, mamá! ¡Qué necia eres! ¿Ves? Ya me quedé sin el recetario.

A las madres se les ama y a las madres se les teme. Josefa era dedicada, una mamá de a deveras. Ella, incluso entre la sangre y los fetos muertos que no podía retener su útero, apretaba la boca para que no se le escaparan los gemidos de los entuertos y preparaba guisos que luego guardaba en el refrigerador.

A Remedios no le hizo falta nada, ni comida, ni ropa, ni útiles, ni consejo. Josefa era una mamá como Dios manda, aunque más de una vez le había dejado el cucharón de madera marcado en las nalgas. ¡Compórtate, condenada!, le gritaba alzando aquel palo quemado y Remedios salía despavorida. Se escondía tras las piernas de árbol de papá. Alfredo era manso. Protegía. Le decía a Josefa que a los niños no hay por qué pegarles y Josefa le contestaba, tú qué, si ni caso le haces. Claro que le hago caso, y empezaba el pleito.

–¿Ma…? –Remedios la llamó de nuevo. Esta vez un chispazo de la Josefa cuerda la interrumpió:

–¡Remedios! ¡Niña! ¡Mi niña, estás aquí! ¡Qué gusto me da verte!

Josefa casi sujetó a Remedios por los hombros para darle un beso golpeado en la frente, pero antes de posar sus manos, torció el cuello y miró hacia la ventana. Se perdió de nuevo.

¡Ay, mamá!, ¡qué friega!, se quejó Remedios e inhaló un poco de ese aire denso que se mezclaba con la humedad de fuera. La casa le olió a pantano. Se puso de pie. Le cubrió la espalda a Josefa con el rebozo para que sudara más. Le traía coraje.

Ahorita vengo, le dijo, como si Josefa entendiera y, con sigilo, atravesó el pasillo que ya no tenía ni una de las fotos familiares. No había adornos, ni corazones de latón, ni vírgenes, ni cruces. Remedios acarició con fuerza el gotelé de los muros, quería cortarse para plasmar su huella en las paredes. Con los dedos aplastados contra los grumos de cemento, llegó a la habitación de Josefa. La encontró tan deshabitada como el pasillo. La tele, que sintonizaba la novela de las diez, iluminaba el espacio. La cama estaba destendida y las sábanas se arremolinaban en una

esquina. Sobre el colchón permanecía la marca húmeda que había dejado el cuerpo de Josefa.

Remedios se aclaró la garganta.

Alcanzó el colchón con las manos extendidas.

Se tiró de rodillas.

Pegó el pecho al suelo.

Dobló los codos.

Miró bajo la cama.

Ahí estaba el plato de la abuela: el de las florecitas. Con la mejilla aplastada contra el azulejo, introdujo medio cuerpo en el caos empolvado que había bajo la cama, y arrastró el plato hasta sacarlo. La televisión encendida coloreó la sal de azul, de rojo y de morado. Se le quiso salir una lágrima cuando descubrió, entre los granos, el ojo derecho de papá, que la miraba suplicante, como diciéndole sálvame, mijita, sácame de aquí, mira nada más las maldades que hace tu madre. Remedios removió la sal hasta descubrir la fotografía, pero el papel ya estaba frágil, como el pétalo de una flor marchita.

–¿¡Qué es esto, mamá!? –le gritó.

La respuesta fue un silencio sordo, truncado por el chiflido del viento que le erizó la piel. Remedios se aferró al plato, lo alzó con las palmas abiertas. Cuidó cada paso para no tirar ni un granito, que tirar la sal es de mal augurio y ya muy mal está la cosa como para ponerla peor, pensó.

Pero al llegar a la cocina, la sorpresa casi la hace soltar el plato.

La suerte estaba echada, y la sal, tirada.

Suelas de zapato se dibujaban sobre la sal esparcida por el suelo. Había saleros de plástico abiertos, y los de cristal estaban rotos. Entre trozos de vidrio y sal, Remedios anduvo lento hasta la encimera, donde había más platos, todos ellos con sal, todos con una foto distinta de papá. Lo vio a medias, lo vio sonriendo, lo vio mirando hacia arriba, lo vio de espaldas, lo vio caminando por la calle, lo vio cargándola a ella, de bebé, y se vio a sí misma enterrada junto a su padre en sal.

–¿Por qué me revuelves todo, Remedios? ¿Qué no ves el trabajo que me costó? –Josefa estaba atrás; hablaba con una firmeza lenta. Su tono amenazante devolvió a Remedios a la infancia, se sintió una niña indefensa y, asustada, dio dos pasos hacia atrás hasta pegar la espalda al refrigerador.

–¿Qué es esto, mamá? –se atrevió a preguntar extendiendo bien las manos.

Josefa no contestó, caminó por la cocina profanando la sal con los zapatos. Abrió un gabinete y rebuscó entre ollas y sartenes. Sacó el comal que estaba al fondo. Encendió la estufa. Giró las tortillas con los dedos, una y otra vez, sin quemarse. ¿Cómo le haces, mamá?, Remedios quiso preguntarle, pero no se atrevió a romper su concentración. Josefa se dobló como una bailarina y recogió un puñado de sal del suelo, con ella se preparó tres tacos.

–Quiero cenar sal, hija. La sal es purificadora –le dijo y abandonó la cocina pateando la sal.

Remedios la siguió. Cerró la ventana y le tapó la espalda otra vez con el rebozo.

Quédate ahí, le dijo. Ahorita vengo, no hagas tonterías.

Un silencio.

¿Me oíste?

Josefa no contestó, masticaba su taco con los párpados medio cerrados.

Remedios azotó la puerta, a ver si así se enteraba de que la había dejado sola.

Afuera, deseó respirar aire fresco, pero la humedad era tanta que el aire se sentía pesado. Con los pies en la banqueta, vio su sombra alargada sobre el asfalto y atravesó la calle. Su sombra sirvió como brújula. Sus piernas anduvieron solas. La memoria no venía de la mente, eran sus músculos los que sabían a dónde ir, el cuerpo en automático avanzaba, cruzaba y giraba.

¿A dónde vas?, se preguntó, haciéndose la tonta. No quería admitirlo.

Vas a donde ya fuiste de niña, le decía una certeza que venía de adentro. Tú sabes dónde es, en segunda persona hablaba esa voz interna que le indicaba el camino por los arrabales del pueblo, ya muy lejos de su casa, de casa de su mamá, del alumbrado público, donde la penumbra se extiende a sus anchas por calles agujeradas, donde el perro encadenado ladraba y ladraba y ladraba y los sapos croaban y la hierba rasguñaba.

Cuando el agua de un charco se le metió al zapato, se detuvo.

A su derecha, los sapos nadaban por las aguas turbias del pantano; a

su izquierda, la negrura; a sus espaldas, las luces del pueblo; delante, una fila de tres casas enclenques.

Avanzó.

Sus ojos, ya acostumbrados a la falta de luz, buscaban sobre los muros el lema del que había hablado su madre: «Santería y amarres».

No estaba.

Rendida, se sentó en el suelo, apoyó los codos sobre los muslos y metió el rostro entre las manos. Subía el llanto cuando el ladrido del perro se detuvo y un aire inusualmente frío, como un mandato espectral, le alzó el pelo, le empujó el cuerpo. Remedios se puso de pie, obedeciendo.

El maullido de un gato rompió el silencio, venía de dentro de una de las casas, de la última.

El maullido se transformó en un ronroneo constante que le indicó el camino hasta la puerta. La empujó apenas. En el interior, la penumbra era absoluta y el oxígeno más denso aún.

Entró.

Remedios, hija de Josefa, creyó oír.

Creyó ver una mano brotar de la nada oscura para posarse en la columna.

¿Eres real?, preguntó Remedios.

Eso lo decides tú, querida.

El bracito

Sara no pudo ni imaginar el dolor que sería caminar sin brazos y con las plantas de los pies rebanadas por las calles de Erongarícuaro. A diferencia de Pedrito Valle, ella hubiera renunciado a su fe sin derramar una gota de sangre, con sentir el cuchillo cerca bastaría. Pero más vale sufrir un poco en la tierra que pasar la eternidad en el infierno, recordó las palabras de la monja. Allí las torturas eran horripilantes, había un monstruo azul con cabeza de pájaro que devoraba humanos, los masticaba, los vomitaba y se los volvía a comer. Lo vio con sus propios ojos: en catecismo, la madre les había enseñado la foto de aquel cuadro. Les explicó que al pintor –un señor que vivió hace más de quinientos años– Dios le había revelado el infierno en sueños y le encomendó pintarlo para advertir a los hombres. Menos mal que las guerras cristeras ya no existían. Menos mal, porque ella hubiera pasado la eternidad en ese ciclo de tortura. Sara cerró los ojos. Ya, se regañó, piensa en algo más. En la escuela, por ejemplo, o en lo mala y fea que es la profesora de Español; ella segurito tiene su lugar ganado en el infierno.

–A mí también me cae gorda –soltó Joaco mientras arrastraba hacia atrás un cochecito de juguete para darle cuerda.

Sara frunció el ceño, ¿había pensado aquello en voz alta? Le sucedía a menudo.

–¡Sara! ¡Ya llegó tu mamá! –gritó la abuela de Joaco desde la sala.

En el coche, mamá escuchaba una canción de las Flans y fumaba con esos lentes de sol que la hacían parecer una mosca. Sara se puso el cinturón de seguridad y mamá le entregó un sándwich de jamón y queso en forma de estrella. Mientras comía, contempló las colinas que, detrás de las casitas blancas de su pueblo, relucían gracias a las lluvias de verano.

Los rayos de sol chocando con el parabrisas desdibujaron la imagen fantasmagórica del santo niño mártir Pedrito Valle. Durante semanas no había vuelto a pensar en él, a recrear su aterradora muerte: él, pobrecito, chaparrito, con los ojos negros, la piel morena, sin brazos, caminando con los pies ensangrentados hasta su tumba. No pensó en él hasta que llegó el día de la procesión; entonces la silueta amputada de Pedrito Valle se instaló en el asiento delantero de su mente para no marcharse nunca más.

Fue un sábado a mediodía. Sara anduvo entre el mar de fieles durante horas. Se abanicaba con el panfleto del salón de belleza unisex que le habían dado en una esquina. ¿Cuándo se acaba esto?, le preguntaba a mamá asiduamente, pero ella no respondía; se llevaba el dedo índice a los labios y emitía un *shhh* molesto. Entre los cánticos, reconoció la voz de Joaco, él también se quejaba. Lo buscó en la multitud. Estaba a unos cuantos metros, su abuela lo sujetaba por el cuello de la camisa. ¡Joaco!, le gritó saltando un poco y él se giró para ofrecerle una mueca, con los labios apuntando hacia abajo, los ojos cerrados por la mitad y la lengua afuera. Sara se cubrió la boca con las manos para ocultar la risa.

El suplicio concluyó en la iglesia, donde el padre Rosendo ofició una misa larguísima para dar la bienvenida a la reliquia.

–Te damos las gracias, Dios nuestro, por el brazo incorrupto de tu siervo, el santo niño mártir Pedro Valle, patrono de Erongarícuaro. Que su fidelidad nos inspire a caminar hasta las puertas de tu Reino. Roguemos al Señor.

–Te rogamos, Señor –replicaron decenas de voces al unísono.

Al terminar la ceremonia, los asistentes hicieron fila para rezarle al trozo de cuerpo expuesto sobre una mesa junto al altar. Encendieron velas, se persignaron, algunos incluso lloraron. En la cola, con la mano de mamá prensándole el hombro, Sara entrecerró los ojos para ver lo que causaba tanta efusión, pero las llamitas que resplandecían sobre el cristal

del relicario se lo impidieron. Mamá echó una moneda de diez pesos a una alcancía dorada y prendió una vela para «pedirle un favorcito al santo». Sara se acercó despacio. Estiró apenas las manos para rozar el vidrio con la yema de los dedos. Verlo le aceleró la respiración. El brazo era feo y pasmosamente pequeño. Analizó el tamaño de su propio brazo, sus dedos eran más largos que los de Pedrito. Ese no podía ser el brazo de un niño de quince años, pensó frente a la extremidad que descansaba sobre una almohada de terciopelo bermellón con flecos dorados. Quiso rogarle a mamá salir de aquella iglesia para no volver, pero se contuvo porque Joaco estaba junto a ella y no parecía repugnarle en lo más mínimo la piel reseca pegada al hueso, gris y dura, como suela de zapato.

Dieron las cuatro y sonaron las campanas: hora de ir al catecismo. Joaco y Sara corrieron al salón donde los esperaba la madre Lupe.

–¿Cómo le hicieron para conseguir el brazo? –preguntó Joaco animado–. ¿Lo habían enterrado con todo y brazos?

–Yo creo que sí y lo desenterraron. Acuérdate de que lo hicieron caminar hasta su tumba –replicó Sara.

–Pero le habían cortado los brazos, a lo mejor solo lo enterraron con uno.

La monja no pronunció palabra; observaba a sus alumnos como estudiándolos.

–¿Si me torturan y renuncio a mi fe, me voy al infierno? –continuó Joaco.

–Puedes confesarte después, Dios perdona todo –sugirió Sara.

–¿Cómo, güey?, ¿y si me matan?

–¡Ey! Sin groserías, Joaquín.

–¿Qué es una reliquia? –preguntó Sara.

–Son testimonios materiales de quienes llegaron a la santidad –respondió la madre Lupe.

–¿Para qué sirven?

–Nos recuerdan que los santos fueron personas reales, gente de carne y hueso, como tú y como yo. Eso nos debe inspirar a seguir una vida recta, de virtud, de fe, una vida de santidad. Además, los santos nos ayudan a comunicarnos con Dios.

–¿¡Los brazos son mensajeros!? –irrumpió Joaco a gritos.

–¡No! ¡Los brazos no! ¡Los santos, tonto! –Sara regañó a su amigo.

–¡Sara! Más respeto para tu compañero, por favor.

–Entonces, ¿por qué les prenden velas a los brazos?

–Las velas, Joaquín, simbolizan la luz de la oración. Son una ofrenda –explicó la monja.

–O sea que, si le prendes velas, ¿el brazo te cumple deseos?

–¡El brazo no, Joaquín! ¡El santo! Y no funciona así. Las reliquias no son como el genio de la lámpara, no están para cumplir caprichos. Los santos interceden por nosotros ante Dios, son como una escalera, un puente que nos acerca a él.

–Me dijo mi prima Ana que hay un santo que, si lo pones de cabeza, te trae novio.

–Sara, esas son creencias populares, son supersticiones.

–¿Qué son las supersticiones?

La madre Lupe puso los ojos en blanco. Dijo que ya estaba bueno, que la discusión se había alargado mucho y que era hora de empezar, que si tenían más preguntas se las podían hacer al final. Pero, al terminar, los dos salieron disparados del aula.

–Tengo un plan –comenzó él con una sonrisa macabra.

Estaban sentados sobre una alfombra azul en la habitación de Joaco. Sara echó los hombros hacia atrás para alejarse. Conocía a su amigo, esa era la cara que ponía cuando estaba a punto de proponer una barbaridad.

–¿Qué? –preguntó asustada, aunque no quería saber.

Joaco se acercó a ella. Antes de hablar miró sobre su hombro izquierdo para verificar que nadie los escuchaba.

–¿Y si nos robamos el brazo? –murmuró.

–¡Obvio no!

–Piénsalo, es nuestra oportunidad. En vez de gastarnos el dinero del recreo en la tiendita, compramos velas y le pedimos cosas.

–Ya nos dijo la madre que así no se hace.

–¡Tú que le crees! –gritó Joaco y Sara lo silenció de inmediato–. Si no fuera cierto no estaría ahí, y la gente no le andaría pidiendo cosas. Aparte no perdemos nada, al revés, en una de esas ganamos todo, ¿te animas?

La misma sonrisa de antes le encendió el rostro. Joaco alzó las cejas esperando respuesta, pero Sara solo le dedicó una mirada de congoja y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Robar es pecado.

–Tú lo dijiste hace rato: nos confesamos y ya. Dios perdona todo, ¿no? Mira, hay que hacer la prueba. Vamos, le prendemos la vela, le pedimos algo y vemos si sí es cierto que cumple.

El brazo cumplió.

A la profesora de Español se le rompió el tacón bajando las escaleras. Cayó de lado y se fracturó el tobillo. Su suplente fue la joven, bonita y amable Wendy. No les dejaba tarea y, si se portaban bien, los viernes les ponía alguna película «con moraleja» durante la última hora de clases. Sara se convenció: era verdad, el brazo cumplía favores. Pero habían pasado ya dos semanas desde que la profesora de Español se había esfumado y Joaco parecía haber perdido interés en hacerse con el brazo. Sara, en cambio, no conseguía sacarse de la cabeza a Pedrito Valle. Lo compadecía. No podía creer que, aun después de tanto sufrimiento, el santo se tomara la molestia de escuchar las oraciones y cumplir los caprichos de la gente. Cuando iba a la iglesia buscaba sentarse lo más cerca del relicario. Lo contemplaba: la piel marchita, el hueso mugroso, los dedos entumecidos. Encendía una vela, ya no para pedir, sino para agradecer. A su alrededor los demás encendían velas también, hablaban sobre los milagros de Pedrito y le pedían más. El pobre debía de estar agotado de tanto hacer favores. Nadie lo saludaba, nadie le daba las gracias. Sara sí. Ella platicaba con él todo el tiempo como si estuviera vivo, como si fueran amigos.

–No dices nada del brazo… ¿ya no quieres llevártelo? –Abordó a Joaco un miércoles a la salida del colegio. Evitó usar la palabra *robar*, porque robar era pecado, y ella lo que quería era salvar a Pedrito.

–¿Qué? ¿Tú sí? –Él arrugó el ceño, sorprendido por la pregunta.

Sara murmuró un *sí* apenas audible.

Joaco trazó un plan que Sara consideró sólido. Como no los dejaban salir pasadas las siete de la tarde, el hurto debía ser en fin de semana, justo después de la misa de mediodía, y preferiblemente en sábado, porque era menos concurrido que el domingo. Joaco le diría a su abuela que pasaría la tarde en casa de Sara, y viceversa. El acceso ideal a la parroquia era la

puerta trasera, que solía permanecer entreabierta durante el día y se ubicaba a tan solo diez metros del brazo.

Al terminar la misa del sábado, ambos esperaron escondidos detrás de un coche a que se dispersaran las conversaciones de banqueta. Cuando el camino se despejó, cruzaron el enrejado.

Bastó empujar un poco la puerta para abrirla. Dentro, Sara se persignó frente a un Cristo de yeso con peluca y saludó con una pequeña reverencia a la pintura de una virgen rubia vestida de azul. Sintió las miradas inquisitorias de los santos, de las vírgenes y del Dios con barbas blancas que estaba pintado en lo alto del retablo. El brazo permanecía en la posición de siempre: recostado sobre su almohada, encima de la mesa que parecía un trono de madera. Las velas fulguraban a su alrededor. Sara titubeó. Joaco no. Él soltó una risita de codicia. De pronto, se oyó el rechinido de una puerta y, en un arranque de premura, Joaco cubrió la caja con el mantel bordado de su abuela y se lanzó a correr con el relicario en brazos. Sara huyó tras él. Por las calles de Erongarícuaro, esquivaron a los transeúntes y a los carritos de garnachas, elotes y tacos de canasta. Nadie sospechó de aquel par, ni los ciclistas, ni el dueño de la papelería o el de la verdulería, ni los que iban en sus coches. Joaco y Sara eran dos niños más jugando por las calles del pueblo.

Llegaron a casa de Sara. Mamá preparaba la comida mientras la grabadora emitía una canción de las Flans: «Yo la idea fija y tú el fantasma que se va. Veinte millas hasta ti, me acerco, ya no estás».

–Hola, mamá –saludó Sara.

–Hola, señora.

–Hola, pensé que iban a comer en tu casa, Joaco. ¿Van a comer aquí? Hay sopita de lentejas.

–Sí, señora, gracias.

Cerraron la puerta de la habitación de Sara, también las ventanas y corrieron las cortinas. Posaron el relicario en el suelo y lo descubrieron. Bajo el foco encendido que pendía del techo, lo notaron todavía más flaco y corto. Pedrito Valle tenía quince años cuando lo mataron. ¿Se había encogido?

Sara estaba a punto de derramar una lágrima cuando escuchó los pasos de mamá. Cubrió aprisa el relicario con el mantel y lo escondió bajo su cama. Era hora de comer.

–Mañana le prendemos las velas –susurró Sara.

–Ya sé qué le voy a pedir –remató Joaco.

Al caer la noche, mamá arropó a Sara en su cama y le dio un beso en la frente. Que sueñes con los angelitos, mi amor. En cuanto salió de la habitación, Sara encendió su linterna. Descubrió el relicario y abrió la tapa para acariciar por primera vez la piel negruzca de Pedrito Valle. Se dejó conmover por la ternura. Contempló con tristeza los deditos acalambrados, el hueso que rozaba las paredes de la vitrina, los surcos de las uñas que eran pozos ásperos en forma de luna. En voz muy bajita le dijo palabras dulces, le contó un chiste, imaginó su risa de niño, su sonrisa, le tarareó una canción sobre animales del bosque. Sin sacarlo de la caja, lo arrulló. Cuando el sueño amenazó con cerrarle los ojos, envolvió de nuevo el relicario con el mantel y lo acomodó cuidadosamente en un rincón del armario.

Esa noche, Sara no durmió sola. Pedrito Valle la acompañaba.

El amanecer vino acompañado por el grito del vendedor de periódicos: ¡Robaron el brazo incorrupto del santo niño mártir Pedro Valle, patrono de Erongarícuaro! La fotografía del brazo recostado sobre su almohada, junto al titular «¡Manos sacrílegas han hecho desaparecer la santa reliquia!», amenizó la rutina. Los habitantes del pueblo respiraban un aire nuevo y entusiasta que invitaba a abrir las ventanas para admirar el exterior: las flores, el verde de las colinas. El aroma a lluvia reciente se mezcló con el olor a café de olla, a pan dulce recién salido del horno. La gente saludaba, se sonreía, se socorría con una amabilidad que creían fallecida. Aquella mañana en Erongarícuaro no se habló de crimen organizado, se habló de herejías, y eso daba gusto.

Las teorías sobre la desaparición de la reliquia fueron tan variadas como creativas. La más popular aseguraba que la responsable del robo era una secta satánica que utilizaba el brazo como cetro en rituales con sacrificios de gallinas.

–En Erongarícuaro no hay satánicos.

–Pues el hijo de Maricarmen, el gótico de la calle Tajo… Ese tiene toda la pinta de serlo. El año pasado fue al concierto de Marilyn Manson.

–¡Y se tatuó el número de la Bestia, 666, en el pecho!

–¡Pobre Maricarmen! Ella tan buena que es…

–Eso es puro cuento. Seguro fue La Familia Michoacana. Ya ven que hace un par de años le cobraron piso al padre Rosendo y él dijo que antes muerto que darle dinero al narco.

–Es muy honrado, tenemos suerte.

–¿Suerte? Si se bolsea las limosnas, está todo el tiempo comiendo en restaurantes y ni paga, cree que es nuestra obligación mantenerlo.

–A mí se me hace que fue él mismo quien escondió el brazo.

–¿Por qué lo escondería?

–Para andar de protagonista, así es, lo que más le gusta es pavonearse por el pueblo.

–Dices eso porque te caen gordos los padres.

–¿Cómo no me van a caer gordos? ¡Son unos convenencieros!

–Si dejaran que las mujeres fueran sacerdotes, la Iglesia no tendría los problemas que tiene.

–Decir eso es herejía, eh.

–Y robar el brazo incorrupto de un santo, peor tantito.

–El Vaticano terminará excomulgando al ladrón. Un pecado así es imperdonable.

–Robar una reliquia, el brazo de un niñito torturado… ¿Quién puede ser capaz de semejante atrocidad?

–De mí se acuerdan, tarde o temprano la verdad va a salir… Ya ven lo que dicen: la mierda flota.

Inés recordó las habladurías. Estaba de rodillas frente al armario abierto, con las manos ancladas al suelo y sin poder moverse. Detrás de los juguetes se asomaba un objeto extraño: la esquina dorada de una caja de cristal medio envuelta por un mantel. No era lo que creía que era, no podía ser, su hija no sería capaz… Claro que no. Aunque, desde el día de la procesión, Sara se había obsesionado con el santo. No hablaba de otra cosa. Pedía detalles sobre su muerte, quería saber quiénes habían sido sus padres, si aún tenía familia en Erongarícuaro. Incluso le pidió ir a visitar el sepulcro de Pedrito, dejarle flores o regalarle juguetes.

–¿Podemos poner una foto de Pedrito en nuestro altar de muertos? –le preguntó una tarde.

–Sara, faltan meses para el Día de Muertos –contestó Inés harta.

–Ándale, mamá, ¿podemos?

–Sí, podemos.

¿Y cómo le habrán hecho para sacar el brazo?, indagaba Sara desde la mesa del comedor, ¿lo excavaron?, ¿quién lo sacó?, ¿por qué no sacaron el cuerpo entero?, ¿por qué solo el brazo? A lo mejor repartieron pedazos de Pedrito para que él estuviera en muchas iglesias, ¿no? A lo mejor en otra iglesia está su pie y, en otra, su cabeza, ¿no? Inés era incapaz de responder a las preguntas de su hija. Le incomodaban, pero le perturbaba aún más la obsesión casi enfermiza, los pensamientos que soltaba en alto cuando estaba a solas. Debía haber una explicación racional. Quizá el brazo había confrontado a Sara con la muerte, y las dudas que la obnubilaban eran parte del proceso natural hacia su aceptación. Mejor no darle tanta importancia, le dijo su esposo una tarde mientras la televisión sintonizaba el futbol. Distráela para que piense en algo más, propuso. Inés planeó una excursión a Pátzcuaro y a la isla Janitzio, le compró un par de juegos de mesa y el Microhornito que llevaba pidiendo desde hacía dos años. Nada parecía funcionar; al terminar el día, Sara se encerraba en su habitación e hilaba conversaciones en las que su amigo imaginario respondía. Inés pegaba el oído a la puerta para escucharla. Pasará, le decía su esposo mientras respondía un crucigrama. Pero no fue así, y el borde dorado de esa caja oculta entre una pila de juguetes presagiaba lo peor.

Desenvolvió el relicario. El brazo, repugnante, una momia consumida por la muerte, le arrebató un grito de terror. Con el vómito escalándole la garganta, dejó la caja sobre la cama. Se tapó la nariz: aunque no olía a nada, la repulsión le entraba por las fosas nasales y la saturaba por dentro. No podía pasar un segundo más allí. Tener tan cerca aquella extremidad disecada le impedía pensar con claridad. Huyó de la habitación. Bajó las escaleras a duras penas, agarrándose el estómago y cubriéndose la boca para no vomitar. En la cocina, con las manos temblorosas, se echó a la boca las vitaminas que le había recetado el médico para su deficiencia de hierro y, luego, colocó un clonazepam sobre su lengua. Encendió la grabadora. Cantaron las Flans: «Veinte millas hasta el mar y el mar que quiere huir». Subió el volumen. Prendió un cigarro en la estufa. Fumó, fumó y fumó. Observó el humo serpenteante que se mezclaba con el aire cálido del exterior. Fumó hasta que el sabor

amargo a tabaco y amonio se le impregnó en el paladar, en las mejillas, en la lengua.

¿Qué hago?, se preguntó en voz alta como hacía Sara. ¿Llamar a José? No. Él va a echarme la culpa, por estúpida, ¡Estúpida, estúpida!, se maldijo golpeándose las piernas, el abdomen y la cara con los puños. ¡Eres una buena para nada!, gritó. ¿Cómo es posible? ¿Cuánto tiempo lleva ese brazo ahí metido? ¿Cómo no lo vi antes? Sara había dormido junto al brazo de un niño. El brazo… Su casa albergaba el brazo de…

Entonces sí: las náuseas la obligaron a arquearse y vomitar el desayuno en el lavabo. Se limpió la cara con el dorso de la mano y enjuagó la boca con el chorro que salía del grifo. Tras exhalar, se acomodó la camisa, miró su reflejo en el microondas y se arregló la cola de caballo. Era la una de la tarde. Debía actuar rápido. Volvió a la habitación de Sara. Sin atreverse a mirarlo, sacó una sábana del armario y cobijó el relicario. Lo pegó a su pecho, como si fuera un bebé, y se metió en el coche.

¿A dónde vas? No sé, habló consigo misma, mientras presionaba el acelerador. ¿Qué planeas hacer? No sé. Que nadie te vea. Encajó las uñas en el volante. Dios mío, ¿qué hago?, le preguntó al cielo y se sintió hipócrita. Lo correcto sería dar vuelta en U y devolver el brazo a la parroquia. Pero eso mancharía para siempre su apellido y el futuro de su hija. Ella debía hundir la mierda antes de que flotara, antes de que el mar la empujara a la orilla.

Condujo durante veinte minutos por la carretera Pátzcuaro-Chupícuaro hasta encontrar un camino sin pavimentar, completamente inhóspito. Dobló asegurándose de que no hubiera coches cerca y se estacionó entre dos árboles enclenques, a unos metros de un terreno baldío. La maleza le rasguñó las piernas. Escuchó a los roedores mordisquear y deambular entre los matorrales, pero ni siquiera eso la hizo detener el paso. Se adentró en el terreno abrazando el relicario contra el pecho. Antes de abandonarlo, se arrodilló frente a él. Lo destapó; quería verlo por última vez, disculparse, explicarle que no tenía opción. No tengo de otra, le dijo, a punto de soltarse a llorar.

Cuando se puso de pie, notó la silueta de un viejo bajito y flaco; la camisa blanca le volaba por encima de unos pantalones grises que apenas se sostenían sobre sus caderas. La observaba desde el camino de tierra.

Inés corrió de vuelta al coche. Quería decirle algo, excusarse, disculparse. Intentó hablar, pero el nerviosismo la hizo tartamudear y las palabras se quedaron a medias.

–¿Está usted bien? –inquirió el viejo en cuanto tuvo a Inés lo suficientemente cerca.

Ella le dijo que no con la cabeza. Sacó la llave del coche. Subió, se aferró al volante y sin mirar atrás aceleró, rodeando al hombre en una nube de tierra.

Ramón contempló el coche. En cuanto desapareció, se giró para ver lo que la mujer había abandonado. Los rayos del sol se reflejaban sobre un vidrio que, a la distancia, parecía un espejo. Por un segundo dudó en acercarse, pero la curiosidad triunfó. Se encogió de hombros: no tenía nada mejor que hacer. Agarró una piedra y la lanzó al baldío. Las ratas salieron corriendo de sus escondrijos y Ramón se abrió paso por la maleza.

Se arrodilló frente a la caja de vidrio. Lo primero que vio fueron los dedos. Deditos chiquititos, pensó. Después notó el hueso del codo. Huesito. Era el bracito de un niño. Abrumado, alzó la caja. Anduvo lento durante media hora por el camino de tierra hasta llegar a su casa que era color verde seco, como el musgo.

–No me vas a creer. Una señora dejó esto tirado. Lo dejó adrede –habló nada más cruzar la puerta–. Es… Es el brazo de un niño.

No hubo respuesta. Ramón situó la caja sobre la mesa junto al comal. Con el cuidado de un ceramista, liberó al bracito de su cárcel. Lo levantó frente a su cara y lo inspeccionó durante unos minutos. Acarició los deditos de uñas cortas: esa manita era el fósil de una infancia rota, la pureza indemne de un niño que no conoció la adultez. Hermoso. Terrible. Tan hermoso y tan terrible como el brazo de Juan, su Juanito, que había muerto atropellado a plena luz del día hacía cuarenta y cinco años. Sacudiéndose de dolor, su niño extendía y doblaba los dedos. Acércate, papá, más rápido que me muero, decía esa mano. Ramón corrió poseído por una ráfaga de adrenalina, pero, cuando llegó, el niño ya había muerto, su mano yacía inmóvil sobre el asfalto. Ramón le lloró al cuerpo de su hijo muerto y lo cargó hasta su casa, entonces el verde de la fachada era radiante. Lo atropellaron y el cabrón ni se paró, le dijo a su esposa. La ruina se instaló para siempre en la mirada de ambos.

–Juanito –invocó Ramón. Quiso acurrucar el bracito de su hijo, que le había sido devuelto–. Juanito –lo llamó de nuevo.

Se aplastó los párpados con los dedos. Ese no era el brazo de Juan. La nostalgia y la soledad le jugaban chueco.

–¿Quién eres? –le preguntó al bracito.

La casa se sumió en el silencio que había caracterizado los días de Ramón, el mismo silencio que escuchó la mañana en que su mujer, Mirta, simplemente no despertó. Él abrió los ojos para encontrarla dura como un maniquí, tumbada bocarriba con las piernas cruzadas. Pegó la oreja a su pecho y se sintió sordo. Era cuestión de tiempo, alguno de los dos enterraría al otro. Salió al patio trasero y cavó un agujero lo suficientemente grande para contener el cuerpo de Mirta. Le cambió la camiseta blanca por el vestido gris que usaba para ir a misa y le amarró el escapulario en la muñeca. La cargó sobre el hombro y la depositó en el hueco. Sin pensarlo demasiado, echó el primer montón de tierra sobre su pecho. Adiós, Mirta. La enterró.

Alzó la vista y miró por la ventana el rectángulo de tierra que era la tumba de su mujer. Mirta, Juan y, ahora, el bracito: Ramón vivía en compañía de sus muertos.

–¿Quién te mató? ¿Por qué? –le preguntó al bracito.

Ramón calentó un par de tortillas. Las comió sabiéndose acompañado. Al terminar, salió al patio sin soltar la mano endurecida del bracito. Excavó un pequeño agujero rectangular a un lado de la tumba de su esposa.

El relicario quedó vacío sobre la mesa; en el cojín se dibujaba la huella hundida del brazo.

–Ahora sí, duerme tranquilo, niño.

Ramón enterró el brazo como quien entierra una semilla.

Grillos en el estuche

¿Se le puede llamar césped a esta lija amarilla que me raspa la cara y las piernas? Si llevara pantalón otro cuento sería, pero no, a huevo falda, y eso aumenta la posibilidad de que un bicho me encuentre, que me toque con sus patas asquerosas, que confunda mis muslos con cerros y me trepe. Una lombriz fría, contrayéndose para subir, dejando su estela de baba mientras se arrastra hasta mis calzones.

¡Ya! Piensa en otra cosa… Pero la psicóloga dice que pensar en no pensar algo es peor. El miedo debe asimilarse, luchar contra él lo hace más fuerte. Aunque yo jamás he negado mis miedos. Lo acepto: me estoy cagando. ¿Y cómo no? Si estoy expuesta, con el cuerpo disponible. ¿Me habré acostado encima de un hormiguero? Las hormigas, enclaustradas, estarán enojadas porque no pueden salir. Seguro hay otras afuera que quieren entrar a su hogar y, al encontrarse conmigo, se enfurecen y planean su venganza. Son inteligentes, pensarán en meterse por mis oídos, cavar conductos en mi cerebro, convertirme en un hormiguero.

¡Ya! No pienses en eso, Mariana. En situaciones como esta hay que mantener la calma, tener la mente fría. De haberme acostado encima de un hormiguero ya me habría dado cuenta. ¿Cuánto tiempo llevamos así?, ¿veinte minutos? Tiempo suficiente para sentir algo…

¡Qué horror! Se me metió tierra a los ojos. Esta cancha de futbol no

es más que eso: hierba seca y tierra. Para colmo, no puedo limpiarme. Nos han pedido permanecer bocabajo, el pecho contra el suelo y las manos cubriendo la nuca. Seguramente tengo los dedos morados de tanto apretarlos. Me duelen las bubis. Cruzo los pies para juntar las piernas y no enseñarle los calzones al de atrás. No sé a quién tengo atrás ni qué calzones me puse; ojalá cubran lo suficiente. Si voltea, que vea solo tela. Por lo menos no estoy en mis días. Quisiera decirle al de atrás que, si de pura casualidad ve a un insecto trepándome, que me avise, así me ahorro el espectáculo delante de todo el colegio. Gritos, escalofríos, sudoración, temblores, lágrimas. Escapo de mi control. Cuando entro en estado de pánico, dejo de ser mía.

El megáfono emite un pitido agudo. ¿Por fin nos van a explicar qué está pasando?

Se me duerme la pierna, la agito, los dedos del pie me cosquillean. No consigo despertarla. ¿Me habrá picado algo? No. Las picaduras se sienten… Bueno, depende del insecto. Cuando una garrapata perfora la piel, no se siente para nada. Su saliva anestesia. Son asquerosas. Se hinchan como globos de tanta sangre que toman.

El megáfono pita otra vez, pero nadie dice nada. ¿Qué les da el derecho de tenernos así, tirados durante tanto tiempo, sin explicaciones? Son unos cabrones. Estábamos en clase de Civismo cuando sonó la alarma. Ni siquiera es una alarma instalada, sino la sirena de ese mismo megáfono. La prefecta lo alzó sobre la cabeza y se puso a desfilar por los pasillos gritando que esto no era un simulacro, sino una emergencia de verdad que requería de la colaboración de todos los alumnos y profesores. ¡Ya oyeron! ¡Todas de pie! ¡Salimos ordenadamente, una por una!, ordenó la maestra. El pasillo era un embudo. Pasamos de ser puras niñas a ser una marabunta de niños, niñas y adolescentes que avanzaba lentísimo. Los profesores, trepados en sillas y mesas, arreaban a la muchedumbre. ¡Todos a la cancha de futbol!, gritaban indicándonos el camino como si fuéramos tontos. La cara de pánico de la *miss* de Moral me contagió el miedo. Entre el gentío encontré la mano de Luci y la apreté. ¿Qué está pasando?, le pregunté al oído. Ella me hizo una mueca que interpreté como un no sé, algo malo, algo muy malo. Los gritos de los profesores se mezclaron con las risas, las burlas y los cuchicheos. Apenas salimos del edificio, el sol se reflejó sobre nuestras cabezas relucientes por el gel.

Anduvimos, hombro contra hombro, por la pendiente que lleva a la cancha de futbol. Nos acomodaron alrededor de la línea de banda y ¡pecho tierra!, gritó la prefecta. ¡Bien pegaditos al suelo!, decía casi lamiendo el megáfono.

El aparato emite otro pitido. Una voz distorsionada comienza a rezar el padrenuestro. Pego la barbilla al suelo para alzar la cara. Es el hermano Masi. Derrotada, recuesto la mejilla otra vez. Alguien grita que por qué no nos dejan irnos a casa. El hermano interrumpe el rezo para contestar: por protocolo, aquí estamos más seguros, y sigue con el avemaría.

Su voz es sinuosa. Anda muy erguido, pero echa la cabeza hacia adelante. Se desplaza entre nosotros con los brazos recogidos, como una mantis religiosa. Nos mira –me mira– sin pestañar, y reza y reza. Maligno. Sus palabras acompañan al aire: «Ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén».

Se aproxima.

Lo oigo cada vez más cerca.

No.

No vengas.

Contengo la respiración, rezo de forma automática para distraerme.

Se acerca más.

Mi pulso enloquece.

Mi mente reproduce fotografías de insectos. Ojos, antenas, cuerpos abultados, pelos esporádicos, piernecillas que son palitos finísimos, aguijones que taladran la piel, alas como papel de china, y yo con el cuerpo expuesto.

Algo me golpea ligeramente las costillas. El golpecito es sutil.

Abro los ojos.

El hermano Masi está de pie a mi costado. Me observa desde arriba.

¿Por qué a mí?

Todo empezó cuando una polilla aterrizó sobre mi falda durante el recreo. Grité como loca. Se me engarrotaron las manos, caí de rodillas y chillé con la respiración entrecortada. Mis amigas me ayudaron a ponerme de pie, asegurándome que nadie me había visto, que no me preocupara. Pero él estaba ahí. Su figura delgada se disimulaba tras una columna, me miraba con su sonrisa burlona de encías largas y dientes encogidos. Dos días después, al volver al aula, encontré un grillo muerto

entre los lápices de mi estuche. Lo miré por un instante. La reacción llegó como un relámpago. Arrojé el estuche de un manazo, todo salió volando, y corrí hasta tropezarme con la pata de un escritorio. Las carcajadas de la clase me desgarraron. Cuando conseguí recomponerme, lo encontré a él: acechaba al otro lado de la ventana.

Me da mucha vergüenza acordarme.

El suceso se repitió al día siguiente: dos grillos muertos entre mis lápices y el hermano Masi al otro lado de la ventana. Me miraba con esa sonrisa que guarda solo para mí, como si fuera nuestro secreto.

Mi estuche se convirtió en el ataúd para los grillos que él caza. No sé cómo ni a qué hora los atrapa. Lo imagino metido entre la maleza de los baldíos con su traje clerical, buscando grillos.

Me comprimo aún más contra el suelo.

Quiero gritarle que se vaya.

Aprieto los dientes.

El silencio es funesto, la cancha de futbol parece un panteón.

¿Cuánto tiempo más?

¿Hasta que los insectos carroñeros nos confundan con muertos?

¿Hasta que las moscas vengan a poner huevos en nuestros ojos, nariz y boca?

¿Hasta que los escarabajos se coman nuestra piel?

Así trabajan los taxidermistas: meten al animal en contenedores para que los escarabajos se coman el tejido blando y dejen el hueso bien limpito. Para eso hay que estar muerto, hay que oler a muerto. Nosotros seguimos vivos, aún respiramos, la sangre fluye por nuestras venas. No estamos en proceso de putrefacción.

¿Lo estaremos?

Imaginar una bala perforándole el cráneo al hermano me relaja. Que caiga muerto encima de mí, no me importa.

Seguramente esto es por una balacera. Pasan cada vez más seguido. Encapuchados en una camioneta blindada que se ponen a disparar a media calle y que Dios te agarre confesado. En este país morirse baleado es cuestión de suerte… Al papá de una compañera lo mataron mientras se subía al coche después de haber ganado un torneo de tenis. A eso sí le deberías tener miedo, alega mi mamá, no a los pinches bichos, que ni te han hecho nada.

El hermano Masi roza con la suela del zapato mi hombro. El pantalón le queda corto, deja al descubierto su tobillo. Me llama la atención su piel, está repleta de pequeñas cicatrices, costras y cortaditas aún frescas. Son tan delgadas como patitas de insectos. Desde abajo, la piel de su brazo se asoma por la manga; la tiene igual, entre rasguñada y cicatrizada.

«Bendita tú eres entre todas las mujeres», reza. Rezamos.

La respiración es clave. Debo concentrarme en respirar en lugar de pensar en insectos. La mayoría son inofensivos, sí, pero también los hay venenosos, como las arañas violinistas. Su picadura es de las peores que hay, gangrena la piel. Aquí hay viudas negras; leí que, piquen donde piquen, el dolor de estómago es como el de una apendicitis.

El hermano Masi no se me despega.

Tiemblo.

Él reza, yo repito.

No sé cuántos avemarías llevamos ni cuántos nos faltan. Quiero que se vaya, que no me haga nada. No puedo controlar mi reacción. La terapia no ha servido. Llamaron a mamá para contarle de mis ataques de pánico. Nos recomendaron ir con una psicóloga. Cada sesión es igual: me siento frente a la pared blanca y el proyector arroja imágenes de insectos. Uno, otro y otro. No reacciones, me pide. No reacciones, me ordeno yo.

Mi frente gotea, me duelen las manos, el miedo amenaza con hacerme saltar.

Él ¿me observa? No sé, no quiero verlo, tampoco quiero que vea cómo las lágrimas comienzan a acumularse detrás de mis párpados, las quiero contener, que no salgan, que de mi boca no se escape un solo quejido, ni un sollozo, ni la más ligera señal de miedo. Quiero convertirme en una misma con el suelo, dejar de vivir, desaparecer, no existir. Quisiera no existir para él. Este suplicio no tiene salida.

Lo intenté todo. Escondí mi estuche, lo llevaba conmigo al recreo, pero él empezó a dejarme sorpresitas en la mochila. La peor fue una mariposa negra, de esas que parecen polillas enormes. Mis dedos agarraron sus alas aterciopeladas, la saqué creyendo que era un papel. La mariposa muerta pendió frente a mi cara. Sucedió lo de siempre. La ráfaga de energía es agotadora; la vergüenza rasguña por dentro como si me hubiera tragado un alambre de púas.

Escondí la mochila. A los pocos días, me castigó tirándome un gusano desde la segunda planta.

Entiende, tienes que quitarte ese miedo irracional, mi amor, me dice mamá, sujetándome por los hombros. A veces ella también llora, llora porque no me entiende y no sabe cómo ayudarme y las pesadillas aumentan. Cada noche, antes de meterme a la cama, sé que al amanecer tendré que ponerme las calcetas blancas, la falda del uniforme, la camisa y el chaleco. Tendré que subirme al coche con mamá e ir al colegio. No tengo de otra. Paso los días en estrés continuo, vigilo cada movimiento a mi alrededor, anticipo el ataque. Se siente como morirse.

Da igual morirme, al cabo, muerta ya no sentiría esto. Ni me enteraría de las moscas que vienen a poner sus huevecillos en mis agujeros, ni sentiría a los escarabajos comiéndose mi piel.

Muerta es mejor.

«Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», recita él.

Ahora y en la hora de nuestra muerte, recito yo.

Un ruido lo borra todo.

Los rezos cesan.

La detonación se expande.

El estruendo nos cepilla.

Vibra el suelo bajo mi cuerpo.

Me zumban los oídos.

Silencio.

No hay insectos.

El proyector mental se apaga.

La cancha de futbol es un limbo.

Le digo adiós a alguien, ¿a mamá?

Adiós, mamá. Perdón por tener la cabeza descompuesta; perdón por haberte preocupado, perdóname por haber muerto a los catorce años.

Perdón, mamá.

Silencio.

El megáfono…

El megáfono emite otro pitido.

Abro los ojos.

Me encuentro con el rostro de Luci, ella también llora, aprieta la mejilla derecha contra el césped. Estiro la mano para sujetar la suya.

Te quiero, le digo.

Las sirenas de las patrullas llenan el silencio. Un montón de policías guiados por perros bajan la pendiente de tierra hasta el edificio.

¡Nos vamos!, ordena la prefecta.

Abandonamos la cancha y subimos a la entrada principal. Decenas de padres se amontonan frente a la reja del colegio. La fila de coches es larguísima. Veo a mamá entre el gentío y me lanzo a abrazarla.

–¡Fue horrible! ¡Estuvimos acostados en la cancha de futbol mucho tiempo! No sabes lo mal que la pasé. Tenía miedo de estar encima de un hormiguero y…

–¡No puede ser, Mariana! ¿¡Una amenaza de bomba y tú pensando

en bichos!?

–¿Amenaza de bomba? –le pregunto perpleja, volviendo de golpe a la realidad.

–Alguien le habló al director para decir que había una bomba en el colegio.

–¿Es neta? –Me seco las lágrimas con la mano–. ¿Una bomba?

–¿Qué?

–Mamá… –comienzo, cada día me sorprende más la pendejez de los adultos–. Obvio fue una broma.

Ella, sin decir más, me lleva hasta el coche.

Esa misma tarde, la policía anuncia que la explosión fue provocada por un petardo dentro de un barril de lámina en el baldío de al lado. El cuete es famoso entre los de preparatoria: lo apodan Osama bin Laden y lo vende el zapatero del tianguis. El director dice que encontrará al culpable y que lo expulsará del colegio.

Sí, ajá…

Miro la grieta que rasga el techo de mi habitación; una vez vi una cucaracha salir de allí, desde entonces duermo tapada hasta la cabeza.

El colchón me sostiene, a diferencia de la cancha, es más suave y cómodo.

Me sorbo los mocos.

Todo esto es mi culpa, no entiendo por qué soy así. Lo peor es que nada cambió: la escuela no estalló, no hubo una balacera, no me mataron. Y mañana será otro día igual. Igual a ayer y a antier. Bajaré la pendiente de tierra hasta el edificio aguardando el momento en que mi cuerpo deje de ser mío. Perderé el control de mis brazos, de mis cuerdas vocales, de mis piernas, temblaré de pies a cabeza, mientras él se deleita viendo cómo me arranca de mí misma. Vendrá después la vergüenza que me come por dentro, me come el ánimo, poquito a poquito, así como los escarabajos se comen la piel de los animales muertos.

Mi vida es esto. A lo mejor cuando crezca, con la madurez, mi cabeza deje de estar agrietada como el techo de mi cuarto. A lo mejor, el futuro será mejor que este presente…

La *miss* de Moral dice que la Biblia guarda las respuestas que necesitamos, solo hay que abrirla al azar, mientras le pedimos a Dios que nos envíe un mensaje para nuestra alma.

Me destapo, enciendo la lamparita. Abro el cajón de mi buró. Allí está la Biblia. Cierro los ojos, le pido ese mensaje a Dios, algo que me regale un poquito de esperanza. Paso el dedo pulgar por sus páginas que caen como un abanico. Son como las mariposas monarcas. Hace tiempo fuimos a Michoacán a verlas; me gustaron, no todos los bichos son feos. Las páginas se detienen por la mitad. Exhalo. Señalo con el dedo índice un renglón.

Allí está el mensaje. Mi mensaje.

Lo leo en voz muy bajita:

> Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud. Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso; ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza.
>
> Lamentaciones 3:27-29

Lisztomanía

Viajé a Madrid para asistir –como público y no como ponente– al Segundo Congreso Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia. Jamás me planteé dedicarme a la psicología, menos aún al psicoanálisis, pero, como psiquiatra, los progresos del método freudiano o, en su defecto, lacaniano, me interesan lo suficiente como para mandar a la tintorería el único abrigo de lana que poseo. Es de excelente calidad y largo hasta las rodillas. Lo compré hace veinte años en Estocolmo; aquel había sido mi único viaje a Europa. Sobra decir que en México no lo he usado. El abrigo llevaba un par de décadas guardado junto a la ropa adolescente de mis hijos, que ya rebasaron los treinta, pero mi esposa se niega a deshacerse de lo que les perteneció. Dice que almacena recuerdos. Lo cierto es que ha desarrollado un apego patológico a los objetos que bien podría clasificarse como un trastorno de acumulación. Jamás se lo he comunicado: prefiero no llevar el trabajo a casa.

Llegué un martes a mediodía. Estaba cansado, el viaje había sido largo; a pesar de ello, dejé las maletas en el hotel y me dirigí al recinto: un pequeño auditorio ubicado en el barrio de Chamberí, cerca del metro Iglesia. No me sorprendió encontrarme con que la mayoría de los asistentes eran argentinos; ese país concentra la mayor cantidad de psicólogos por habitante del planeta. Allí, a diferencia de lo que ocurre en

los demás recintos académicos contemporáneos, la indiscutible soberana de las corrientes psicológicas sigue siendo el psicoanálisis.

Una mujer alta se sentó a mi lado. Me resultó perturbadoramente atractiva. Carraspeé al notar esos ojos azules tan claros que se diluían en el blanco de la esclera, la nariz cabalmente situada en el centro de su rostro y el rubio de su cabello que intuí natural por el color traslúcido de sus cejas.

–Hola, soy Joanna –me saludó con acento anglosajón.

–Buenas tardes. Yo soy Ciro.

Extendió su delicada mano para estrechar la mía. El asombro me había hecho sudar, pero ¿cómo negarme al deleite de ese breve contacto físico?

Se presentó: Joanna era de Houston, y ejercía en el Behavioral Healthcare Hospital como psiquiatra, por lo que nos comprendimos a un nivel tácito. Al terminar la jornada, me atreví a preguntarle si le gustaría cenar algo.

–Yo invito –le dije.

Ella accedió con un *Why not*. Nos dirigimos al bar de enfrente. Joanna no quiso ir más lejos. Se sentó en uno de los bancos de la barra. Mientras se quitaba de la cara un mechón de ese cabello color mantequilla, pidió una cerveza. Yo me decanté por una copa de Rioja, me parecía acertado gozar de los atributos de aquella tierra.

En medio de una febril conversación sobre las asperezas y las gentilezas de nuestra vocación, me permití formular la pregunta que es casi un ritual entre nosotros los psiquiatras; esa que surge cuando se tiene la certeza de haber ganado la confianza del otro:

–Dime, Joanna, ¿has tenido algún paciente que te haya hecho dudar de tu propia cordura?

En su rostro se dibujó una sonrisa irregular que, bajo la luz de la lámpara, juzgué juguetona, ¿seductora?

–Billy… Billy Davis. *Damn!* Fue… No sé. Nada se parece al caso de Billy. Después de él entendí que el diagnóstico es una simple definición para…

–¿Calmar a los cuerdos?

–*Yep* –asintió, apretando los labios, y le dio otro trago a su cerveza.

–Quizás sea un entrometido, pero ¿podrías contarme su historia?

Billy Davis había nacido, se había criado y había llegado a la adultez en Ranger. Joanna se refirió a esta como una pequeña ciudad; lo cierto es que se trata de una localidad atrapada en medio de la desolación texana, donde sus habitantes repiten el mismo bar, saludan a la misma gente y se alimentan de la educación antiintelectual propia del tribalismo estadounidense.

Billy era el típico yanqui, de esos que, amparados en la Segunda Enmienda, guardan armas de fuego en el guantero del coche. A su esposa, Betty, la imaginé como una rubia platino con senos desproporcionadamente grandes para el resto de su cuerpo. La pareja tenía un hijo de catorce años: Billy, a quien, como es de suponerse, llamaban Junior. Además, era transportista, pasaba las noches conduciendo su tráiler. Los faros encendidos de su vehículo iluminaban las rutas de su Texas natal; un estado cuyas fronteras él apenas había cruzado. De día, descansaba; cuando no dormía, veía los deportes recostado en su sillón de masaje. Era un buen hombre, aseguraba Betty, un buen esposo, el padre más atento que pudo haber tenido Junior y un devoto seguidor de la palabra de *Jesus Christ our Lord*, pero todo cambió la noche del accidente.

Lo único que conseguía iluminar el cielo eran los rayos que irrumpían de entre las nubes. Los limpiaparabrisas del tráiler marchaban a toda potencia. Billy, encorvado sobre el volante, no conseguía distinguir con claridad el camino. Hasta que perdió el control del vehículo. Los neumáticos traseros derraparon. Se estrelló contra el muro de contención y la cabina del vehículo terminó completamente destruida.

Billy sufrió un golpe en la cabeza que lo sumió en un coma del que despertó cuarenta y ocho horas después… ¿Qué habrá pensado al abrir los ojos?, ¿al encontrarse postrado en una cama de hospital?

Betty, sentada en el sillón reclinable a su lado, obedecía con carcajadas a las risas enlatadas del televisor. Él soltó un sonido gutural y ella salió corriendo de la habitación para pedir auxilio. Cuando el equipo médico entró, Billy estaba fuera de sí.

Interpreté el cuadro como un típico caso de agitación psicomotriz: pupilas dilatadas, sudoración excesiva, respiración acelerada y superficial. Incluso se había arrancado las vías intravenosas; la sangre le escurría del brazo mientras erraba por la habitación.

–En una situación así, solamente los psicofármacos consiguen contener al paciente –le indiqué a Joanna.

–No. –Alzó el dedo índice para contrariarme–. No le dimos medicamento. Lo tranquilizamos, pero de otra forma. –Esa sonrisa discreta, que antes había juzgado seductora, se tornó irónica, casi burlona.

El equipo médico procuró contener a Billy para administrarle medicación oral, pero él se resistió con la fuerza de un hombre sano. Pateó y se sacudió hasta liberarse y resguardarse en un rincón. Desde allí, sus alaridos se transformaron en lo que parecía ser otro idioma. El médico de guardia llamó a Joanna de inmediato. Ella, apenas cruzó el umbral de la habitación, lo supo: Billy hablaba alemán. Aseguró haberlo distinguido por ese sonido tan característico como de suspiro contra cristal, y por la *r* gutural que es más rasposa que la francesa. La verdadera clave debió estar en los *Nein* que Billy repetía durante su estado de hiperreactividad.

–Afasia bilingüe –aseguré–. Entiendo que te haya desconcertado, es algo tremendamente extraño, pero se han documentado varios casos y coincide con lo que cuentas sobre Billy, suele ser causado por un traumatismo que afecta el lóbulo frontal, en específico, el área de Broca que regula el lenguaje.

Joanna espantó mis palabras sacudiendo la mano en el aire y poniendo los ojos en blanco.

–*There's more* –afirmó–. Llamé a una amiga que es profesora de alemán y puse el teléfono para que escuchara a Billy gritar como un *madman*. Le pedí venir, ser nuestra traductora… Lo que me dijo al llegar *shocked me*: *this man seems to be possessed by the demon of Hegel*. Con Monica hablándole en un intento de alemán antiguo, Billy por fin se calmó. Y sin medicación –recalcó Joanna, guiñándome el ojo.

Tomó asiento en la cama y aceptó que el personal médico le limpiara la herida en la muñeca. Conversando con Monica en aquel alemán tan arcaico, que salpicaba esporádicamente con refinados términos en francés, le juró haber pasado décadas en un planeta lejano que tenía nombre: Vraulisgarnia. Su civilización inteligente –por efectos de simplificación los llamaré vraulisgardianos– eran anfibios esféricos de pieles vivas y ojos saltones con pupilas verticales. A primera vista resultaban inofensivos, adorables incluso. Pero su aparente inocuidad

desaparecía cuando abrían la boca. Tenían las fauces revestidas de dientecillos pequeños y afilados, como cientos de navajitas, con los que arrancaban la carne de sus presas aún vivas y reían enloquecidos escuchándolas berrear.

Interrumpí el relato de Joanna con un *¡vaya!* que hizo patente mi estupefacción. Me aventuré con un diagnóstico: psicosis postraumática derivada de una inflamación cerebral o de una posible hemorragia.

–Además, las alucinaciones no surgen de la nada absoluta –añadí riendo un poco para dotar de ligereza mi intervención–, quizá Billy era todo un fanático de las películas de ciencia ficción. Es curioso, antes las alucinaciones estaban pobladas de hadas, demonios o duendes; hoy los aliens son protagonistas.

–*Not true*… –refutó Joanna–. La gente sigue alucinando más con demonios que con aliens. Y en cuanto a tu diagnóstico…, no. *There is more*.

En Vraulisgarnia, Billy despertó tumbado en una playa de arena blanquísima y liviana como talco de bebé. Los vraulisgardianos lo observaban, unos encima de otros, expectantes. Lo primero que hicieron fue encerrarlo en una jaula muy particular. Dentro había un piano viejo, un colchón roído, un escritorio y una repisa con partituras de Liszt…, de Franz Liszt. Billy le explicó a Monica que él no había sido el primer terrestre abducido por los vraulisgardianos. Franz Liszt, el virtuoso pianista y compositor austrohúngaro, pasó cien años en aquel planeta. Sus habitantes estaban fascinados con el talento del músico; por eso se empeñaron en aprender la lengua materna de Liszt: el alemán. Tras abducir un piano, mantuvieron al pobre Liszt cautivo como gorila de zoológico, forzándolo a deleitarlos con su música. Se ponían eufóricos cuando lo escuchaban. Abrían sus espeluznantes bocas, bramaban, rugían, ladraban, saltaban azotándose unos contra otros hasta derramar sangre color petróleo, convulsionar y perder el conocimiento.

A Billy no le quedó más remedio que aprender a hablar alemán, solo así podría comunicarse con sus secuestradores. Y como no tenía nada mejor que hacer en su jaula, comenzó a tocar el piano. Con los años, la música se convirtió en su más grande obsesión. Dormía y soñaba con las teclas; despierto, solo detenía sus prácticas para comer o beber. Y, aunque se convirtió en un verdadero prodigio, fracasó: su público extraterrestre

jamás rozó la manía. Cuando los vraulisgardianos se dieron cuenta de que Billy era una causa perdida, lo enviaron de vuelta a la Tierra. No lo mataron a mordiscos porque después de tantos años se habían encariñado con él.

–Hablas como si le creyeras –interrumpí a Joanna. Mi intento por diagnosticar a Billy pasó a segundo plano, comencé a sospechar de ella. ¿Me encontraba frente a un caso de *folie à deux*?

A Joanna pareció divertirle mi enunciado. Sonrió aún más y alzó las cejas.

–Pediste el caso que me hizo dudar, ¿o no? Y… *There is more*.

–¿Más?

–*Yep*.

En cuanto Billy terminó su relato, Monica abandonó la habitación. Joanna la siguió y, en el pasillo, la tomó del brazo para que le contara todo lo que Billy le dijo durante la hora que había pasado hablando con él.

–Hay un piano en el vestíbulo del hospital, ¿no? –preguntó Monica con la voz trémula.

–*Why would you want a fucking piano?* –gritó Betty desde la puerta de la habitación.

Una vez en el vestíbulo, Billy se sentó frente al piano con la bata de hospital entreabierta. El sol que entraba por el ventanal le alumbró el rostro moreteado. Sus manos comenzaron a moverse sobre las teclas del instrumento de forma automática. Aquella tarde, Billy tocó a la perfección el *Vals de Mefisto n.° 3* de Liszt.

–Las enfermeras, los pacientes, el personal de limpieza, todos detuvieron sus quehaceres para dejarse cautivar por el disfrute que les proporcionaba Billy. Él era la más hermosa anomalía –testificó Joanna.

What the fuck! Betty gritó sacudiendo las manos en el aire. Fue la única que se atrevió a interrumpir el concierto. Normal: hacía apenas dos días su marido no sabía ni ubicar el do en el piano. A mí, en cambio, se me escapó un *¡Jesús bendito!*, pero me disculpé de inmediato por la expresión; no suelo recurrir a eufemismos religiosos. Sintiéndome avergonzado, le externé mi hipótesis:

–El caso de Billy parece ser neurológico. ¡Digno de aparecer en una colección de Oliver Sacks! –declaré intentando recuperar un poco de la

frescura que en un inicio había caracterizado nuestra conversación–. Aunque… –Me aclaré la garganta–. Un psicólogo podría ser de ayuda para dar con el origen inconsciente de sus repentinos dones. Quizá durante la infancia Billy tuvo contacto con el alemán y con el piano, el accidente pudo haber funcionado como un detonador que le devolvió estas facultades enterradas.

–Hablé con su madre. –Por primera vez, Joanna parecía darme la razón.

La madre de Billy era una viejecilla viuda que vivía con un bulldog en el barrio caravana de Ranger. Ella, al contrario de Betty, ni se inmutó al escuchar los detalles sobre el accidente de su hijo.

–*Doesn't surprise me. He has always been a stupid piece of shit* –dijo mientras echaba un paquete de alitas congeladas al microondas. Continuó hablando por encima de la televisión encendida a todo volumen y sirvió dos vasos de Mountain Dew–. Mira –comenzó mientras el microondas sacaba chispas–, mi mamá y mi papá eran alemanes, de los buenos, no de los malos, eh. Y la abuela de Billy era, de hecho, pianista, *dear*.

Quizá por fin estaba llegando a la raíz.

–Pero Billy no los conoció –continuó la madre–, es el menor de mis seis hijos y lo tuve ya mayorcita. Mis padres murieron dos años antes de que él naciera… Se… Se quemaron vivos.

–¿Usted hablaba en alemán con él?

–Jamás, ¿para qué? *It's a waste of time.*

–¿Y el piano?

–*What about it?*

–¿Usted o alguien en casa toca el piano?

–No teníamos ni para la leche, *dear*, ¿cree que íbamos a tener dinero para comprarnos un *fucking* piano?

En menos de diez minutos Joanna ya estaba fuera de aquel cubo de aluminio con olor a humedad.

–¿Hubo resonancia magnética? –investigué.

–Obviamente… Billy se había lesionado los ganglios basales izquierdos, y eso puede…

–Alterar funciones cognitivas –concluí.

Joanna dejó caer los hombros y cerró los ojos.

–Pero ¿cómo explicas el alemán antiguo?, ¿sus repentinas capacidades para el piano? ¿Qué hace un psiquiatra cuando ningún trastorno del DSM se acerca ni un poco al paciente?

Me quedé helado. La cabeza me daba vueltas. Intenté dar con alguna explicación o solución posible para lo narrado por Joanna. Cuando estaba a punto de abrir la boca, ella levantó la mano, ladeó apenas la cabeza y, ya sin sonreír, repitió la que parecía ser su frase favorita: *There's more*.

La cuenta del hospital prometía dejar a los Davis en la calle. Betty decidió marcharse a casa, cuidar ahí de Billy. Tenía la esperanza de que, regresando a su entorno habitual, él volvería a ser quien era. Sucedió lo contrario. Billy no volvió a pronunciar una sola palabra en inglés. Una tarde llegó con un piano de cola. Lo acomodó en el garaje; era precioso, nuevo, negro y reluciente. Se había gastado los ahorros familiares en él, dejando a su ya de por sí pobre familia endeudada hasta la quiebra.

Hizo del garaje su nueva jaula. Se destrozaba los huesos de los dedos golpeando las teclas de ese piano. Dormía unos cuantos minutos y despertaba contrariado por el descanso para seguir tocando. Betty, como era de esperarse, se rindió, enviudó teniendo a su marido bajo el mismo techo. Seguía como si la música no existiera. La casa de los Davis era una cajita musical con la cuerda rota, porque no sabía silenciarse. Del garaje brotaban piezas de Liszt permanentemente. Joanna describió la música que manaba de las manos de Billy como preciosos poemas sinfónicos de una emocionalidad desbordada, agitada, nerviosa, intensa, terriblemente bella, maldita y angelical.

–Pasó cinco años así antes de morir… –narró Joanna con lágrimas en los ojos–. Cinco años es mucho tiempo. No sé cómo aguantó. Yo iba a visitarlos cada semana. Le preguntaba a Betty si había mejoría, la respuesta siempre era *no*. Sigue encerrado, me decía. Yo ocultaba mi agrado. Soy egoísta, *I know*, pero quería que siguiera así para siempre. En el garaje ponía una silla de *camping*, abría una lata de cerveza y escuchaba a Billy. Era el concierto más hermoso del mundo. Ese garaje se había convertido en mi *safe place*, mi pausa, un tiempo solamente mío, ni de mis pacientes, ni de mis hijos. Mío. *There*, *listening to Billy's music*, *time no longer existed*, tampoco existía la lógica, no había nada más que él. Billy, el loco de Ranger, y su piano. *And Billy accomplished what he wanted*: yo era su lisztomaníaca. *It was… sublime.*

Joanna giró el rostro hacia la ventana para admirar con añoranza el cielo oscuro. La mesera comenzó a recoger los platos de las mesas y caí en cuenta de que éramos los últimos clientes que quedaban en el bar. Había perdido la noción del tiempo. Observé de nuevo su perfil iluminado por el foco. Sus pestañas casi transparentes les hacían un flaco favor a sus ojos caídos. Sujeté mi copa de vino con la mano derecha y con la izquierda me aferré a la manga de mi abrigo. Noté los músculos de los brazos tensos. Una gota de sudor se derramaba lento por mi frente. Me era imposible aparentar normalidad ante la indiscreta confesión de Joanna.

–*You're judging me.* –Ella resquebrajó el silencio.

–No, no es juicio, Joanna, es una observación deontológica. Me… –Solté aire por la boca mientras buscaba las palabras adecuadas–. Me dijiste el nombre completo del paciente, el de sus familiares, su lugar de residencia, el hospital en el que lo trataron…, todo. Y, además, utilizaste el deterioro psíquico de una persona como fuente de gozo personal durante cinco años.

Me sonrió, esta vez tranquila.

–Nunca esperé que entendieras. Hay felicidades a las que no todos pueden acceder, Ciro. *It was a pleasure chatting with you.* Yo invito. –Dejó unas cuantas monedas sobre la mesa y salió del bar para perderse en la penumbra de aquella triste y terriblemente fría noche madrileña.

Apenas llegué a la habitación del hotel, abrí la laptop, reproduje la *Rapsodia húngara n.° 2* de Liszt. Mientras intentaba dejarme cautivar por la desenfrenada melodía, repasé la biografía del músico. Hallé una coincidencia: Liszt también había sufrido un accidente. Sucedió en 1881, tenía setenta años cuando se cayó por las escaleras de un hotel en Weimar. Tras despertar, su carácter se había alterado para siempre. Comenzó a sufrir problemas cardiacos, insomnio y tanatofobia. Su obra se tornó sombría, experimental, sus melodías ya no contaban con una tonalidad central, al contrario, enfrentaban acordes excluyentes. «Llevo una profunda tristeza en el corazón que de vez en cuando debe estallar en sonido», le dijo a su biógrafa. Me pareció curioso: ¿y si Liszt realmente fue abdu…? No. Descarté la ridícula idea de inmediato. En todo esto había una incongruencia que pocos señalarían: en el hospital, Billy tocó el *Vals de Mefisto n.° 3*, una obra que Liszt compuso en 1883, dos años después del accidente.

Reí. ¡Lo que un psiquiatra tiene que escuchar! Apagué la calefacción por aire para que no me secara las fosas nasales. Hacía frío, así que me metí a la cama con el abrigo puesto mientras los altavoces reproducían aquel vals demencial.

El Olvido

Soy hija de mi madre, como dicen por acá cuando maldicen a medias, pero también soy hija de mi tío, o sea, del primo de mi mamá. Dayana, mi mamá, siempre lo negó. ¡Que no eres hija de Ricardo, Sinaí! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡Tu papá se fue pa'l gabacho y ahí se quedó! Pero no había manera de convencerme. Ella se frustraba, cruzaba los brazos y se aplastaba esos pechos grandes que tiene. Decía que no con la cabeza. Arrugaba su ceño sin cejas –le gusta sacárselas con las pinzas y dibujárselas con lápiz negro–. ¡Eres bien terca!, me gritaba. Yo la perseguía, duro y dale con lo mismo. ¡Ya, mamá! ¡Confiésalo! La verdad es que admiro su tenacidad, es de acero. Aguantó durante años la misma cantaleta, yo insistiéndole, atosigándola, exigiendo las respuestas que jamás llegaron, y ella muda como una jirafa. El pleito solía terminar conmigo soltando una frase hiriente: ¡Ay, mamita, eres una santa! Bueno, depende, de adolescente no lo eras tanto… Entonces sí, se ponía rojísima. Se encajaba las uñas postizas en el cuero cabelludo y gritaba rascándose la cabeza. Me daba la espalda y salía de casa. Con la puerta negra cerrada frente a mis narices, me arrepentía. Pinche soledad culera. Para mí el silencio es peor que el ruido de mil fiestas juntas; cuando nadie me habla, el cerebro grita como si fuera una entidad independiente. Sinaí, tienes que aprender a controlar tu temperamento, me regañaba la voz

imaginaria de mamá. Así no vas a llegar a ningún lado, Sinaí, tu carácter te va a condenar a quedarte aquí en El Olvido, de mí te acuerdas. ¡Perdón mamá!, le gritaba yo a la puerta, a ver si estaba cerca y me alcanzaba a oír. El arrepentimiento me ahogaba gacho. Solo una cosa me calmaba: la estufa. El fuego es rebonito, es bien bonito ver quemar. La lumbre es un dios despiadado, lo convierte todo en ceniza, nadie se salva. Yo me sentaba enfrente de la estufa y veía las llamitas como si fueran luciérnagas bailando en círculo. Agarraba el cuaderno de Matemáticas para dibujar, escribía los nombres de la gente que me trataba mal, luego los dibujaba –nunca he sido hábil para el dibujo, pero ahí estaba la gracia: me divertía deformar a los que me hacían la vida pesada, ponerles ojos de iguana, lenguas picudas, cuernos de cabra, cosas de monstruos–. Quemaba cada dibujo, uno por uno. Qué rico el olor a papel achicharrado. ¡Cómo disfrutaba esas hogueras caseras!

Para cuando mamá volvía yo ya había limpiado mi desmadre. Ella me daba un abrazo fuerte. Me pedía pararle. Ya pórtate bien, Sinaí, me decía. Si sigues así vas a acabar más jodida que yo. Aparte, ¿qué más te da? Enfócate en lo que de verdad importa, que son tus estudios.

Imposible. El tema de mi padre hacía que la sangre me hirviera. La gente del pueblo me compadecía. En El Olvido todos sabían todo sobre todos. Pero nadie decía las cosas de frente, que si este hizo esto, que si aquel hizo quién sabe qué. En la tortillería se sentaban las señoras a comentar que el marido de esta ya se metió con otra. Hipócritas. Cuando la susodicha llegaba, le sonreían y empezaban a hablar de otra ausente. Yo sentía sus miradas mientras andaba por las calles en mi bicicleta, la lástima pesaba. Mírala, pobrecita, salió a su papá.

El asunto era una astilla encajada en el dedo gordo, que no hay cómo sacar. Pasaba los días enojada y las noches nerviosa, sin poder dormir de tanto pensar. Le contagiaba el insomnio a mamá. La pobre se despertaba a cada rato. Su cama estaba pegada a la mía, solo así cabían en nuestro cuarto que es muy chiquito. ¡Sinaí, ya duérmete! Si no te vas a dormir, mínimo no te andes moviendo, me daba un almohadazo y se tapaba hasta la cabeza.

Los domingos ya eran el colmo. No entendía por qué mi mamá quería ir a comer a casa de los primos, si luego se andaba quejando de que eran unos maleducados. Tienen otra educación, decía. Tú por lo

menos saludas, eres atenta. Ellos no, son una bola de pelados, todos, alegaba, empezando por Romina. La esposa de Ricardo mascaba chicle como yegua, sentada en su columpio. Desde allí, les chiflaba a los dos más chiquillos de su prole para que dejaran de apalear al perro del vecino. A mi mamá y a mí nos hablaba lo indispensable. Hola, hola, pásenle, nos saludaba escuetamente mientras se impulsaba en su columpio con las puntas y los talones, las puntas y los talones, esperando a su marido, a mi tío, a mi padre: Ricardo Peralte.

Él hacía su entrada triunfal trepado en la *pick up* roja con su calcomanía de caballo echando patadas, los cristales bajados y música de banda a todo volumen; nada de narcocorridos, lo suyo era la música romántica, canciones que luego andaba dedicando por allí. Era el típico machote depravado. Él no discriminaba. Yo ya me lo había cruzado saliendo de la tienda de abarrotes, subiéndose la bragueta, limpiándose de la cara el labial anaranjado de Meche, que ya rozaba la ancianidad. Se le iban los ojos cuando pasaban mis compañeras de la secundaria con sus falditas cortitas.

Romina sabía. Las mujeres siempre sabemos de qué pie cojea el hombre; nomás nos hacemos las tontas. A ella lo que le importaba era seguir siendo la señora de su casa, la más grande de El Olvido: amarilla –que se viera–, con sus columnas blancas, sus tres cuartos, pisos de azulejo reluciente y la tele nuevesota. Daba igual que el marido anduviera con la rienda suelta; al final, a la que mantenía con su sueldo de supervisor de rancho era a ella y a los hijos de ella. Los bastardos valíamos madre. Dormíamos apretados, compartíamos cuarto con nuestras mamás solteras que tenían que despertar temprano para pasar el día limpiando una de esas mansiones que hay en Tampico, pegadas a la playa, de gente que no se abochorna con el calor, porque tienen albercas de agua cristalina, lanchitas y *jacuzzis*.

Ricardo emergía de su camioneta con el sombrero puesto y la sonrisa presumida de siempre. Verlo me confirmaba la maldición. Éramos idénticos: el mismo pinche color de piel, la misma cara redonda, achatada, como de sartén, los mismos labios planos, las piernas y los brazos flacuchos. Hasta caminábamos igual, de ladito. Me parecía yo más a mi tío de lo que me parezco a la madre que me parió a solas en un

cuarto sobrepoblado del seguro social; me parecía más yo a él que los cinco pendejos a los que sí reconoce como hijos suyos…

Hola, Dayana. Hola, Sinaí. ¡Qué gusto tenerlas por acá!, nos saludaba. A mi mamá se le caía la baba. ¡Ay, mamita! Si tú y todas sabemos que el Ricardo anda como perro excitado atrás de todo lo que se mueva, quería decirle, pero me tragaba el comentario y le daba un codazo a ver si así disimulaba un poquito. Ella se aclaraba la garganta, avergonzada.

Así eran mis semanas: de lunes a viernes en la escuela, muerta de calor, en ese salón con las ventanas trabadas, oyendo a mis compañeros varones hablar de las pendejadas que habían hecho en la borrachera. ¿Cuándo te vas a alivianar, Sinaí?, me preguntaba Paco al salir de clase. Te conviene más ser como yo, a ti te van a acabar reclutando por andar borracho a las tres de la mañana, le decía antes de subirme a la bici y él me sacaba el dedo de en medio, yo le devolvía el gesto. Me daba risa mentarle la madre –ojalá no se lo lleven nunca, es de los pocos que me cae bien–. Los sábados pasaba las tardes en casa de Cintia, mi amiga del alma; yo no quería que pasaran las horas, no quería que anocheciera porque no iba a poder dormir. El día siguiente, sería domingo, y yo volvería a la casa de Ricardo, volvería a verme reflejada en su cara.

Todo cambió un martes cualquiera. Mamá había pasado la noche en la chamba. Se quedaba allá seguido para cuidar al hijo de sus patrones. Yo, como siempre que ella no estaba, me había despertado tarde. Me puse el uniforme y salí volada. Pedaleaba camino a la escuela cuando los neumáticos de un coche alzaron una nube de tierra que me dejó ciega. Me detuve en seco para limpiarme las lágrimas con el suéter.

–Ya vas tarde, ¿no, Sinaisita? –Reconocí la voz y quise que me tragara la tierra. Era Ricardo desde lo alto de su troca–. ¿Dónde anda tu mamá?

–Se quedó a dormir en Tampico –contesté ya capaz de verlo.

Los ojos le brillaron raro.

–O sea que… –Alzó las cejas y se lameteó el labio. Sonrió con perversión–. ¿A veces te quedas solita? Has crecido mucho, Sinaí, ya eres toda una mujer –remató.

La confusión y el asco me robaron la voz. El sándwich de jamón y queso que había desayunado me escaló el esófago. Tragué la vomitada. Escapé rápido, tan rápido como pude. Mi campo visual se estrechó,

pedaleé metida en un túnel, solamente existía el frente, no había lados, ni arriba ni abajo. Un coche se frenó para no atropellarme, escuché los chirridos de los neumáticos, pero ni así paré. En mi cabeza no existía nada más que la imagen de esa lengua gorda. Al llegar a la escuela no pude ni insultar a Paco, ni saludar a Cintia. Ella pasó toda la mañana preguntándome si estaba bien, pero yo seguía pasmada. No podía leer, las letras eran rayones y las voces de los profesores, balbuceos. El sueño amenazaba con cerrarme los párpados en plena clase, y el asco no se me iba.

Volví a casa agotada. Quería tirarme en la cama y llorar por esta vida tan jodida, pero me encontré con la *pick up* roja estacionada enfrente. Ricardo nunca iba a mi casa, éramos nosotras las que íbamos a verlo. Yo no iba entrar si él estaba ahí. Ni siquiera me iba a acercar. Así que me di la vuelta y vagué sin rumbo arrastrando la bici por El Olvido.

«Sinaí, ¿dónde andas?», me preguntaba mamá por mensaje. Me llamó más de diez veces. No le contesté. Pasadas unas horas, fui hasta la casa de mis primos para ver si Ricardo ya había vuelto. Al ver la *pick up* estacionada, volví a casa rápido para que no me ganara la oscuridad. Tenía que volver antes de que la noche se hiciera más oscura, antes de que los borrachos salieran de las cantinas para vagar como muertos vivientes por las calles.

Al entrar, mamá me cacheteó. ¿Qué hacías? ¿Dónde estabas? ¿Por qué no contestas? Soltaba preguntas histéricas. Lágrimas negras se escurrían por sus mejillas.

–¿¡Para qué te di el teléfono si no vas a contestar!? ¡Ora me lo pagas, niña! ¡Y de mí te acuerdas! ¡Te lo voy a cobrar! ¡Eres una buena para nada! ¡Y yo rompiéndome la espalda para mantenerte! ¿¡Con quién estabas!? ¿¡Qué estabas haciendo!? ¡Habla, Sinaí!

–¿Tú qué hacías con Ricardo, mamá? ¿Qué hacía mi papá metido en nuestra casa?

La expresión le cambió: el enojo se convirtió en duda. Me miró sacada de onda. Se sentó y apretó la boca.

–Ricardo no estaba aquí, Sinaí.

Nos quedamos calladas un buen rato, sin poder vernos a los ojos, esquivándonos, mientras las dudas se amontonaban en mi cabeza, ¿entonces por qué estaba ahí afuera la troca? Mamá, ¿me estás

mintiendo?, ¿estabas con él y no me quieres decir, mamá? ¿o de verdad nunca entró y lo que hacía era acecharme? A mí, a su hija, a su sobrina. Cuando mamá me dijo que tenía que volver al trabajo, me di cuenta de que yo llevaba un ratote parada en un rincón, viendo una esquina. Vi la hora, eran las ocho de la noche.

–¿Ahorita? –le pregunté extrañada.

Ella asintió nerviosa, tenía prisa.

–No se te olvide darle de comer a las gallinas, y cierra con candado la puerta y las rejas –me dijo antes de cerrar la puerta.

–¡No! ¡Mamá, por favor! –le supliqué a gritos. No quería quedarme sola.

–No puedo, hija. –Se fue.

Cerré la puerta con doble llave, le puse candado a las rejas de las ventanas y corrí también las cortinas, que no se me vea adentro y menos sola. El corazón me latía en el cuello. Prendí la estufa. Abrí el cuaderno de Matemáticas y escribí el nombre de Ricardo. Lo dibujé a él. Una vez listo, dejé el papel sobre la hornilla. Su exterminio me hizo tararear una canción en inglés que no sé cómo se llama. Bailé en medio de la cocina, a la luz de la estufa. Eché los trozos de papel encendido al fregadero y los apagué con un chorro de agua fría. Me mojé la cara, los brazos, el cuello para refrescarme un poquito.

Sin pensarlo, apagué la estufa. Las luces de la casa estaban apagadas. Las sombras detrás de los muebles y de los rincones me devolvieron el miedo. Atrás de la mesita, junto a la puerta del baño, vi a una persona de rodillas; asomaba la cara y se agarraba a los bordes con los dedos torcidos, tenía los ojos bien abiertos y un sombrero. La sonrisa de Ricardo se delineó en ese rostro negro. Corrí desaforada y salté sobre la cama, caí de rodillas, me cubrí la cara con la sábana y palpando a ciegas busqué el control de la tele. La prendí, su luz esclareció todo. Era la lámpara: los focos eran los ojos, la pantalla el sombrero. Exhalé, relajé el cuerpo y le subí al volumen para distraerme.

El Canal Cinco emitía una peli de terror. Se trataba de un señor que era quemado vivo por los vecinos. Las llamas aparecieron en el momento justo, cuando yo más las necesitaba. Durante el incendio, al tipo –sombrerudo para acabarla de amolar– se le aparecieron tres demonios y le ofrecieron convertirse en una entidad que mata a los adolescentes en

sueños. Él accedió. Ahí voy yo de tonta a ver la película completa. La parte lógica de mi cerebro me pedía cambiarle, no ver al tipo todo quemado y con cuchillas en las manos persiguiendo a sus víctimas. Pero no, me quedé. Otra parte de mi cabeza, más bestia, me dijo quédate, esto está bueno.

Terminó la peli, ¿cómo dormir? La película había agudizado mis sentidos, yo estaba bien atenta a los pasos sonámbulos de los borrachos, a las voces, a los grillos. A cada ruidito. A la amenaza de Ricardo que estaba en todos lados: en las sombras, en la tele, hasta en el espejo.

En El Olvido no caben dos caras iguales… No. Tomé la caja de cerillos que mi mamá guardaba en el horno. Fui a la bodeguita, saqué el baúl de herramientas y elegí mi arma: un martillo. Abrí el galón de gasolina y rellené una botella de Coca-Cola. Guardé el arsenal en la mochila de la escuela. Para entonces ya eran las dos de la madrugada. Merecía relajarme un poquito, imaginarme en uno de esos *spas* que se ven en la tele, donde hay mujeres con toallas enroscadas en la cabeza. Puse un poquito de agua a hervir y la eché en una cubeta. Sentada en el excusado, me lavé los pies y le mandé un mensaje a Cintia:

te imaginas que
matara a mi tío?

a cuál de todos?
Jajajajajajajajajajajajajaj

a ricardo peralte
lo voy a quemar vivo

jajajajajajajajajajajajajajaja
jajajajajajajajajajajajaja XD XD

El suplicio creció. Cada mañana me encontraba con la camioneta, asomada en la esquina de mi casa, como marcando territorio. Adentro, tras del volante, Ricardo. Pareciera que la mentada camioneta tenía el poder de estar en más de un lugar a la vez. Yo quería huir, pero agarraba valor. Abrazaba la mochila y pasaba enfrente, como si me valiera madres, como si no sintiera la mirada fulminante de Ricardo al otro lado del parabrisas, examinándome. Asco me daba, pero lo imaginaba chamuscado y hasta le sonreía.

Aprovechaba los domingos para analizar sus movimientos, la rapidez de sus impulsos, su capacidad de observación, sus gestos. Él, haciéndose el cordial, conversaba con nosotras, tomaba la mano de su niño, el pequeño, lo abrazaba, le daba un beso, nos ofrecía más de comer. ¿Qué les hace falta?, ¿un cafecito?, ¿un postrecito? Sacaba un platón con fruta, otro con galletas. ¿Segura que ya estás satisfecha, Sinaisita?, me preguntaba y a su cara redonda llegaba una sonrisa de amabilidad que a mí me sabía a pura falsedad. Segura, tío, gracias. Yo también aparentaba.

–Lo digo en serio –le confesé a Cintia una mañana en la escuela–. Eso de quemar a mi tío Ricardo, va en serio.

–Estás loca –me dijo riéndose.

Las ganas de ver a mi tío chamuscado sí me estaban volviendo loca. Cada día el ansia crecía; ya no bastaba con dibujarlo y quemar la hoja.

Ricardo, pasaba las noches pensándolo.

Ricardo, deseaba encerrarlo en la bodega del patio.

Lo imaginaba con la piel húmeda y brillante por la gasolina.

Echarle un cerillo encima.

Arde, Ricardo.

Arde, Ricardo.

La euforia me llenaba el cuerpo de adrenalina. Gritaba por las noches, sola en mi casa, con la cabeza llena de ponzoña y el corazón ardiendo por el deseo.

Quémate, quémate, le decía.

Llegué al límite. Esto debía consumarse. Salí de la escuela. Me aferré al manubrio de la bicicleta, mientras buscaba por las esquinas de El Olvido la parrilla roja de la *pick up*. ¿Dónde estás? Cuando más te busco, menos te encuentro. Pasé media hora recorriendo las calles, ignorando los mensajes de Cintia, las llamadas de mamá. Me encontré a Paco sentado en una esquina y frené apoyando un pie en la banqueta.

–¿Qué traes? Has pasado por aquí diez veces, güey –me dijo.

–Busco algo.

–¿Qué? –No le contesté, solo negué con la cabeza–. Andas rara, Sinaí. Últimamente estás como ausente… Cintia y yo nos estamos preocu…

La voz de Paco se perdió bajo el ruido de unos neumáticos acercándose. El rojo de la camioneta cruzó la esquina y resplandeció bajo

los rayos del sol. Parecía un carro celestial, un coche jalado por dos corceles invisibles que, a ritmo constante, andaba entre nubarrones de polvo. Arriba estaba él: Ricardo. Conducía precavido, con la ventanilla abajo y una canción de banda a todo volumen. Me tapé la frente con la mano para verlo mejor. Detrás de mí, Paco me llamaba, ¿Sinaí? ¿Sinaí? Pero yo no veía nada más, no quería nada más.

Ricardo se detuvo frente a mí. Me incliné y apoyé los brazos en la ventanilla bajada. Atesoré el espejo que era su semblante, sabiendo que estaba a punto de borrarlo para siempre.

–Hola –le sonreí.

–Hola –me sonrió él.

–Tengo un problemita en la casa, y como no está mi mamá no hay quién me ayude.

–Cuéntame…

–Una fuga de agua en el lavadero. ¿Puedes venir a checarla?

–¿En media hora? –Estaba nervioso.

–En media hora. –Le di la espalda y pedaleé de vuelta a casa.

Antes de entrar miré la hora en el celular, eran las cinco de la tarde. Media hora. Dejé la puerta emparejada y me senté en la mesa con la botella de gasolina, los cerillos y el martillo. No prendí la tele, tampoco la estufa. Me suspendí en la nada. Desde la ventana se veían las gallinas saltando, chaparritas, en el patio. Se me secaron los ojos por no pestañear. Dieron las cinco con diez minutos. Tomé aire hasta llenar los pulmones y lo saqué todo, cerré la boca para contener la respiración hasta ponerme morada. Cuando ya no podía más, tragué aire de nuevo. Lo repetí una y otra vez, a ver si así me distraía. Pero los minutos seguían pasando más lento de lo normal. Eran las cinco veinticinco. Sentí una mirada en la nuca. Me giré para ver si Ricardo había abierto la puerta.

No. No había nadie.

A lo mejor ya me volví loca, pensé.

Y la mirada invisible se volvió más penetrante.

¡Aguanta, Sinaí!

Dieron las cinco y media.

Nada.

Dieron las cinco cuarenta y cinco.

Dieron las seis.

Entendí que mi plan había sido una reverenda estupidez. Él no había mordido el anzuelo, no era tan pendejo.

Cayó la noche. Cerré la puerta. Salí al patio. Acomodé la botella con gasolina, los cerillos y el martillo en un estante de la bodega. Eché un montón de grano en una cubeta para alimentar a las gallinas. Ellas me persiguieron alborotadas, tenían hambre. Las vi comer. Con las manos metidas en las bolsas del pantalón y la cabeza anclada en mi estupidez, me perdí en esos picos que recogían cereal del suelo sin perder la elegancia. Bonitas mis gallinitas, pensé, cuando alguien me jaló del brazo con una fuerza de diablo.

Grité.

Él tiró con más fuerza, me agarró por la cintura y pegó su boca a mi oído.

—Ya estoy aquí, Sinaisita, se me hizo tarde. —Se me arrimó por atrás.

Me sacudí intentando liberarme, pero Ricardo era fuerte, mucho más que yo, y me alzó como si yo fuera la rama tirada de un árbol. Pataleé. Se reía. ¿No que sí querías? Me metió a la bodeguita y me tiró en un rincón.

—¿No que sí, Sinaí? —me preguntó de nuevo, desabrochándose el pantalón.

Me supe débil, me sentí frágil. Desde abajo, lo vi más alto. Excitado, se bajó los pantalones. Gimió. Me tapé los ojos, me aferré al suelo con los dedos. Le supliqué. Por favor, no. Le gustó verme llorar. Se me lanzó encima. Entonces, quién sabe cómo, reaccioné: metí la rodilla entre sus piernas, el golpe fue limpio. Cayó. Se revolcó entre el polvo, el grano y la paja. Sus quejidos se convirtieron en graznidos. Me puse de pie, me sacudí el polvo. Recobré el aliento. Ya consciente, le metí un pisotón en donde más le dolía. Gritó más. Agarré el martillo. No dudé. No me tembló el pulso. Le di en la cabeza.

Contemplé mi cara en su cara inconsciente por última vez. Le rocié la gasolina por el cuerpo. Encendí el cerillo.

Ricardo abrió los ojos, sus cejas estaban bañadas en sangre.

Le aventé el cerillo encima.

Salí.

La bodega se convirtió en infierno. Las llamas se apoderaron de las vigas con una rapidez aterradora. Fue lindo, más bello que ver arder las hojas de papel en la estufa. Quería que aquel momento fuera eterno, vivir

para siempre frente al fuego. Dentro, las llamas desfiguraban a Ricardo, le arrebataban la cara, le derretían la nariz, los párpados, la piel, mientras sus gritos, así como el humo negro, llegaban a cada casa, a cada esquina, a cada calle de El Olvido, invocando a los vecinos, que fueron llegando uno a uno. A cubetazos y manguerazos, lograron apaciguar el incendio. Ricardo brotó. Echaba chispas, era una bengala que ardía mientras corría en círculos por el patio de la casa. Se tiró boca abajo sobre un charco y se apagó.

Se apagó el cielo, se apagó la luna blanca y las pocas estrellas que conseguían asomarse.

Se apagó el color del suelo.

Cuando Ricardo se apagó, todo se volvió negro.

Su cara era un cuero enrojecido y lleno de agujeros.

Ya no había espejo. ¿Y ahora?, me pregunté, oyendo a sus hijos lloriquear a mi lado.

—Fue un accidente —le dije a Romina. Ella solo alzó la ceja derecha mientras mascaba su chicle rosa, viendo a su marido como si fuera un trapo que había dejado de servir.

—¿Y si hablamos a la ambulancia para que vengan a recogerlo? —preguntó la hija mayor.

—No seas pendeja, esas cosas aquí no llegan. Se lo van a tener que llevar ustedes y, a ver cómo le hacen, no lo vayan a joder más de lo que ya está—ordenó Romina antes de irse.

El patio era un reguero de trigo y de plumas. De la bodeguita no quedaba nada más que unas cuantas vigas negras encajadas en el suelo. Dos gallinas saltaban frente a mí, una de ellas tenía la cola quemada. Las otras tres estaban muertas. Caí de rodillas y escondí la cara entre las manos.

—¿Sinaí? ¡Vine cuando me hablaron! ¡Menos mal que estás bien, hija! —Mamá me tomó por los hombros, pero poco a poco su tacto se fue haciendo débil. Se alejó de mí y con la voz temblorosa me preguntó qué había pasado.

—Mamá, maté a tres gallinas…

—¿Tú?

—Yo.

No me acuerdo qué pasó luego. En mi memoria hay un bache. A lo

mejor me tiré a llorar, a lo mejor me metí a la cama a ver la tele, a lo mejor reí. No sé.

La *pick up* lleva meses sin moverse. Está estacionada en su casa, una fina capa de tierra opaca el rojo que antes relucía por las calles. De Ricardo nadie sabe nada, ya no sale de su casa. Dicen que es un monstruo, que se le quemó la lengua, que no puede hablar.

Yo me aburro. Nada me llena, ni el fuego en la estufa, ni la tele, ni hablar con Cintia, ni mentarle la madre a Paco. Los domingos mamá y yo comemos en casa. Ella también es otra, ya no me discute, apenas cruzamos palabra, hay miedo en su mirada.

–Te juro que nunca quise matar a tus gallinas –le insisto todos los días, pero no me cree.

Segunda parte
LIMINALIDAD

Almas heridas

Bendita sea tu herida.
Bendita sea tu alma negra.

Todos llegamos a la muerte con el alma herida. A mí se me ha lastimado varias veces, pero la herida más profunda, de la que creí que jamás me recuperaría, fue la de Luuk. No lo culpo. Yo, sabiendo cómo iban a terminar las cosas, me quedé, persistí sobre tierra baldía porque tenía la esperanza de estar equivocada. Quería estar equivocada. Por las noches consultaba a las cartas. ¿Qué va a pasar?, les preguntaba, esperando que me contradijeran. La respuesta era siempre la misma: el arcano trece, la muerte. A la muerte se le ve venir desde lejos. Es definitiva, el jinete es una calavera sobre un caballo blanco. Los personajes saben que se aproxima. Ya ha matado al rey, se dirige hacia los niños. El obispo pide clemencia, reza, implora de rodillas. De nada sirve. Hay finales que son inevitables. ¿Qué debo hacer para salvarnos?, les preguntaba compulsivamente a las cartas y se lo preguntaba también a Luuk. Haré lo que me pidas, lo que sea necesario: era verdad, estaba dispuesta a todo. Pero a él no le interesaba salvarse. Y nos pudríamos, como se pudrían sus venas.

Nos conocimos a los veintisiete. Luuk trabajaba en una librería especializada en literatura inglesa con vistas al Singel, uno de los canales principales del casco histórico de Ámsterdam. En sus ratos libres buscaba *gigs* en bares y teatros, quería dedicarse a la comedia. Tenía talento. Yo me había mudado a los Países Bajos para cursar un doctorado en Sociología

y, en aquel entonces, pasaba el día en la universidad trabajando en mi tesis. Mi plan era quedarme en Ámsterdam y convertirme en académica.

Era viernes. Para variar, llovía. Kaira y yo fuimos a un *show* de *standup* en Mezrab, el bar de moda entre los estudiantes: una nave industrial ubicada a unos pasos de la estación central. Era el típico bar hípster de mobiliario *vintage*: taburetes de madera frente a la barra de aluminio, sofás y sillones viejos, alfombras enormes cubriendo el piso de cemento pulido. Kaira y yo pedimos cervezas Amstel y nos sentamos en el suelo frente al pequeño escenario. Fue entonces cuando la luz blanca del reflector se estrelló contra Luuk. Él. Era precioso, como un ángel enfermo. Huesudo. La piel casi traslúcida de sus brazos le devolvía la iridiscencia al reflector. Tenía las ojeras marcadas, los ojos azules y el pelo alborotado y negro. Pestañeé, convenciéndome de que, tarde o temprano, me olvidaría de esa cara, de ese cuerpo que parecía a punto de quebrarse sobre la tarima.

Kaira me dio un codazo y, muerta de risa, me preguntó si me había gustado. Obvio, le contesté antes de darle un sorbo a mi cerveza.

–*You*… –gritó Luuk señalándome desde arriba y, de pronto, todas las miradas estuvieron sobre mí–. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

–Tania, soy de México.

–¿A qué te dedicas?

–Estoy escribiendo mi tesis doctoral.

Él asintió mientras se enroscaba el cable del micrófono en el brazo.

–¿Y de qué es tu tesis? –La conversación pública y las miradas comenzaban a incomodarme. Encogí las rodillas y los hombros para hacerme chiquita.

–Sobre los efectos sociales de la teoría del mestizaje impulsada durante el México posrevolucionario… –Sonreí avergonzada, aquello sonaba a letanía.

–¡Guau! ¡Tiene lógica venir a los Países Bajos para estudiar sobre México! –soltó sarcástico y las carcajadas me hicieron sonrojar.

Terminó su espectáculo y, como yo ya estaba borracha, bastó con que Kaira me motivara un poco para ir con él, pedirle su teléfono e invitarlo a salir.

–¿A dónde iremos? –quiso saber.

–A donde tú quieras llevarme.

Al año y medio nos mudamos juntos. Encontrar un departamento decente por un precio asequible en la ciudad era ganarse la lotería, por eso me propuso dejar nuestras habitaciones en pisos compartidos e irnos a la casa de su tía fallecida. Estaba en Broek op Langedijk, un pueblo al norte, a cuarenta minutos de Ámsterdam en tren.

Quise saber de qué murió Nina, su tía. Tenía apenas cincuenta y cinco años.

–Un infarto, fue repentino. Le dejó la casa a mi madre, era su única familia –me explicó Luuk.

–¿Y murió en la casa?

Estábamos en el metro. Luuk se sostenía del pasamanos. Agachó la cara para encontrarse con mis ojos de preocupación. Era bastante más alto que yo.

–¿Te da miedo? –preguntó burlándose.

–No, miedo no… Respeto.

–Tú y tus cosas. –Usó el tonito de superioridad moral del primermundista. Luuk era un escéptico de hueso colorado, como todo buen holandés. Ponía los ojos en blanco cuando me veía sacar las cartas, encender mis sahumerios, colocar cuarzos en la ventana o hablar sobre astrología con Kaira (ella venía de Bangalore y era experta en astrología védica).

La casa de Nina era pequeña. Desentonaba por su abandono. Tenía los vidrios de las ventanas rotos y la fachada estaba oculta tras una hiedra que parecía haber escalado a toda prisa. A pesar de su descuido era muy bonita, como sacada de un cuento de hadas. Del techo triangular se asomaba una ventanita cuadrada de marcos blancos, con un macetero debajo. Las paredes eran de ladrillo oscuro y la puerta roja. Arriba, bajo el techo abuhardillado de madera, estaba la habitación. En la primera planta se encontraban el baño, la cocina y la sala. El terreno medía, como mucho, unos sesenta metros cuadrados.

Luuk tuvo que forzar la llave y empujar con el pie para abrir, la cerradura se había oxidado. Al entrar, un tufo a descompuesto me obligó a taparme la cara con el brazo. Había otro olor que hasta la fecha me costaría describir: un olor a frío, a humo de hielo seco, a desolación. Me pareció raro que la madre de Luuk no hubiera limpiado la casa tras la muerte de su hermana. La ropa de Nina seguía en el armario, había una

lata de salsa de tomate abierta sobre la encimera de la cocina, un sartén sucio y platos apilados en el lavabo. En el sofá yacía una cobija de croché a medio tejer con la aguja encajada en el ovillo.

–¿Nadie vino a limpiar? –indagué.

–Tú sabes que mi madre trabaja mucho.

Había varios portarretratos con fotos de Nina. Era guapa, alta y robusta, tenía el pelo oscuro y los ojos azules de Luuk. En una de las fotos aparecía con Luuk de bebé, ella le tomaba las manos ayudándole a dar los primeros pasos. En otra, estaba sobre un puente colgante en la selva, su vestido bordado era parecido a un huipil. Luuk me aclaró que Nina había vivido un tiempo en Costa Rica.

Nos tomó tres semanas dejar la casa como nueva. Comenzamos por el jardín, quitamos la maleza, cortamos el césped, plantamos arbustos y un rosal. Pusimos una mesita de lámina con dos camastros en el pórtico para los escasos días de sol.

Todo iba bien, hasta que Luuk propuso reparar el tejado. Pasó el día entero en el techo. Al inicio martillaba, subía y bajaba cargando con herramientas y material. Conforme pasaron las horas, el ruido perdió lógica. Sus pasos se convirtieron en golpes frenéticos que hacían retumbar el interior de la casa; yo limpiaba, organizaba la ropa de Nina para donarla a un albergue, reparaba lo que podía con él encima de mí, ¿pateando?, ¿saltando?

–¿¡Qué haces!? –le preguntaba asomada por la ventana.

–*Everything ok* –respondía él.

–*Really?*

–*Yes.*

Anocheció y, cuando bajó, aseguró haber terminado.

–¿De verdad?

Señalé las tejas que seguían apiladas en el jardín.

–¡Obviamente! ¿Qué te pasa, Tania? ¿Cuándo te he mentido? –me cuestionó agresivo. La mandíbula le temblaba.

Durante el trayecto de vuelta a Ámsterdam no cruzamos palabra. A la mañana siguiente pasó por mí. El color había vuelto a sus mejillas. En cuanto subí al coche me abrazó, me dijo que lo sentía, que había estado muy cansado, que no volvería a pasar. Le planté un beso en los labios y

lo amenacé con un «más te vale». Ese mismo día pintó de blanco las vigas del techo.

La casa era nuestra, suya y mía: un sueño. En cuanto estuvo lista, nos mudamos para empezar una vida juntos. Fue bonito. La luz matinal formaba un cuadrado sobre nuestra cabecera y Luuk se despertaba temprano para preparar el café y las tostadas del desayuno. Me lo encontraba medio encorvado, deambulando por la terraza mojada, mientras el humo de su cigarro se escurría desde su boca hasta su nariz.

Una noche, mientras él arrojaba una pelotita de goma a la pared, me confesó que su sueño era tener una familia, que lo deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

–Y allá vamos… –Dejó la pelota y acomodó la cabeza sobre mi pecho–. Una familia contigo. Contigo, Tania.

–Contigo, Luuk.

–A menos que te vuelvas loca como Frida. –Me sonrió desde abajo.

–No conoces a otra mexicana, ¿verdad? –Le jalé el pelo–. Frida no estaba loca. Al revés, ella pintaba su sufrimiento para no volverse loca.

–¿Tú me vas a pintar como ella pintó a Diego?

–Yo no pinto. ¿Tú me vas a lastimar como Diego a Frida?

Yo quería formar una familia con él. Aunque hubiera huecos en su historia, aunque su mundo emocional permaneciera oculto tras una muralla, aunque hubiera noches en las que desapareciera. Luuk cerraba la librería a las seis de la tarde y no volvía a saber de él hasta las once o doce de la noche. Apagaba el teléfono. Al llegar a casa me juraba que había estado con Jan o con Pieter, sus dos mejores amigos. Siempre el mismo pretexto y yo terminaba convenciéndome de que era verdad. ¿Por qué mentiría? Si Luuk era bueno, si me amaba. Su mirada triste me conmovía más que nada en el mundo. Pero, lo que una prefiere no ver, tarde o temprano golpea de frente.

Lo encontré desnudo en la bañera vacía con una jeringa encajada en el brazo, los ojos abiertos, sus pupilas habían desaparecido. La cabeza le colgaba hacia atrás, como desmayado. Sus músculos estaban duros y tenía el pelo empapado en sudor.

Me lancé sobre él. Lo sacudí. Dudé si estaba vivo o muerto. Sentí su piel helada y su respiración lenta. Lo abracé. No te mueras, Luuk, no te mueras. Poco a poco su respiración fue recuperando el ritmo y sus pupilas

crecieron. Aun así, cabeceaba. Intentaba decirme algo, pero no era capaz de articular. Lo ayudé a incorporarse. Fuimos hasta la cama, él arrastraba los pies y se sujetaba a mi hombro. Lo acosté y lo tapé con la colcha. Tomé el teléfono para llamar a alguien que pudiera ayudarnos, una ambulancia, algún médico, su madre, pero en cuanto él comprendió lo que planeaba hacer me sujetó la muñeca. Estoy bien, Tania, consiguió decir y cerró los ojos. Recosté la cabeza sobre su corazón, quería oírlo latir, saber que estaba vivo. A las dos de la mañana ese corazón comenzó a latir con furia, como si quisiera romperle el pecho. Luuk despertó, tragó aire como emergiendo del agua. Me empujó. Tomó una sudadera y salió de casa.

Comenzó así un tira y afloja agotador: periodos de luz, luego semanas oscuras en las que se entregaba de lleno a las sustancias. Yo le creía cuando me decía que estaba dispuesto a cambiar, que por mí lo dejaría, que, por favor, no me fuera, que me necesitaba. Y en sus ojos había verdad; él realmente quería liberarse. Así que, con la esperanza a cuestas, desempaqué una y otra vez las maletas que había preparado para marcharme. Venía después la dulzura de los periodos de paz que yo atesoraba sabiendo que en cualquier momento caeríamos de nuevo. Él necesitaba desprenderse de la realidad, y esa necesidad era superior al amor que me profesaba, a los planes de un futuro juntos. La droga iba primero. Su vida giraba en torno a ella; minimizaba las consecuencias y se vendaba los ojos para no mirar el daño que provocaba. Fui su adversaria y su cómplice. A ratos me hacía de la vista gorda para no generar más conflicto. Estuve dispuesta a convivir con su adicción, pero, en el momento menos esperado, me rompía y le reprochaba a gritos lo mucho que lo detestaba, a él y a su puto vicio. Le pegaba en la espalda, en el pecho, con los puños. Luuk no hablaba. Me sostenía los brazos con la boca bien apretada y la mirada quieta.

–¿Qué se siente? –le pregunté en una ocasión.

–¿Cómo explicarle a un ciego lo que es ver?

Había noches en las que se encerraba en el baño. Mirándose al espejo, buscaba un hueco en su vena obstruida para encajar la aguja. Se tiraba al suelo. La lluvia constante caía sobre el techo mientras yo, en vela, sabiéndome sola en un país ajeno, miraba el portarretratos de Nina

en la selva de Costa Rica. Se veía radiante; la envidiaba, yo quería sonreír como ella.

Las cosas mejoraron cuando me embaracé. Vi la cruz dibujada en la prueba de embarazo y lloré por el futuro de nuestro hijo como si lo hubiera matado antes de que existiera. Luuk entró al baño para ver qué me pasaba. Al mirar la prueba saltó de emoción, estaba radiante.

–¡No llores! ¿Te das cuenta, Tania? ¡Vamos a ser papás! –gritó limpiándome las lágrimas–. *It's what we wanted!*

Luuk sí dejó de consumir, o por lo menos no lo hacía en casa. Le emocionaba ver cómo mi vientre crecía. Le ponía canciones de Supertramp y The Alan Parsons Project a nuestra hija y le hablaba, le contaba chistes. Maren, Maren, *mijn kleine*, le decía. Íbamos juntos al hospital, durante las ecografías él me daba la mano como si fuéramos una pareja normal, padres sanos esperando la llegada de su niña. Compramos una sillita para la bicicleta. Yo me imaginaba pedaleando por los campos llanos que rodeaban el pueblo, mientras Maren, sentada detrás, abría los brazos para sentir el aire en las manos.

Maren, mi niña; Luuk, mi amor, lo llamaba, enterrando los dedos en su pelo e ignorando los moretones en su brazo.

Después vino aquella noche. Era la una de la madrugada y yo apenas salía de la biblioteca –tenía que trabajar más de la cuenta porque estaba a unas semanas de entregar la tesis–, cuando un amigo de la universidad me llamó. Respondí rápido. La música hacía retumbar el teléfono.

–Luuk está aquí –gritó.

–¿¡Dónde!? –Me dolió la cabeza por el estruendo al otro lado de la línea.

–En WestWeelde.

Colgué sin indagar más. Le quité el candado a la bicicleta y, con mi estómago de siete meses de embarazo, fui hasta el Parque del Oeste, donde se ubicaba la discoteca: un club nocturno enorme construido en una antigua fábrica de gas. Al cruzar la puerta, el olor a marihuana, sudor y muchedumbre me abrumó. Rayos de luz púrpura salían del escenario para caer sobre cientos de cuerpos que se movían eufóricos, poseídos por el *techno*. Creí que no daría con Luuk, que entre tanta gente y ruido sería imposible. Pero no, él estaba arriba, bailaba sin camiseta sobre una especie de columna elevada, metido en una jaula de acero. Era un ángel

resucitado. Él: esquelético, etéreo, una silueta transparente que se movía con los ojos cerrados; sus brazos ondeaban como si fueran olas de un mar tranquilo. Y brillaba como brillan los santos desde sus altares. Lo bello en sí. Lo admiré desde abajo; yo extática, abstraída, enloquecida. Un deseo efervescente me hacía arder y el dolor me atravesaba el alma con su fuego, empujándome a subir hasta lo alto de esa columna y tocar su pecho sudado y golpearlo y comerme su boca allí frente a aquel público condenado. Levitar, como él, flotar por encima del bien y del mal; ser rendición absoluta, romperme por dentro como él se rompía, existir más allá de la empatía, más allá de las consecuencias, más allá de lo cotidiano. Quise ser él, fundirme con él, pero de entre los mortales emergió un hombre que trepó la columna hasta llegar a la jaula. Se colocó junto a Luuk, comenzó a bailarle cerca, le acarició el pecho, el cuello, la entrepierna, los párpados; lo besó como yo deseaba besarlo. Luuk ni siquiera sentía. Fue entonces cuando lo entendí: Luuk ya no era mío, no me pertenecía, tampoco le pertenecía a este mundo. Su consciencia habitaba otro universo. Existía junto a los ángeles o a los demonios, ya no sé.

Cuando la fiesta acabó, Luuk, tambaleándose, me abrazó. Lo golpeé en la cara. Él me abrazó más fuerte, no me soltó. Pedí un taxi que nos llevara a casa. Mudo, se dirigió al baño, encendió la luz y frente al espejo intentó inyectarse, pero le temblaba tanto el pulso que le era imposible. Le pedí tumbarse en la bañera. Lo besé. Estira el brazo, le ordené y le ayudé a introducir la aguja.

Lo augurado comenzó a cumplirse. Luché hasta vaciarme por mantenerlo con vida. Pedí ayuda. Llamé a su madre.

–No puede ser tan grave –me respondía cada vez.

–¿¡Cómo sabes si no lo has visto en meses!?

Cuando nació Maren, Luuk ya era un costal de huesos. Deambulaba como un muerto en vida. Yo lo forzaba a beber agua. Me aseguraba de que comiera, con Maren pegada al pecho y las ojeras muy marcadas.

–Sin mí, se muere –le dije una tarde a Kaira.

–No puedes salvar a quien no quiere salvarse, Tania.

Sucedió en junio. No llovía. El sol matutino se colaba por la pequeña ventana formando un cuadrado sobre las sábanas. Maren dormía hecha bolita. Con su manita se aferraba a mi camiseta. La cocina despidió un

olor a café, bajé creyendo que lo encontraría frente a la estufa, pero la puerta principal estaba abierta. Acostumbrada a que se fuera sin avisar, me serví un poco del café que él había preparado. Salí al pórtico y lo bebí respirando el aire fresco. Disfruté su ausencia, cada vez me gustaba más no tenerlo cerca.

Luuk no volvió. Encontraron su cuerpo flotando boca abajo en el Amstelkanaal, un canal al sur de Ámsterdam. Fue su madre quien me llamó.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Nunca me escuchaste.

Ella suspiró al otro lado de la línea.

–No creí que fuera tan serio, Tania.

Para ella todo se debía a su fracaso como comediante.

–Él siempre quiso dedicarse a eso y no lo logró –repetía mientras le daba sorbos a su té de hierbabuena con miel–. Nosotros lo motivábamos a hacer algo más… Tú sabes, una carrera de verdad.

–Da igual. Está muerto –le dije para acabar de una vez con la conversación, mientras le daba de comer a Maren.

Maren tenía solo cuatro meses. Eso me enfurecía. Odiaba a Luuk por haberse matado, por dejarla huérfana y a mí abandonada en la casa de su tía, otra muerta como él, en un país extranjero, en un pueblo en el que apenas lograba comunicarme con la cajera del supermercado porque nadie hablaba inglés. Todos en Broek op Langedijk eran espantosamente holandeses, con sus parcelas de tierra divididas en rectángulos perfectos, sus canales preciosos, sus bicicletas con canastas para guardar las compras y sus interacciones distantes enmascaradas de cortesía.

La vecina, una mujer alta de unos cuarenta años, me regalaba tomates de su huerto y hojas de menta cada semana. Sin entrar a casa, me sonreía con lástima y me preguntaba cómo estaba. Yo asentía con la boca cerrada, la respuesta era obvia. Una vez se atrevió a interrogarme sobre mis planes: ¿Piensas quedarte en el país?, preguntó. Maren gritó desde dentro y le di la espalda sin responder.

No quise ver a Luuk muerto, tampoco pregunté por su aspecto. De hacerlo, la imagen me acosaría por el resto de mis días. Su madre se encargó de todo. Yo la acompañé al crematorio. Un dato extraño: en los

Países Bajos, el crematorio se queda con las cenizas durante un mes completo.

El funeral fue sosísimo. Quince personas, incluyendo a nuestros amigos más cercanos, nos reunimos en casa de sus padres sin las cenizas de Luuk. El clima estuvo precioso, eso me molestó, ni siquiera el cielo gris tan característico de los Países Bajos se entristecía. Su madre ofreció té, café y galletas, y abrió de par en par el ventanal corredizo que daba a un reluciente jardín con piscina. Me acomodé en un sillón y atendí a Maren, con la mirada estacionada en la fotografía que sus padres habían elegido para conmemorarlo, la foto de su perfil de LinkedIn: él peinadito, serio, con corbata. Nada que ver con su aspecto de los últimos días.

Esa misma tarde, Kaira llegó a casa para ayudarme. Se quedó una semana. Era ella quien se levantaba cuando Maren lloraba. Dormía poco y, en cuanto amanecía, se alistaba para ir a trabajar.

–Te juro que sí puedo –le decía yo cada mañana–. Ya no vengas, descansa.

–*Don't be stupid!* –respondía.

Su presencia nos salvó, pero tuvo que volver a Bangalore para la boda de su hermano.

–Si me necesitas, me llamas y regreso –me dijo consternada.

–*Don't be stupid!* –respondí sacándole la lengua para aligerar la tensión.

–La voy a extrañar y a ti también. –Le dio un beso a la niña.

Me convertí en lo que él fue: un zombi. Aunque la madre de Luuk me dejaba una buena cantidad de comida en el refrigerador, mi dieta consistía en cereal barato y tabletas de chocolate. No era capaz de seguir con la tesis, así que dejé de responderle a mi tutor. A veces dormía como si me hubiera desmayado. La pobre de Maren terminaba por calmarse sola. Otras noches no conseguía pegar ojo, caía por una hora y me despertaba con ganas de vomitar y el corazón en el pescuezo. Pensaba en todo lo que pude haber hecho para salvar a Luuk, todo lo que no hice, las formas en que contribuí a su adicción. En la oscuridad esperaba a que mi hija llorara, solo así escaparía de la rumiación, del recuerdo de sus ojos mirándome desde arriba, de su cuerpo lánguido, el brazo alzado sujetando el pasamanos del metro, de sus piernas blancas y duras como

las de una estatua de mármol, de él tirado en nuestra bañera. Hubiera empeñado el alma por volver a verlo, intoxicado o sobrio, me daba igual.

Una de aquellas noches, me desplomé rendida en la cama. El cuerpo me pesaba tanto que, aunque oía el llanto de Maren, no lograba abrir los ojos, mucho menos ponerme de pie. Estaba entre dormida y despierta cuando mi mente comenzó a presentarme imágenes de Luuk. Maren chillaba, me suplicaba darle de comer, calmarla, pero yo estaba viendo a Luuk y no quería dejar de hacerlo. De pronto, él apareció en nuestra habitación, a unos metros de mí, con la frente apoyada contra el marco de la ventana. Lo llamé. *What's wrong, Tania?* Se giró sonriendo. Una enorme cicatriz abultada le dividía la ceja derecha, bajaba por su párpado, le recorría la mejilla y el cuello, hasta esconderse bajo su camiseta. Sonrió más y, con un movimiento brusco, sacó una jeringa del bolsillo de su pantalón. Se la encajó en el brazo. Desapareció.

¿Desperté? Olía a humo de hielo seco, como cuando entré a la casa por primera vez. Maren ya no lloraba. Alguien la estaba arrullando. Una mujer tarareaba fuera, el canto venía de la pequeña habitación donde estaba la cuna. En cuanto mi pie tocó el suelo, la voz se esfumó, y el olor también. Fui a ver a Maren. La cuna aún se mecía como si alguien la hubiera movido.

A la mañana siguiente llamé a Kaira para contárselo.

–Si lo que oíste fue a alguien cantándole y Maren se quedó tranquila, pues… –titubeó–, es bueno, ¿no? Ha venido a ayudar. Otra cosa es que tú no quieras tener a nadie arrullando a tu hija.

–Es Nina –afirmé.

–¿Quién es Nina?

–La tía de Luuk, murió aquí. Esta es su casa. ¿Tú qué harías? –le pregunté.

–No sé. Hay que ver si vuelve. Si no, lo descartaría como si nunca hubiera pasado.

Kaira no me creía y a mí descartarlo me parecía imposible. Estaba segura: Nina había visitado a Maren, la había arrullado. Habría querido decirle a Kaira que en mi país era bastante común que la gente experimentara cosas de este tipo. Los fantasmas solían aparecer en lugares viejos: casas, teatros, iglesias, haciendas... En mi ciudad, Guanajuato, estaban por todos lados. El velador de mi colonia contaba que por las

noches se aparecía un niño con su pelota. Mi vecina cohabitaba con el fantasma de un señor bajito que llevaba un sombrero de paja; lo veía a diario, se había acostumbrado tanto a su presencia que lo llamaba «gordo» de cariño. Pero en los Países Bajos estas cosas no pasaban. Jamás había oído a un holandés contar una experiencia sobrenatural. Era curioso. Mi primer encuentro con un fantasma ocurrió en el reino de los escépticos, donde las iglesias habían sido transformadas en espacios expositivos o, incluso, en bares.

A pesar de mi certeza, me pasé el día buscándole explicaciones racionales a lo sucedido, hasta llegar a la conclusión de que una mente deprimida –en duelo– es capaz de imaginar cualquier cosa. Pero sucedió de nuevo: estaba a punto de quedarme dormida, cuando el olor a humo de hielo volvió y escuché a Nina cantándole a Maren. Me aferré a las cobijas, procurando no hacer un solo ruido. Quería prestarle atención al canto. Del tarareo surgieron palabras vaporosas, susurros fantasmales que bien podrían confundirse con el viento azotando las ventanas. Distinguí la letra de *Slaap, kindje, slaap*, una canción de cuna muy popular. En ese instante me descobijé. Nina enmudeció. Encontré a Maren durmiendo tranquila.

–¿Nina? –pregunté y me quebré en llanto.

Odiaba que el fantasma tuviera voz de mujer, que fuera la tía de Luuk quien acompañara a Maren por las noches y él no se dignara a aparecer. Ni siquiera tuvo la decencia de despedirse. Se había ido sin darle un último beso a su hija, se había matado sin pensar en nosotras. Nunca pensó en nosotras.

Bajé a la sala. A oscuras, sentada en el sofá, barajé mis cartas. Hacía mucho que no las leía. Contemplé la fotografía de Nina sobre el puente colgante, quería contactar con su espíritu. Si alguien iba a pasar las noches junto a la cuna de Maren, yo debía saber sus intenciones. Del mazo saltó el ocho de espadas, cayó en el suelo en posición invertida. La ilustración mostraba a una mujer atada y con los ojos vendados, dentro de una barrera de espadas. Era yo atrapada en mi propia cárcel. A mi mente llegó la letra de una canción de Lhasa De Sela: «M'hija quédate conmigo un rato. ¿Por qué andas arrastrando esa desdicha? Espérame un momento y te desato». Puse la canción en el teléfono. «Pero qué enredo te has puesto, muchachita». Lo que Nina quería era liberarme.

Las noches escuchando a Nina se acumularon. En un inicio, la esperaba despierta y quieta para no ahuyentarla. Maren dormía de corrido, más tranquila que nunca. Terminé cediendo. Me dejé arrullar por Nina. Comencé a dormir mucho mejor. Sin terrores nocturnos, sin ataques de pánico. El descanso me ayudaba a recobrar la energía. La niebla mental se fue disipando. Dormir me permitía dedicarme a lo básico como Dios manda, que era cuidar de Maren y cuidar de mí, de mi alimentación, de mi higiene. Empecé a bañarme cada mañana y a vestirme con algo que no fuera una pijama sucia. Tiré a la basura la caja de cereal y comencé a calentar en el microondas lo que traía la madre de Luuk. Parecía poco, pero tomarme el tiempo de comer con tenedor y cuchillo, sentada en la mesa, era un avance enorme.

Cuando la ginecóloga me preguntó, preocupadísima, por mi red de apoyo, explicándome que atravesar el posparto en aislamiento es terrible para la salud mental, yo le confesé que no estaba sola, que vivía en casa de la tía de Luuk y ella me ayudaba con la niña, sobre todo por las noches. No sé cómo me atreví. Si la doctora hubiera sabido que la susodicha ya estaba muerta, habría llamado a protección infantil para quitarme a Maren.

Saberme acompañada por Nina me devolvía las ganas de vivir. Además, su presencia encendía otra ilusión en mí: si ella era capaz de manifestarse, Luuk también podía volver. Existía la posibilidad de saberlo cerca otra vez, escucharlo, olerlo. Decidí invocarlo, traerlo de vuelta, sentir su aliento frío erizándome la piel y el peso de su cuerpo a mi lado en el colchón. Luuk, vuelve, comencé a hablarle, a contarle las novedades de Maren. Era risueña e interactuaba cada vez más conmigo y con el entorno. Yo narraba para él cada cosa que hacía. Mírala, Luuk. ¡Qué gordita está! Es muy ágil. Sostiene superbién la cabeza. Va a gatear rápido, ya verás, a diferencia de su madre, esta niña será toda una deportista. Creo que va a sacar tus ojos… Son tus ojos, Luuk. Tienes los ojos de papá, mi niña, *mijn kleine*. También leía en voz alta los monólogos que Luuk guardó en una carpeta junto a la televisión. Ponía a todo volumen su música favorita, era fan del *soft rock* setentero. Me reía de sus chistes, lo adulaba mientras vagaba por la sala con Maren en brazos.

–Luuk, ¿vendrás? –Ni rastros de él, no llegó ni su olor, ni la

sensación de su tacto, ni siquiera un susurro. Hablarle no estaba funcionando, debía ir más allá.

Como buena académica, recurrí a los libros. La Universidad de Ámsterdam contaba con una especialidad en magia esotérica, y en su biblioteca había una gran colección ocultista. Después de casi un mes sin salir del pueblo, envolví bien a Maren en su carrito y volví a Ámsterdam. Encontré libros curiosísimos. Había un ensayo de Schopenhauer sobre el origen de las visiones con fantasmas; otro sobre espiritismo, de Arthur Conan Doyle; algunos de Fernando Pessoa; *De la magia y lo oculto*, de William Butler Yeats; la biografía de Crowley; varios de madame Blavatsky y de Rudolf Steiner; hasta tenían el *Grimorio del papa Honorio*. Entre la colección, hubo un autor que juzgué útil: Allan Kardec, un francés del siglo XIX que desarrolló un modelo más o menos científico para explicar cómo establecer contacto con seres del más allá. Argumentaba que los espíritus no tenían conocimientos supremos. Así como en el mundo había gente buena y mala, entre los fantasmas pasaba lo mismo. «La bondad y la afectuosidad son atributos esenciales de los espíritus elevados», esa frase me recordó a Nina.

Tomé fotos, hice notas y escarbé entre los libros de Kardec hasta que di con el que buscaba: *El libro de los médiums*, una guía para personas que querían comunicarse por sí mismas con espíritus. Lo llevé a casa.

Aquella noche se extendió oscura; las estrellas y la luna se escondían tras una densa capa de nubes. En cualquier momento empezaría a llover. Dejé a Maren dormida en su cuna y apagué todas las luces. El reflejo de los faroles de la calle iluminaba el interior del salón. Pegué el sofá a la pared y con gis blanco dibujé un círculo en el suelo que me serviría de protección.

Tenía lo necesario para invocar a Luuk: la intención, un ambiente tranquilo y en silencio, sin distracciones. Encendí cuatro velas que coloqué al centro. Me senté en posición de flor de loto dentro del círculo. Me sudaban las manos, me temblaban las piernas. Tomé aire. Luuk, dije su nombre tres veces, extendiendo el brazo derecho para tocar la luz que entraba por la ventana y dibujaba un cuadrado en el piso. Brillaba, como brillaba Luuk sobre el escenario, cuando el reflector lo apuntaba, y enrollaba el cable del micrófono en su brazo y vagaba, riéndose, haciéndonos reír. Luuk, lo imaginé de nuevo, sentado en la cama,

encorvado, lo vi preparando el café por la mañana. Admiré el portarretratos en el que aparecía de bebé, con Nina sujetándole los brazos. Luuk. La intención estaba: lo recordaba con ansia, con una fuerza capaz de restituir su espíritu. Luuk, ven, dije y abrí el libro para leer la oración inicial.

–Ruego al Señor Dios Todopoderoso que me envíe espíritus buenos para asistirme. Aparta, Señor, a los espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que intentan sembrar la discordia y desviarme de la caridad.

»Espíritus buenos, que os dignáis venir a instruirme, hacedme dócil a vuestros consejos, desviad de mí toda idea de egoísmo, orgullo, envidia y celos.

»Ruego especialmente al espíritu de Nina, mi guía espiritual, que me asista y vele por mí.

»Y tú, Luuk, a quien he querido en este mundo, escucha mi voz, que te llama para ofrecerte una nueva prueba de mi afecto. Dios ha permitido que te liberases antes que yo y de eso no podría quejarme sin egoísmo, porque sería desear que continuaras sometido a las penas y los padecimientos de esta vida. Aguardo, pues, con resignación, el momento en que nos reuniremos de nuevo».

Luuk, declamé su nombre.

Luuk.

Luuk, ven.

Fragmento a fragmento, mi imaginación lo reconstruyó.

Cada movimiento, sus besos, su tacto.

Luuk.

El sonido de su voz.

Sus ojos.

Luuk, ven.

Imaginé que sostenía su mano, que él estaba sentado a mi lado en medio de la sala, dentro del círculo, riéndose de mí, preguntándome que qué carajo estaba haciendo. Estás loca, me hubiera dicho.

–Luuk, golpea dos veces para decir que sí, una vez para decir no –ordené.

Comenzó a llover.

–¿Estás aquí? –pregunté, pero me envolvió el silencio–. ¿Estás aquí?

–insistí.

Y pasaron los minutos así: no se oyó nada.

–¿Estás aquí?

Repetí la oración de apertura. Me concentré. Nada. No hubo golpes, ni siquiera se escucharon los arrullos de Nina. Media hora después, apagué las velas y encendí las luces.

Me metí a la cama y esperé a Nina, pero ella tampoco llegó. Lloré. ¿La había ahuyentado? La angustia me aplastó contra el colchón. Estaba sola otra vez, abandonada a mi suerte. Lloré hasta quedarme dormida, las lágrimas se derramaron como gotas de ácido sobre la almohada.

En sueños, sí escuché el tarareo de Nina. Entonaba la «a» separando apenas los dientes. La vi en el medio de un cuarto blanco, de pie junto a la cuna de Maren. Era mayor de lo que la imaginaba. Su pelo gris caía lacio hasta sus caderas. Sus ojos azules, tan parecidos a los de Luuk, me miraron con gentileza. Sin pronunciar palabra, se alzó el vestido para mostrarme los muslos. Tenía las piernas cubiertas por pequeñas lesiones cicatrizadas, eran cientos de líneas como rayones de lápiz. Levantó aún más el vestido para descubrir su vientre y enseñarme una cicatriz horizontal de unos diez centímetros, abultada, en la parte inferior del abdomen, justo en la línea donde iniciaba el vello púbico. Con el dedo índice señaló mi pecho. Bajé la mirada, yo también tenía una cortada, pero la mía aún sangraba. Era una rajada profunda que me partía el pecho en dos. La piel estaba hinchada y roja, abierta sobre plastas de sangre seca. Comenzaba en el esternón y terminaba en el ombligo. La rocé con la punta de los dedos. Dolía.

–Cuanto más grande es la herida, más tarda en sanar. –Nina pasó la mano por la cicatriz en su abdomen–. Nunca desaparecen, aprendemos a vivir con ellas. –Me regaló una última sonrisa afectuosa y, antes de darme la espalda, se despidió–: *Doei*, Tania.

Desperté. Toqué mi pecho, sentí la herida abierta. Fui al baño para verme en el espejo. Tenía la piel intacta, pero con los dedos sentía la rajada, me ardía mucho.

Se cumplió el plazo y fuimos a recoger las cenizas. El crematorio era bellísimo. Muy moderno, un edificio redondo de piedra con una cúpula

blanca. Se encontraba entre los jardines del cementerio de Zorgvlied. En el recibidor, frente a una banca de madera, había una vitrina acristalada que exponía urnas de diferentes tamaños y materiales junto a joyas relicarios, bolsas térmicas para transportar cenizas, pequeñas urnas para mascotas y piedras memoriales en las que se podía inscribir un mensaje. Elegí una vasija de barro pintada a mano con rayas horizontales en tonos de verde. Habría sido la preferida de Luuk.

Anduve abrazada a sus cenizas entre los árboles del cementerio, junto a Kaira, a Maren, que iba en brazos de su abuela, y al padre de Luuk. La urna era él. Él, vestigios de su cuerpo apretándose contra el mío, mis brazos sujetándolo una vez más. Él. Mientras caminaba recordé nuestra primera cita. Luuk había elegido el Pllek, un restaurante construido con viejos contenedores de tren frente al canal del mar del Norte. Tomamos un ferri desde la estación central para llegar. No llovía, así que nos sentamos en la terraza. Había música en vivo y mucha gente. Hablamos. Cuando él no sabía qué decir, alzaba su copa de *gin-tonic* y brindaba.

–*Proost!*

–¡Eres un cabrón! Quieres emborracharme –le reclamé. Él soltó una risa y se acercó para pasar el brazo por encima de mi hombro. Me acerqué un poco más a él y me dejé abrazar.

–Hemos tenido suerte –murmuró. El sol resplandecía sobre nuestras cabezas, creí que hablaba del clima.

Entre las grietas de nuestra relación se cuelan destellos de una felicidad gloriosa: en su risa, en cómo miraba a Maren, en nuestras conversaciones acaloradas que podían extenderse durante horas, en las caminatas que emprendimos sin rumbo por las calles de Ámsterdam, en las horas que pasamos recostados sobre el césped de nuestro jardín, en la ilusión de un futuro juntos. Incluso en los momentos más oscuros de nuestro tiempo juntos hubo redención. La felicidad es así: intermitente.

Hubo felicidad gracias a Luuk.

La habrá también después de Luuk.

Llegamos a un muro de ladrillo con estanterías de piedra. Dejé la urna de Luuk en el hueco que tenía reservado con su nombre.

Adiós, Luuk. Acaricié la urna, la noté fría como su piel.

En casa de Nina nos esperaban las maletas. Antes de irme, me despedí de ella, aunque sabía que ya se había ido. Esa misma tarde me fui con Maren, ella tenía tan solo cinco meses. Nos fuimos para nunca volver a la casita holandesa que parecía sacada de un cuento de hadas. Le presenté a mi niña este suelo embrujado, la tierra sobre la que nací y crecí.

A Maren le gusta Guanajuato, vivimos en un departamento a las afueras de la ciudad. Amanece y la luz del sol se cuela por la ventana de nuestra habitación, baña la pared al fondo; colgué allí la foto de Nina en Costa Rica, a un lado puse una foto instantánea en la que aparezco con Luuk en el jardín de nuestra casita holandesa y debajo otra de Maren: ya tiene tres años, heredó los ojos azules y la mirada penetrante de su padre.

Hace días recordé el ensayo de Schopenhauer sobre las visiones de fantasmas y decidí buscarlo en internet. Él explica que la oscuridad y la soledad son un lienzo en blanco para que la imaginación proyecte lo que habita en el interior. Los fantasmas no están fuera, viven en la mente. ¿En el luto y el aislamiento mi mente creó la presencia de Nina?, eso hubiera pensado Luuk; él, un holandés racionalista, hubiera llegado a las mismas conclusiones que Schopenhauer. Y yo a veces, al caer la noche, me lo pregunto. ¿Lo imaginé? Me giro sobre un costado. Observo a Nina sonriéndome en la pared y se lo pregunto a ella. ¿Te imaginé? Ante la duda, palpo la herida que tengo en el pecho. Ha cicatrizado. Nunca la he visto pero sé que está ahí y, al sentirla, comprendo que los fantasmas son tan reales como las cicatrices que llevamos dentro.

Adentro

Me siento sola. No tengo con quién hablar. Antes tenía amigos; me pasaba las mañanas y tardes platicando tras el humo serpenteante del cigarro con un delicioso sabor a café en la lengua. Éramos diestros para conversar, escuchar y ser escuchados sin caer en monólogos ególatras o en alabanzas interesadas. Sofía era parte del grupo. Le molestaba que le robara cigarros. ¡Cómprate los tuyos!, me reclamaba, aunque sabía que eso no sucedería. Yo solamente fumaba cuando ella estaba para regalarme uno y, como pasábamos mucho tiempo juntas, yo fumaba muchísimo. Ya no fumo. Me gustaría seguir fumando. Salir, conversar y fumar, como antes. Tengo la teoría de que las conversaciones están en peligro de extinción. La mayoría busca a un oyente, no a alguien que participe de forma activa, mucho menos que se atreva a refutar. Y ahí estoy, asintiendo como los muñecos que mueven la cabeza en el tablero del coche. Ya no sé qué es peor: un idiota plagado de certezas, o el que ni siquiera abre la boca porque tiene el celular frente a las narices. Cuando de conversaciones se trata, las pantallas son el peor de los enemigos. Me quejo –todos nos quejamos–, pero caigo, y lo más preocupante es que suele ser de forma irreflexiva: enciendo el teléfono instintivamente y abro Instagram.

Hola, Sofía, desde hace tiempo solamente te encuentro en mi *feed*.

Por lo regular es ella la primera que aparece en la fila infinita de fotos y videos que me entrega la *app*. Interactúo mucho con sus publicaciones: *likes*, comentarios, ¡qué guapa! 😍😍😍. Lo digo en serio: está guapa. Tiene el pelo largo. Luce un vestido corto con escote, aunque en vez de mostrar esos pechos redondos que solía tener, enseña puro hueso. Está muy flaca. Si estuviera aquí se lo diría, me preocuparía por su alimentación. Le prepararía cosas ricas de comer: pechugas de pollo, arroz, ensalada. Abriría una de las botellas de vino portugués que José atesora como si fueran joyas antiguas y…

Una llamada me saca del menú imaginario que nunca cocinaré. Es mamá; de un tiempo para acá solo hablo con ella.

–¿Cómo está Josecito? –Ni siquiera me saluda.

Mi hijo grita. Estira los brazos por encima de la cabeza.

–Muy bien. Despertando de la siesta –le contesto, mientras él me sonríe y yo le sonrío de vuelta.

–¿Y qué tal la tos? ¿Ya se le pasó?

–Sí, mamá, va mejor.

Cuelgo y meto al niño en la carriola, quiero salir corriendo del apartamento. Me sofoca pasar tanto tiempo adentro. Camino por la banqueta abriéndome paso entre peatones. Mi niño se sorprende ante todo. Su piel rosa brilla bajo el sol. El viento agita las ramas de un árbol hasta desprender un par de hojas que caen sobre sus muslitos. Se las entrego. Él extiende la manita para sujetarlas. Reacciona con un grito. Aún no cumple el año, pero ya me escucha con una atención extraña. Nuestra comunicación es un experimento: imito sus balbuceos, gesticulo mucho, aplaudo, salto y canto, cuento del uno al diez y nombro las partes del cuerpo señalándolas con el dedo.

Volvemos a casa a la hora de la comida. José está aplastado en el sillón frente a la tele. No la ve, tiene la cabeza agachada y hurga en el teléfono. Exhalo. Sé que no se molestará en ayudarme a bajar al niño de la carriola.

–Hola –le digo en voz bien alta, para que se entere de que he llegado.

–¿Qué onda? –me contesta sin despegar la vista del teléfono.

–¿Por qué tienes la tele prendida si no la estás viendo? –lo cuestiono, pero me ignora. José se queja de mis quejas, dice que solo le veo el lado

negativo a las cosas; a lo mejor tiene razón–. ¿Cómo te fue? –insisto. De su parte no hay más que un *bien* escueto que bloquea todo tipo de interacción.

Sin decir más, frío una carne de hamburguesa en el sartén; la sirvo junto a una ensalada de espinacas con frambuesas y aderezo de miel. Comemos con la televisión de fondo. José mastica y mira la gráfica de *bitcoin* subir y bajar. Una llamada lo distrae de su enajenamiento. Su amigo lo invita al bar de abajo. Ese amigo habla mucho. A él sí lo escucha. Con él sí sale, con él bebe. Yo no puedo, estoy dando el pecho.

En cuanto terminamos de comer, José se va de la casa y yo me encierro en la habitación del niño para arrullarlo. Lo dejo en su cuna y me siento en la mecedora con las piernas recogidas.

Abro Instagram. Voy a «Reels». En el primer video, una mujer enumera los beneficios de darle de lactar a tu hijo hasta que cumpla los dos años. A mí me duelen los pezones, se me cae el pelo, me estoy secando. Ni loca.

Paso.

Otra madre, que dice ser psicopedagoga, explica cómo hacer para respetar la autonomía emocional e intelectual de los niños mientras se establecen límites sanos que les ayuden a sentirse seguros. Me interesa. Lo veo; según yo, tomo nota mental. Me aburro.

Paso.

Una tipa baila en bikini en la playa. Tiene el abdomen plano y ni una sola estría. Dice que las mujeres nos hemos olvidado de habitar nuestra energía femenina, que debemos reconectar con nuestro útero para aprender a recibir sin culpas. Invita a un retiro espiritual de cinco días en Marbella y a visitar su tienda *online* en la que vende aceites esenciales, sahumerios y cuarzos. Remata alzando los brazos y baila como si se estuviera electrocutando.

Paso.

Aparece otra madre haciendo pilates en la sala de su casa mientras su bebé duerme plácidamente a un lado. «El que quiere, puede», dice.

La detesto. Detesto a las *momfluencers* y, a pesar de ello, llevo una hora en la misma posición, a un lado de la cuna, a oscuras, envidiando a esas mujeres que sí tienen vida social y viajan con su pareja y hacen deporte y

meditan y visten bien y tienen una vida profesional estable y, además, aman a sus hijos.

Malditas zorras.

Mejor cambio de aires.

Voy al perfil de Sofía. En su última publicación aparece rodeada por cuencos tibetanos, con un vestido vaporoso y los ojos cerrados. «Hoy y siempre soy suficiente», reza el *caption*. Le doy *like*. En la siguiente está tomando un *matcha latte* mientras lee una preciosa edición antigua de *Cándido* de Voltaire. En otra, aparece riendo tras una copa de vino blanco. Lleva unos enormes pendientes de zafiro con diamantes. ¿Serán reales?

La última foto que subió conmigo fue hace dos años; desde entonces no hablamos. Ni siquiera me vio embarazada. Su vida no es lo que solía ser, por supuesto, la mía tampoco, pero el que hayamos tomado caminos distantes no justifica el abrupto apagón de nuestra amistad. Éramos mejores amigas. Teníamos seis años cuando se mudó a la casa de enfrente. Me acuerdo de la camioneta blanca repleta de cajas estacionada frente al portón. Su madre, alta y guapa, parecida a Sofía, bajó y, una a una, empezó a apilar las cajas en la banqueta. Mi padre fue a ayudarle y mi madre corrió a la ventana de arriba para mirar escondida tras la cortina. Al ver a su nueva vecina, se llevó la mano al pecho, asustada. La niña tiene tu edad, y parece que viene sola, me susurró, como si pudieran escucharla.

Esa misma tarde, mamá, empujada por la curiosidad, llamó al timbre para regalarles una gelatina de mosaico. Yo me escondía tras sus piernas. La madre de Sofía abrió; aún despeinada y con el rímel escurrido se veía guapa.

–¡Bienvenida! –exclamó mi mamá estirando los brazos para ofrecerle el postre–. Aquí estamos para lo que se les ofrezca. ¿Qué te trajo a Sonora?

–La vida –respondió ella y le dio la espalda.

Nuestras casas eran espejos: la misma distribución, todo igual, pero al revés. La mía, luminosa; mamá mantenía las ventanas abiertas para ventilar. La de Sofía, oscura; su madre hacía lo contrario, cerraba cortinas y se recluía adentro. Me daba miedo ir, olía mal, había sobras de comida en la mesa y una que otra botella de vidrio en el suelo. Mamá bajó la

guardia al enterarse de cómo vivía su vecina. Empezó a compadecerla. Pobrecita, decía, quién sabe qué habrá vivido para estar así de mal. Y la casa de mis padres pasó a ser el segundo hogar de Sofía. Había mañanas en las que aparecía en nuestra puerta para que la lleváramos a la escuela. La invitábamos a comer. Mamá, con una sonrisa enorme, le servía un plato idéntico al mío: pechugas de pollo, arroz, ensalada. Pobrecita, a ella también la compadecía.

Cuando teníamos siete años, montamos un columpio con una viga de madera que colgaba de la rama de un árbol. Nos pasábamos las tardes columpiándonos la una a la otra hasta rozar el cielo con la punta del zapato. Deseábamos que el tiempo volara, llegar a la adultez, irnos de nuestra pequeña ciudad a la capital. Yo la acompañaría en su huida. Se lo prometí, bajo la sombra de ese árbol, en el jardín de casa de mis padres. Y cumplí. Pero esa adultez que añorábamos nos marchitó.

La culpa es mutua. Las amistades son recíprocas, no puedes quejarte de que tu amiga no te llama si tú tampoco le preguntas cómo está.

Le escribo:

Sofía, cómo has estado?
Me gustaría verte

Aparece la palabra *visto* debajo del mensaje. Espero unos minutos con el teléfono brillando sobre mi regazo en la oscuridad. Sofía no responde, pero está en línea, publica la foto de una enorme vela aromática encendida. «Time for me», reza el *caption*. ¿Es una indirecta? Salgo de Instagram.

Son las siete de la tarde y José aún no llega. Tampoco contesta. Baño al niño, le doy de comer y lo duermo. Para cuando llega yo ya estoy metida en la cama sin poder dormir. Sueño con dormir bien. Acostada de lado miro el teléfono mientras él azota los gabinetes de la cocina para hacerse de comer.

Abro Instagram.

Un círculo rosa alrededor de la foto de perfil de Sofía me indica que subió una *story*. Es ella, metida en la cama, como yo, con las sábanas hasta la nariz, como yo; su pelo cae sedoso sobre la almohada. Se parece a su mamá: incluso sin maquillar se ve bonita.

Me duele que ya no hablemos,
siempre has sido muy importante para mí,
me gustaría que conocieras a mi bebé

Envío el mensaje. Sofía no contesta. Al día siguiente, sube una foto del atardecer con una cita de Oscar Wilde: «La vida es demasiado importante como para tomársela en serio». No le doy *like*. Su descaro me enoja. Yo no la abandoné cuando más me necesitó, ¿por qué ella a mí sí?

Por lo menos podrías decirme
que no quieres verme
Oscar Wilde también dijo
que los amigos verdaderos
se apuñalan de frente

Escribo con la furia apoderándose de mis dedos. El niño llora, tiene hambre. Lo alzo, me lo pego al pecho. Leo y releo el mensaje. Me atrevo.

La palabra *escribiendo* aparece inmediatamente.

Me balanceo en la mecedora sin despegar la vista de la pantalla, mientras el niño traga pegado a mi pecho.

Sofía escribe aún.

Quiero gritarle que pulse enviar. Si lo que quiere es dar por terminada nuestra amistad, lo aceptaré, solo pido que me lo diga.

Pero cesa de escribir.

Espero.

No hay respuesta.

Me hundo.

Mi niño suelta un grito.

Ya no quiere comer.

Renuncio a abrir Instagram por lo que resta del día.

Sujeto al niño, tengo que salir. Este encierro me tiene perturbada. Abro la puerta de la habitación del bebé y ya se oye la televisión encendida. ¡Apaga esa porquería!, quiero gritarle, pero tomo aire. En el salón, José me mira, le está saliendo sangre de la nariz, pero no se ha dado cuenta. Meto al niño en el carrito y huyo. Afuera el aire es distinto. Mis músculos se relajan. ¿A dónde ir? Al parque, está a unos diez minutos. A mi niño le entretiene ver a otros niños jugar. El teléfono vibra

dentro de mi pantalón. Es mamá. Le cuento lo de Sofía, que hace años no cruzamos palabra, que, a pesar de habernos mudado a la misma ciudad, ya no queda nada de nuestra amistad.

–Déjala, no le ruegues, ella se lo pierde –me aconseja.

–Me puede decir que ya no quiere ser mi amiga.

–No es fácil decir algo así, Andrea.

–Es peor no decir nada.

–No le des más vueltas.

No puedo evitarlo. El silencio de Sofía pesa. Mamá siempre ha dicho que el silencio habla, pero a mí me cuesta descifrarlo.

Me siento en una banca del parque. Josecito, a mi lado, se emociona viendo a los niños correr y jugar. Algún día tú correrás así, le digo, y te columpiarás hasta rozar el cielo con los zapatos. Él suelta gritos efusivos. Ríe. ¿De qué? Recojo dos varas del suelo. Se las entrego. Él las sujeta con torpeza y golpea una contra la otra.

Una notificación me despega de la mirada efusiva de mi hijo.

Es de Sofía:

Nos podemos ver??

Antes de contestar me meto a su perfil. Quiero entender qué ha cambiado. Ha publicado otra imagen. Nada importante. Sus piernas lisas se asoman entre la espuma de un baño, pequeñas velitas rodean la bañera. ¿Se cambió de casa? ¿Una casa con bañera? Da igual, lo importante es que quiere verme. Respondo a duras penas, los dedos me tiemblan.

Claro!! Cuándo?

Ahora??

Me acompaña el bebé

Wow, sí, plis 😍

Me envía su dirección. Efectivamente, se ha mudado.

Me dirijo hacia allá a paso rápido, aferrada al manillar de la carriola.

Esquivo a la gente, cruzo las calles sin fijarme demasiado en los coches. Doy zancadas largas. Mi bebé disfruta de la velocidad, le dedico una sonrisa de auténtica ilusión. Distingo una tenue luz al fondo de la cueva que han sido los últimos meses.

Llego cinco minutos antes del tiempo pronosticado por el navegador. El edificio no es nada del otro mundo: blanco, cinco plantas, ventanas rectangulares.

Llamo al 3-C. El portal se abre. Me encierro en el elevador. Subo al tercer piso.

Las puertas metálicas se deslizan para revelar un pasillo estrecho. La suela de mi zapato rechina sobre un piso vinílico pegajoso que simula madera. Al fondo está la puerta del apartamento C entreabierta. La empujo con la punta de los dedos.

Mi estómago se contrae. Quiero darme la media vuelta. Desobedezco, me introduzco en ese interior anaranjado que huele a encerrado y a aromatizante de lavanda. Láminas de plástico rojas cubren la única ventana al fondo. El instinto me empuja a sacar al niño de la carriola. Lo abrazo para protegerlo. Enciendo la lámpara del celular para ver mejor. En el piso hay cajas de cartón, algunas aún selladas, y de las abiertas brotan prendas sucias, usadas, descosidas, con manchas de comida seca. También hay maquillaje, máscaras de pestañas, cremas, todo a medio abrir; empaques de comida a domicilio y alimentos mordisqueados. Me encuentro con la vela de la fotografía.

–¡Sofía! –Las manos del niño aprietan mi cuello, yo lo sujeto con más fuerza–. ¿Estás?

Camino conteniendo la respiración para no tragar ese aire pútrido y calmar las arcadas. Él llora. Se quiere ir. El asco me llena los ojos de lágrimas.

–¡Sofía!

–Aquí… –La voz es un bisbiseo que viene de la habitación.

Sofía está tirada boca abajo en la cama. El rectángulo de luz blanca alumbra su cara absorta, esquelética. Se ríe. ¿De qué? ¡Estúpida!, ¡puta!, grita, no me maldice a mí, maldice la imagen de alguien en el celular. De vez en cuando le da una mordida a algo que parece un palito de pan, las moronas caen sobre la cama, se lame el dedo mientras escarba en la pantalla.

Doy dos pasos hacia atrás cuidando de no tropezarme.

–¿Sofía?

Ella despega la vista del teléfono. Me encara. Se alza despacio. Le truenan los huesos. Tiene los ojos rojos, como si no hubiera dormido en días. Su pelo se aplasta sobre un cráneo que parece demasiado pequeño. Recarga el hombro derecho contra el marco de la puerta.

–Hola –me dice.

–¿Y si salimos? Vamos por un café –propongo a duras penas, la voz me tiembla.

Ella arquea la ceja derecha, me sonríe de lado, como cuando éramos niñas.

–¿Para qué salir? Si aquí adentro se está muy bien.

Busco casa

Un papel se estrella en tu cara, se te pega a la frente. Sabe a tierra y está mojado. El viento ha levantado la hoja –la mitad de una cuartilla cortada a lo largo– para golpearte. Es un volante porque vuela. Es también un volante en su otro significado: un documento de carácter informativo, un aviso escrito a mano con rotulador negro. «Busco casa», anuncia el título en una caligrafía redonda, como la de un niño que empieza a escribir. «Busco casa en esta zona URGENTE!!!!». Las mayúsculas se leen como gritos. Los signos de admiración que cierran, pero no abren el enunciado, te incomodan. Debajo hay un número telefónico: «689453221».

Analizas el anuncio cuando otro idéntico se adhiere a tu pantalón. Sacudes la pierna. El papel se ha pegado a la tela. No puedes arrancarlo. Lo rascas, pero la mitad se queda ahí. Grumos negros manchan tu pantalón. Bajas la vista. Caes en la cuenta de que la esquina –tu esquina, la esquina de tu casa– está atestada de anuncios. Todos piden lo mismo. Algunos se sumergen en lo hondo de un charco turbio. Otros cuelgan de las ramas calvas de los árboles y otro, tajado por la mitad, se ha incrustado a la suela de tu zapato.

La gente pasa sobre los papeles sin mirarlos. Van ensimismados; son autómatas con los ojos fijos en las pantallas. No saben pestañear. Tú en cambio adviertes la miseria, ves la basura, lees los ruegos, piensas en lo

que puede haber detrás del esmero por escribir a mano decenas de anuncios en busca de hogar. Cada volante es único. El responsable no los fotocopió. Escribió a mano cada uno y los lanzó, en tu esquina, solamente ahí. Pocos metros atrás, delante o en la esquina contraria no hay un solo papel. Es como si hubieran sido depositados estratégicamente para ti. Como si te hubieran estado esperando. A ti. Golpearte, separarte de la rutina, obligarte a leerlos, sentir curiosidad por la persona que en este presente digital busca casa así: anunciando su necesidad en decenas de folios mal cortados.

La luz amarilla del alumbrado público dibuja tu sombra sobre el pavimento y la noche comienza a pintar el cielo con su tinta negra. Se hace tarde. Buscas las llaves de casa con la mano derecha, mientras con la izquierda te aferras al anuncio. Abres la puerta de casa tan rápido como puedes. Entras. Deprisa aseguras el cerrojo, pones el pestillo.

Dentro, las luces están encendidas. Estés o no estés, así debe ser. No importa el precio del recibo, es prioritario que te dé la bienvenida un pasillo alumbrado, que todo esté visible, que nadie se oculte en la penumbra. Bien te instruyó mamá. Aún retienes su voz. Las paredes conservan su perfume. La echas de menos. Ella. Recuerdas cómo se tambaleaba por la casa con su vaso de leche, presionando uno a uno los interruptores de la luz. Su canto viajaba por el pasillo, accedía a las habitaciones, entraba a tus oídos. Te arrullaba. Era una madre presente, aunque pasara horas en la biblioteca, sentada en el sillón orejero, bordando. ¿Qué haces mamá?, le preguntabas. No respondía. Sus gafas reposaban sobre la punta de su nariz, decoraba finas servilletas de lino italiano, ensartaba la aguja una y otra vez, una y otra vez. Pero cuando estaba a punto de terminar, se equivocaba. No importaba cuán minúsculo fuera, el error la sacaba de quicio. Desprendía la tela del bastidor y gritaba. El chillido era espeluznante. Tu hermana corría a abrazarte.

Mamá apiló las servilletas que consideró imperfectas en una esquina de la biblioteca. Allí siguen, junto al librero de caoba. Hacía mucho que no les prestabas atención. Te pones de rodillas y escoges una. Son perfectas, elegantes como lo era mamá. Bien decía ella que la elegancia no se compra, se mama. Acaricias las flores del bordado, son campánulas azules, como las que están en la esquina de tu jardín. Comparas el anuncio con el bordado de mamá. Uno es pulcro, muestra de esmero y

disciplina; el otro, en cambio, adquiere una suciedad ofensiva dentro de tu casa, la contamina.

Con el bordado en la mano derecha y el volante con la izquierda, emprendes el ritual nocturno. Verificas que cada luz esté encendida. Te aseguras de que los objetos preciados no se hayan movido de su sitio: desde el samovar de plata, hasta la caja fuerte con las joyas familiares, y, sobre todo, el bodegón barroco que tu bisabuela compró en uno de sus viajes. Cierras las ventanas que dan al jardín. Abres las puertas de las habitaciones. Hacerlo toma tiempo. La casa es grande. Tienes tres habitaciones vacías con los armarios repletos. Conservas la de tu hermana intacta, tal y como ella la dejó, con la colcha rosa pastel extendida sobre la cama. La seda del dosel ha acumulado polvo, pero ahí sigue.

Relees el anuncio. Contemplas por la ventana la inmundicia que empantana tu esquina, que ensucia el árbol; era el más bonito de la calle. En tu barrio ordenado, de banquetas amplias y cafeterías de especialidad, no tienen cabida esos papeles. Te enfada la suciedad, el que hayan dejado tanta basura frente a la puerta de tu casa.

Sin pensarlo, tecleas el número en tu teléfono. Los pitidos te exasperan. Una gota de sudor se escurre por tu frente. Detienes tu andar. Las ansias disminuyen, parece que no hay nadie del otro lado. Estás a punto de separar el teléfono de tu oreja cuando los pitidos cesan. Alguien responde. Oyes una respiración profunda. La confundes con interferencia. Pero no. No es interferencia. Es alguien. Alguien… Algo jadea como un animal.

–Encontré el anuncio… –consigues decir.

Te responden palabras incompletas, distorsionadas por la estática. No entiendes lo que dice, es como si gritaran bajo el agua. «Su casa… queremos su… ca…sa», oyes y la llamada se corta. Te quedas unos instantes en blanco, con la mente bloqueada. Se te duermen las piernas, te tiemblan los brazos. ¿Cuánto duró la llamada? ¿Veinte segundos? Suspiras intentando relajarte. No vale la pena dedicarle un pensamiento más al asunto, mañana vendrán a limpiar y tu esquina volverá a ser la que era antes.

Cierras la cortina. Te sirves un vaso de agua. Lo bebes mirando hacia el otro lado: el jardín. Precioso. Con sus flores, sus helechos, el quiosco

verde y el juego bistró de hierro. Tapaste los agujeros con césped. Las marcas siguen, pero hay que fijarse mucho para verlas.

Vas a tu recámara. La de mamá ahora es la tuya. Quitas los cojines de la cama, abres el edredón y, por fin, posas la cabeza sobre la almohada. El cansancio es tanto que caes rápido en un sueño profundo. Dura poco, te despierta la vibración de tu teléfono. Es un mensaje de texto. Lo ha enviado el número que empieza con seis.

1:23
¿Sabes dormir? Desde fuera se ve
que solo estás tú. Solo tú en esa casa tan grande.

El teléfono se resbala de tus manos. Una sensación de calor se instala en tu nuca. El miedo planta en tu cabeza la imagen de tu hermana. Tras la muerte de mamá, ella se obsesionó. Andaba descalza, con su camisón blanco, ida, el pelo enmarañado, un cigarro en los labios y ese salpullido en la barbilla. Comenzó a pasar días haciendo un inventario de los objetos que les pertenecían. Lo contaba todo, cada cosa, sin importar cuán minúscula fuera. Pasaba horas enlistando los muebles que se amontonaban en el trastero, las prendas en los armarios, todo lo que por estirpe ahora es tuyo. Los broches de oro. Los collares de perlas. Los pendientes de diamantes. Las enciclopedias. La casa de muñecas que parece una mansión victoriana en miniatura. El candelabro checoslovaco, con sus brazos de cristal soplado. Las copas expuestas en la vitrina del aparador, en la cocina. Los bolsos de mamá, auténticas reliquias, aseguraba tu hermana.

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡No toques!, te gritaba. ¡No te acerques! ¡Sin correr por la casa! ¡Vas a romper la escultura de marfil! ¡Allí no entres!

Y releía y reescribía sus inventarios, deslizaba las uñas largas por los renglones de las páginas y páginas y páginas y trazaba círculos alrededor de letras para descifrar un mensaje oculto. Hasta que, una noche, concluyó que en la casa había algo más, algo enterrado en el jardín. Tú suplicabas su atención, ella ni te miraba. Sus ojos ya desorbitados recorrían el techo como persiguiendo a una cucaracha invisible. Hermana, la llamabas como solías llamar a mamá, pero ella le gritaba a la sirvienta. ¡Que se vaya!, le ordenaba, rabiosa y cuadrúpeda. En el jardín escarbaba

agujeros como si fuera un perro. La mujer del delantal rojo te sujetaba con gentileza y te llevaba a la sala, allí te tomaba en brazos y te cantaba una canción de cuna para sosegarte, era la misma canción que solía cantar mamá estirando la *a* mientras bordaba. Canción familiar. No recuerdas la letra, quizá si alguien te la cantara la recordarías, quizá… Pero no hay quien la cante, tu hermana solía cantarla antes. Ya no canta, pasa los días recluida. Su habitación de psiquiátrico parece la celda de una cárcel noruega. Tiene las uñas muy largas, las quiere así para escarbar mejor; las enfermeras la sedan para cortárselas.

Cuando tu pasado llega, se escapa el sueño. Pasas la noche en vela, hasta que amanece. Te pesa el cuerpo. Los días después de las noches en vela son opacos, la fatiga enluta todo. Además, es jueves. Odias los jueves, porque vas a visitar a tu hermana. Te frotas la cara con las manos.

Al salir de casa, notas que la esquina está limpia. Recorres la banqueta con la cabeza gacha para asegurarte de que no haya ni un trozo, ningún anuncio colgando de las ramas, que no haya rastro de la miseria de ayer. Todo en orden, reluciente, como siempre, como debe ser, y un alivio redentor te hace sonreír.

En el psiquiátrico, la enfermera te guía hasta el comedor. Encuentras a tu hermana sentada frente a la ventana. Persiste, con el pelo hecho un nido y los ojos rojos, rojísimos, secos, hipnotizada por el aire que sacude las ramas de un árbol. Te sientas a su lado. Ella come sopa de fideos. Con la mano derecha, se lleva la cuchara a la boca. Tiene la cara sucia; antes de saludarla, la limpias con una servilleta. Ella no se percata.

El tiempo pasa lento. Tu hermana sorbe audiblemente cada cucharada de caldo; tú le limpias la cara. No toleras ver esos chorros de sopa deslizándose por su barbilla. Se lleva la última cucharada a la boca, sorbe. Llamas de inmediato a la enfermera para entregarle el plato. Al girarte, te encuentras con su mirada. Sus pupilas decididas sobre las tuyas te estremecen. Pronuncias su nombre en tono de pregunta. Y ella habla. Por primera vez en años, te habla.

–El que a hierro mata, a hierro muere.

–¿Qué? –susurras, intentando comprender.

–Sangre de mi sangre; ve lo que me hiciste. Me encerraste para quedártelo todo tú, pero eso no va a pasar. Te vas a pudrir aquí, así como me pudro yo.

–Yo no te encerré. Yo te espero, te espero en nuestra casa, espero a que vuelvas.

–Sabes que eso no va a pasar. Sabes que no voy a volver. Lo lograste.

Sus ojos se hacen más grandes, más redondos. Ya no hay párpados. Son dos canicas pesadas. Lo divisan todo, ven lo que hay arriba y lo que habita bajo la superficie. Una sonrisa le rasga la comisura de los labios y alza la mano izquierda. Te muestra unos dedos torcidos. Del lecho ungueal en carne viva brotan chorros de sangre fresca. No tiene uñas. Se ha arrancado las uñas.

–¿Quién te hizo eso? –consigues preguntar. Su rostro enrojecido, detrás de la mano mutilada, sonríe más.

–Yo –responde casi en un susurro–. Me las comí solita. Ya no me van a servir. ¡Te la van a quitar! –Se ríe a carcajadas–. ¡Te la van a quitar!

En cuanto llamas a la enfermera, su voz se extingue. Los ojos se pierden de nuevo en la nada. Oculta la mano ensangrentada bajo el muslo y vuelve a la posición de siempre. Los dedos de tu hermana derraman sangre sobre la silla; la sangre se escurre hasta formar un pequeño charco en el suelo. Huyes con las náuseas en la lengua, con la imagen de los dedos ensangrentados en la cabeza. Quieres vomitar a medio pasillo. Caminas arrastrando las piernas hasta salir del hospital. Debes llegar a casa. Esquivas y empujas gente. Llegas a la esquina, a tu esquina. Allí, otro papel te pega en la cara, sabe a tierra, está mojado. La esquina se reviste una vez más de esos volantes inmundos, algunos se hunden en un charco, otros cuelgan de las ramas. Ves la *B* redonda, los signos de exclamación que cierran, pero no abren el enunciado. Las mayúsculas te gritan, te quieren a ti. Nadie más se percata, nadie los ve, nadie más que tú…

Sacudes la cabeza para bloquear el ruido de los coches, de las charlas que te rodean, de la inmundicia que ha vuelto a tu esquina, y otro papel se pega a tu pantalón. Gritas como gritaba tu madre cuando se equivocaba, como gritaba tu hermana mientras escarbaba. Rascas el papel que se ha adherido a la tela. Fibras de esa mugre perversa se quedan incrustadas entre tu dedo y la uña, dentro, muy dentro… Quieren apoderarse de ti.

No hay más. Solamente estás tú de pie sobre un estrado de papeles que lloran tinta. «Busco casa en esta zona URGENTE!!!!», aúllan los

anuncios. El teléfono se agita dentro de tu bolsillo. No respondes, tampoco cuelgas. Desclavas los pies y corres a casa empuñando el papel que se estrelló en tu cara. Cierras bien. Das dos vueltas a la llave principal. Aseguras el candado superior, el inferior, pones el pestillo.

El teléfono vibra aún. Siete llamadas perdidas.

Que todas las luces estén encendidas.

Cierras las ventanas.

Abres las puertas de las habitaciones.

Revisas que nadie se haya robado lo valioso.

El teléfono vibra sobre la mesa del comedor. Uno, dos, tres mensajes de texto…

21:03
Hablemos.
Sé que querrás.
Solo pido que me escuches.

Alguien llama a la puerta. Las luces se apagan. Presionas los interruptores. Nada. Los focos no responden. Abres la mano, sueltas el volante.

Respondes al mensaje:

21:03
No. Déjame en paz. Vete.

Tres golpes a la puerta. ¿Quién es?, gritas desde una esquina.

Silencio.

Tres segundos.

Tres golpes a la puerta.

Alguien, algo, merodea fuera, ves la sombra a través de la ranura inferior. Vas a tu recámara. Te encierras. La oscuridad te traga. Con las rodillas pegadas al abdomen, escondes la cara entre las manos. Alguien te observa, algo te observa. Ojos que lo abarcan todo, como los de tu hermana. La maldices. La oscuridad aplasta.

Tres golpes a la puerta.

Y la imagen de los dedos de tu hermana, sin uñas, derramando sangre, te azota como tú te azotas la cabeza con los nudillos. Quieres morderte las uñas, devorarlas, como ha hecho ella. Ella que se las comió

mientras cantaba la canción de cuna de mamá. Recuerdas las canciones que entonaba…, lo bonito que cantaba… Recuerdas sus ojos alegres antes de que se le asustara el alma, sus lágrimas cuando comenzó la obsesión, y tú simplemente observaste cómo caía hasta perder el habla; ya no sabía cantar, ya no sabía dormir, ya no sabía comer, solo sabía escarbar. Había que internarla.

La evocas contando objetos una y otra vez. Escribía en hojas de cuadernos que arrancaba y se las metía a la boca, las tragaba. Cerraba a consciencia las ventanas, como mamá, y cerraba a conciencia cada uno de los cerrojos de la puerta principal, como mamá. Y salía cuando tú ya te habías metido a la cama, con el camisón manchado, bajo la luna llena, escarbaba y escarbaba hasta el amanecer. Y se metía a su recámara, sentada en un rincón, escondía la cara entre las rodillas, se mecía en la misma posición en la que estás tú ahora.

Pero tú no eres ella. Y así como las manos ensangrentadas de tu hermana llegan a tu imaginación para perturbarte, aparece el bordado de mamá para regalarte una pista que crees que te salvará de la ruina: las campánulas azules, las del jardín, tu hermana jamás buscó allí.

Tres golpes a la puerta.

Tres segundos. Tres golpes.

Te pones de pie. Ignoras el ruido. Ignoras el teléfono que vibra. Ignoras el volante que yace arrugado y mojado sobre la encimera de la cocina. Ríes como reía tu hermana después de su amenaza, porque crees haber dado en el clavo. Te repites que conseguiste lo que tu hermana jamás consiguió. Te felicitas. Sales al jardín oscuro. Te arrodillas frente a las campánulas azules, las arrancas a puñados. De rodillas, bajo la luna llena, escarbas con las uñas. ¡Tú sí tienes uñas! Tú no eres ella. Arrancas raíces. Te manchas la ropa. La puerta de la entrada se agita. Tres golpes. Alguien grita que va a entrar, pero ni siquiera eso te detiene. La adrenalina te fuerza a seguir, aunque tu ropa impecable esté llena de lodo, aunque la oscuridad no te permita ver, tú escarbas y escarbas. Vas hondo, más hondo, más hondo. Debe estar, te repites, quizá más abajo. Sigues.

La puerta se abre. Los pasos se aproximan. No puedes parar.

Cuando encajan la aguja, pierdes el conocimiento.

Se remata casa en esta zona URGENTE!!!!
689453221

Tercera parte
REINCORPORACIÓN

El impulso y la caída

Mi abuela jura que él y yo tenemos las mismas manos. Sus párpados aletean, son las alas de una mariposa preparándose para volar al pasado. Las mismas manos, niño, me dice con tristeza. Yo no pedí ser el interruptor de su amargura. No elegí parecerme a él. Me incomoda verla así, ¿será por eso que vengo tan poco? No es que no quiera visitarla, todo lo contrario, su soledad me pesa. Aunque el personal asegura que está bien. Por las mañanas sale a hacer sus ejercicios. Toma el sol, juega dominó, tiene amigos y está tranquila. La semana pasada le pintaron el pelo de rojo con un tinte de supermercado. Se ve rara…, graciosa, por decir poco.

–Abuela. –Quiero despertarla del trance. Está ida, sus cejas se arquean hacia abajo, como tragándose el llanto.

–Se pone así cuando lo ve a usted, le da tristeza –explica la enfermera a mis espaldas–, pero yo le juro que cuando usted se va, ella está como si nada, bien contenta.

–¿Por qué dejaste que te hicieran eso? –Arrastro la silla y la coloco frente a mi abuela. Señalo su pelo. Sigue sin contestar, sus pupilas se hacen más pequeñas. Se va.

–Abuela. –Agito la mano frente a su rostro.

No me gusta visitarla.

Me reclino sobre el respaldo de la silla. Volverá cuando ella quiera, así suele ser. Miro alrededor. Las paredes son de un color verde aceituna que, a la sombra, luce sucio. Menos mal que la ventana deja entrar la luz. Por ella se asoma un pequeño patio con tres árboles y unos cuantos helechos en macetas de barro. Hay un tendedero del que cuelgan toallas mojadas; una de ellas está pintada de rojo.

En la mesita de noche, junto a la cama, está el reloj de pulsera de mi abuela, a un lado del retrato en el que aparecen los tres. Ella siempre ha sido bajita, pero antes tenía el pelo muy largo, negro y trenzado. En la fotografía sostiene a su hijo –a mi papá–. Entonces aún tenía los cinco dedos de la mano derecha. Mi abuelo simplemente posa con las manos entrelazadas sobre el abdomen. Es la única foto que tenemos de él.

Coloco el portarretratos sobre mi regazo. Aunque la exposición a la luz le haya quitado el contraste, alcanzo a ver mis facciones en las suyas: la nariz larga, el mentón afilado, los ojos hundidos. Es cierto: nos parecemos mucho.

–¿Cuántas veces te he dicho que te pareces a él? –Es ella quien me despierta a mí del ensimismamiento.

–Muchas –respondo. Perdí la cuenta en la infancia.

–Los mismos dedos, niño, son iguales a los de él.

Sin pedir permiso, me sujeta la mano derecha. Con el dedo anular traza las líneas que se dibujan en la palma, las analiza como si fuera una gitana interpretando mi futuro. Me regala una sonrisa que desde arriba luce siniestra. Igualitas, afirma otra vez. Las manos de mi abuela, sin embargo, son distintas a las nuestras. Ella está incompleta: le falta el dedo meñique. Siento el muñón y el bulto de la pequeña cicatriz en la punta. La piel que envuelve la primera falange se oprime contra mi muñeca. Me revuelve el estómago. De pequeño no podía evitar mirar, me hipnotizaba la manera en que movía ese trozo de dedo que parecía más una rama pegada al dorso. Lo usaba con destreza y desparpajo. Hablaba con las manos, alegaba y las alzaba sin cohibirse. Se ayudaba de ese pedazo de dedo para sujetar la cacerola o aferrarse al mango del cucharón o coger el asa de la bolsa de mercado. Iba a la manicura y extendía sus manos sobre la mesa para que solo le pintaran nueve uñas. No lo echaba en falta. Aunque ella jamás hubiera podido tocar el piano, y no solo por su dedo.

Le quito la mano y la oculto en el bolsillo del pantalón. Me pongo de

pie, rondo despacio por la recámara. La ventana muestra un cielo azul despejado.

–¿Saliste hoy al jardín? –le pregunto. Cuando me giro, la encuentro admirando con nostalgia el rostro de mi abuelo en la fotografía.

–Tú y él… sois idénticos. –Sigue con lo mismo.

–Sí –me rindo–. Nos parecemos mucho, ¿verdad? –Vuelvo a su lado –. Creo que tengo la misma edad que él en la foto.

–¿Qué dices? ¿No te has visto en un espejo? Si ya se te nota lo viejo. –Se ríe de mí. Saca la fotografía del portarretratos para ver la fecha que tiene anotada atrás–. Es de 1937, tenía treinta y uno o ¿treinta y dos? Tú ya eres todo un viejo.

–El burro hablando de orejas.

–Yo no me creo menor… Los hombres y su autoestima. –Ríe de nuevo–. ¿Tú cuántos tienes, niño?

–Treinta y cinco.

–Te ves más viejo.

–¡Abuela!

–¿Qué? Soy sincera. Mírame a mí: ochenta y tres años no se dicen fácil. Todos los días se muere alguien en este lugar. Y pronto la muerta seré yo.

–¡Abuela!

–Las viejas podemos decir lo que queramos, la edad lo justifica todo. El tiempo se va volando.

–Ni me digas, mis niños crecen muy rápido.

–Hace bastante que no los traes.

–Vendré con ellos, te lo prometo. Tú sabes, el tiempo…

–Trabajas mucho, ¿verdad? –Respondo que sí; claro, si es que a mi ocupación se le puede llamar trabajo–. Él también. Se pasaba casi todo el día trabajando.

Me entrega la fotografía con delicadeza. La sostengo con el mismo cuidado, se siente endeble. La imagen en blanco y negro se ha ido desvaneciendo, y un círculo, entre amarillo y café, enturbia el centro de la fotografía.

–Verte es como verlo a él hacerse viejo.

Mi abuelo tenía los ojos oscuros, casi negros, como los míos, y hundidos. Él también era pianista, pero, debido a sus circunstancias,

ejerció como afinador. Iba de casa en casa, afinando pianos de salón que sus dueños apenas rozaban; eran preciosos, de cola o de pared, los mejores de su región. Entre sillones cómodos y bajo candelabros de cristal, él abría su maletín de madera, sacaba los utensilios y ¿qué pensaba entonces?, ¿qué sentía al ver sus sueños convertidos en el vacío de una rutina forzada?

Por las noches, volvía a casa con el ansia empujándolo a sentarse frente a su piano; quería hacerlo sonar en serio. Sus dedos bailaban por la parte izquierda del teclado; presionaba las teclas que van del registro medio al grave. Un fino alambre de cobre se enrosca en las cuerdas de ese lado. El cobre añade peso para que el sonido alcance frecuencias más bajas. Mi abuelo, al tocarlo, visualizaba el mecanismo del instrumento. Yo hago lo mismo.

La tecla pulsada eleva el macillo.
El macillo golpea la cuerda.
El apagador la silencia.
El impulso y la caída de cada nota.

Conozco su historia, la abuela me la ha contado decenas de veces. Con la edad, su insistencia por hablar sobre mi abuelo no ha hecho más que empeorar. Últimamente, cuando oigo la frase con la que abre el recuento, suelto comentarios sobre el clima o cualquier otra tontería para que cambie de tema. Rara vez lo consigo. «Esa noche sin estrellas…», así inicia siempre; ella recuerda un cielo negrísimo forrando a su pueblo. Era el presagio del luto que estaba por llegar.

–Esa noche sin estrellas, tu abuelo tocó la *Vogel als Prophet* de Schumann.

Horas antes, mi abuelo había ido a trabajar a la casa de los Castilla. Era una de las más grandes, de tres plantas, preciosas galerías acristaladas, muros de piedra y aleros sostenidos por vigas de caoba. Se ubicaba en la calle principal, a unos metros de la plaza.

Llegó a pie, no estaba lejos. Le abrió la hija menor, una pequeña de pelo color cobre.

–¿Tú eres la pianista de la familia? –le preguntó mi abuelo.

La niña dijo que sí con la cabeza y corrió hasta el salón de la casa. Mi

abuelo la siguió.

El piano de cola reinaba en el centro de la estancia, junto a un imponente librero donde no cabía un objeto más.

–¿Y te quieres dedicar a ello? –continuó él colocando el maletín sobre el banco y sacando uno a uno sus utensilios de trabajo.

–Rosario, vete a tu habitación. No molestes a don Antonio, tiene que trabajar. –La señora Castilla detuvo la conversación antes de que iniciara. La niña obedeció–. Llega usted tarde.

–Sí, señora. Lo siento, pero no me demoraré. Su piano siempre está en excelentes condiciones. –Sin mirarla, abrió la tapa frontal del instrumento.

–¿Toca usted *La Internacional* ? –cuestionó la señora Castilla de pronto.

La pregunta lo asustó. Hizo un esfuerzo por actuar con normalidad. Colocó la varilla de soporte bajo la tapa del piano, pero los brazos le temblaban tanto que estuvo a punto de golpearla con el codo y derribarla. Le echó una ojeada rápida a su maletín, ¿había sido tan estúpido como para cargar con las partituras? No. En el maletín no estaba su carpeta, no había un solo papel. Se sintió ligeramente aliviado. Cogió el diapasón.

–No, señora –respondió. Con la rodilla hizo vibrar el diapasón y lo sujetó entre los dientes para sentir sus vibraciones en los huesos. La señora Castilla no pronunció palabra, esperó a que mi abuelo se acomodara delante del piano, a que colocara las manos sobre las teclas, presionara la nota central y girara milimétricamente la llave de afinación. Se retiró el diapasón de la mandíbula y envolvió la parte superior en una servilleta de tela para comenzar de nuevo. Cuando estaba a punto de azotarlo contra su rodilla, ella lo interrumpió:

–Sé que sí, me dijeron que es usted quien mejor sabe tocar *La Internacional* en el pueblo. Por favor, deléiteme.

Mi abuelo se ahogó, su saliva sabía a metal. Se disculpó colocando la mano derecha sobre su pecho mientras tosía y negaba con la cabeza. La señora Castilla insistió:

–Mire, don Antonio, o toca *La Internacional* para mí o iré con mi marido a decirle que intentó sobrepasarse conmigo, usted decide. –Alzó el pecho y se desabrochó el primer botón del cuello.

Él supo que no tenía opción, así que retiró uno a uno los aparatos para abrirse espacio en el banco. Se sentó. Ella, inmediatamente, se acomodó a su lado, muslo contra muslo. Mi abuelo comenzó a tocar su himno. Aunque allí, en el medio de aquel salón aburguesado, la estructura de marcha perdía su esplendor, sonaba a derrota.

Ella colocó la mano sobre la pierna de mi abuelo. Él la miró, no necesitaba ver el teclado. Sus dedos conocían la melodía de memoria.

Ella comenzó a cantar: «Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan, alcémonos todos al grito: ¡Viva la Internacional!». Su voz profanó el himno.

–¿Me equivoco, don Antonio? –preguntó ella. Cínica.

Él golpeó con furia las teclas, sin dejarse amedrentar, sin quitarle la mirada de encima.

La melodía poco a poco se fue tornando menos rítmica, más violenta.

–No, no se equivoca –respondió él. Firme.

–Siempre he sido buena para aprenderme canciones. ¿Cómo no iba a conocer la letra? Se pasaban el día cantándola: en la plaza, en la calle. Vi cómo los suyos le prendían fuego a una de nuestras iglesias, ¿o fue usted?

–Yo no le he prendido fuego a nada, señora. –Sus dedos se detuvieron en seco.

–No, le suplico, no pare…, continúe. –Él acató, esta vez más despacio, presionando apenas las teclas–. Recuerdo el miedo que sentía cuando los escuchaba, me persignaba y me escondía en el armario con mi hijo el mayor. Mi hermano es sacerdote, ¿sabe? Siempre temí por su vida. Menos mal que todo terminó como debía, los justos siempre triunfan, es ley histórica. –Le apretó la pierna.

La canción terminó. Mi abuelo se percató de que ella acariciaba su pierna, desde la rodilla hasta la cadera, subiendo y bajando.

–¿No va a hacer nada? –inquirió la señora, acercándose más a él.

Pero el solo imaginarse cerca de esa boca tan impía le provocó náuseas. Besar a esa mujer era traicionar su militancia. Se puso de pie.

–Tiene fuerza de voluntad, algo extraño en un hombre joven –sentenció–. Me alegro. Mire, no diré nombres, no quiero perjudicar a nadie, pero…, en la iglesia, un converso habló explícitamente de usted, de sus ideologías, de su fanatismo, de las reuniones clandestinas… No sabe la pena que me dio. Yo lo tenía en alta estima, pero soy piadosa, don

Antonio, y no hay nada que desee más que su salvación. Rezo por usted y por los suyos a diario.

Mi abuelo comprendió que nada podía remendar la situación y metió sus utensilios de vuelta en el maletín. Cuando estaba a punto de darle la espalda, la señora Castilla lo detuvo cogiéndolo del brazo.

–Hoy a las seis hay misa, venga con su mujer, traiga a su hijo. Sé que tienen un bebé. Confiésese, don Antonio. Bauticen al niño. Todos son bienvenidos en la casa del Señor.

Mi abuelo apretó los puños mientras hacía un esfuerzo por contener la rabia que le inflamaba el cuerpo. Ni siquiera se despidió, de hacerlo terminaría escupiendo su odio en forma de insultos. Salió abrazado al maletín, como si fuera un chaleco salvavidas. Y cuando se encontró con la calle principal, se sintió náufrago sin mar, ni barco, a la deriva por las calles del pueblo que lo había visto crecer. Sus piernas de niño habían corrido por esas calles empedradas. Allí en el quiosco había cortejado a Agustina y en el Ayuntamiento, al fondo, se había casado con ella. Allá, fuera de las calles, en la montaña, había improvisado trincheras, había disparado su fusil y había celebrado la caída de más de un militar. Había quemado más de un crucifijo y el manto de una virgen y había encerrado a un sacerdote en la sacristía de la iglesia, mientras lo amenazaba con quemar el altar en el que oficiaba sus misas, ¿y reía de sus lamentos comiendo pipas? Mi abuela cuenta que no le hizo daño, que lo dejó ir.

Mi abuelo, comprometido con su causa, al perder la guerra lo perdió todo. La maldita iglesia frente a la plaza se alzaba intacta. Un año antes, la hermana de mi abuela se había confesado sin saber que estaba cayendo en la trampa: delató a su propio marido, mi tío abuelo. Lo fusilaron. Un rojo menos, celebró el verdugo.

Mi abuela le suplicó a mi abuelo renunciar a su actividad política, mantener un perfil bajo: hazlo por el niño, nos necesita vivos. Hazlo por mí.

Él no toleraba verla llorar, con la cabeza del bebé pegada al pecho y el cuerpo enroscado en el colchón.

Hazlo por el niño.

Hazlo por mí.

Sí, mi abuelo se lo juró; ella quiso creer la mentira.

Fui a trabajar, nada más, le decía él. Ella dejó de insistir.

En el pueblo había más militantes que, como él, frecuentaban la buhardilla de Ibai para perderse entre el humo del tabaco y de la ensoñación. Planeaban derrocar a los opresores, a quienes utilizaban la fe para adoctrinar en la miseria y la ignorancia. Al finalizar cada reunión, mi abuelo tocaba el piano, interpretaba *La Internacional* y sus camaradas del partido alzaban el puño: «Cambiemos el mundo de base, hundiendo al imperio burgués», cantaban sin gritar.

Esa tarde, mi abuelo se detuvo frente a la parroquia. Observó los vitrales, las esculturas en relieve que, suplicantes, extendían las manos al cielo. Algo dentro de él lo incitó a adoptar esa misma posición: a derrumbarse en plena plaza, llorar y alzar los brazos para pedirle a un ser invisible que lo salvara, que salvara a su familia. Se tildó de estúpido: no hay mano divina que intervenga, el hombre es el único dueño de su destino. Tras pensar aquello, una golondrina abatida se desplomó, casi muerta, en el suelo, a un lado de su zapato. Tenía el ala izquierda herida. Mi abuelo la miró durante un rato y la alzó con ambas manos. Le acarició la cabecita con la yema de los dedos y emprendió su camino de vuelta a casa.

Encontró a mi abuela frente al fogón removiendo una fabada. En una esquina, el niño dormía en su cunita de madera con los brazos estirados por encima de la cabeza. Mi abuelo caminó hasta ella y le mostró la golondrina. Pero mi abuela no le prestó atención. Al ver su expresión, soltó el cucharón.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Mírala, Agustina, tiene el ala lastimada. La he traído para que se recupere aquí adentro, afuera hace mucho frío. –Le dio la espalda y dejó a la golondrina sobre la mesa.

–¡Antonio, dime! ¿¡Qué te pasa!? –Mi abuela alzó la voz con nervio, y el bebé, asustado, pegó un grito–. ¿¡Los han descubierto!?

–¿¡Qué te pasa a ti, mujer!? ¿De qué hablas? ¡Sabes bien que lo he dejado! ¡Lo dejé por ti y por el niño!

El bebé lloró más. Mi abuela lo tomó en brazos y con la yema de los dedos le acarició la cabeza, así como mi abuelo le acariciaba la cabeza a la golondrina.

–¿Podemos cenar ya? –preguntó él frente al fuego.

Ella sujetó a mi papá con el brazo derecho y, con la mano libre, sirvió

la sopa. Para él, mucho; ella, en cambio, comió poco. El niño se apretó contra su pecho. Mi abuelo sorbía de la cuchara sin soltar a la golondrina. Ella procuró memorizar el rostro de su esposo, las mejillas hundidas, el mentón afilado, esos ojos grandes y negrísimos, como el cielo de aquella noche sin estrellas. Lo examinó hasta que el cansancio terminó por vencerla. Se fue a la única habitación, donde se acostó con su hijo y lloró en silencio.

Mi abuelo acomodó a la golondrina junto al calentador y se dirigió a su piano. La música era su analgésico. Rozó con suavidad la esquina izquierda del teclado, las cuerdas envueltas en cobre fueron golpeadas por el martillo. Tocó, mientras mi abuela yacía con el brazo extendido bajo la cabeza de su hijo, de mi papá. De las manos de mi abuelo floreció una canción que ella no había escuchado. La melodía era ligera y frágil, emulaba el canto de un pájaro. Ella cerró los ojos para oír mejor. Abrazó a su hijo para darle calor mientras el viento se colaba por la ranura inferior de la ventana. Y lo escuchó, dejándose acariciar por la calma de aquella melodía alada.

–Esa noche sin estrellas, tu abuelo tocó *Vogel als Prophet* de Schumann y la golondrina trisó –me dice ella, la voz se le corta, pero se traga las lágrimas. Sujeto su mano incompleta. Me regala una sonrisa.

Cuando la canción terminó, mi abuela sacó del armario el maletín. Guardó las mantas de lana, algo de ropa y comida enlatada. Colocó la maleta bajo la cama. Extrañamente, consiguió dormir bien aun sabiendo que aquella era la última noche que pasaría en el hogar que habían edificado para su familia. No se enteró de cuando mi abuelo se metió a la cama. Él pasó las horas despierto mirando el techo.

Al día siguiente, un puño golpeó la puerta. Eran las ocho de la mañana. Mi abuela cogió el maletín, envolvió al niño y, desde el otro lado del pasillo, miró a su marido por última vez. Él confirmó su plan asintiendo con la cabeza: vete rápido, que no te vean, le murmuró. Mi abuela escapó por la puerta de atrás.

–¿Y luego? ¿Qué pasó? –llegados a este punto, soy yo quien pregunta. Entonces sí, hay interés de mi parte. Quiero que siga.

Pero ella enmudece. Esconde su huida en un búnker, se encierra allí dentro, no nos deja entrar. Ni siquiera mi padre sabe cómo fue que sobrevivió. En nuestra memoria histórica hay un agujero negro que nos

provoca desasosiego; suponemos la ruta que emprendió desde Besalú hasta Francia. Lo lógico es que haya cruzado los Pirineos, ¿cómo?, ¿a pie?, ¿cargando con mi padre? ¿Y luego qué? En los libros de historia aseguran que los exiliados de la Guerra Civil que huyeron a Francia pasaban meses encerrados en campos de concentración. El más famoso era el de Argelès-sur-Mer. Una multitud dormía sobre la arena, en una playa abierta, sin techo. ¿Qué comían?

–¿Qué le pasó a tu mano?

–No me veas. –Ahora es ella quien guarda su mano entre las telas de su falda–. A tu abuelo lo fusilaron en la plaza. –Vuelve a él, irremediablemente, vuelve a él–. Lo mataron al mediodía, mientras la campana del pueblo anunciaba el inicio de otra misa… A esa hora mataban a los nuestros. Cantaban el aleluya y se oían los disparos.

Con la mano libre me quita la fotografía y la contempla de nuevo. Pronuncia su nombre, que es también el mío, tres veces: Antonio, Antonio, Antonio. Ella así lo invoca. Ella así reza.

–Los mismos ojos, los mismos dedos, niño. –Me ve con nostalgia. Yo me reconozco en la fotografía: los mismos rasgos y, además, compartimos profesión.

No puedo más. Necesito despejarme. Voy al baño a mojarme la cara. Cuando salgo, ella ya está de pie. Se ha puesto los pendientes de perla y sostiene el bolso negro que usa para salir. Ya no esconde la mano, la posa sobre los girasoles que le adornan la falda.

–¿Estás lista? –le pregunto, aunque es obvio que sí.

–Ya sácame de aquí. –Ríe de nuevo y le da un par de golpecitos a la pared.

En el coche, las jacarandas tiñen de morado el cristal del parabrisas; ella las mira desacostumbrada. Ver su sorpresa me hace sentir culpable; yo sí estoy habituado a ver las calles de color púrpura. Podría visitarla más, venir con mis hijos, podría llevarla a comer los domingos, al cine o al parque. Se nos acaba el tiempo. Podría, pero no lo hago. Ella me dice que la primavera en la Ciudad de México es muy bonita, *especial*, usa esa palabra. Le doy la razón.

Me estaciono frente al auditorio. Antes de cruzar las puertas del

recinto, me toma la mano. Siento su dedo incompleto. No la suelto. La acompaño hasta su asiento y ella, airosa, se coloca entre el público. El pianista es mi nieto, le dice a la mujer de al lado. Yo me sonrojo, como me sonrojaba de niño antes de subir a tocar.

Las rodillas me tiemblan. Han pasado años desde la última vez que ella asistió a uno de mis conciertos.

Las partituras me esperan abiertas sobre el atril. El silencio impera. Leo el título. Acomodo los dedos sobre las teclas. La busco antes de comenzar. Entre las cabezas, identifico un borrón rojo. Por debajo de ese pelo brillante, su rostro anhela; ella hoy se sabe protagonista, no le cabe la sonrisa en la cara.

Es ahora o nunca, me digo.

Devuelvo la vista a mis dedos, que son diez.

Mi meñique se sacude por la esquina izquierda del teclado. Cómo me gusta hacer sonar las octavas más bajas del piano. El fino alambre de cobre que se enrosca en las cuerdas añade peso y ayuda a que el sonido llegue a frecuencias más bajas.

La tecla pulsada eleva el macillo.
El macillo golpea la cuerda.
El apagador la silencia.
El impulso y la caída de cada nota.

La miro otra vez.

Y bajo el cielo mexicano, que está muy lejos de la tierra sobre la que murió mi abuelo, suena *Vogel als Prophet* de Schumann.

Epílogo
Escombros de Luna

Reventaron la Luna. Sus escombros vuelan alrededor de la Tierra, ahora tenemos anillos como los de Saturno. De vez en cuando un trozo se desprende y cae, la velocidad lo hace arder, son meteoritos. Nuestro sentido común es otro: avanzamos con la vista en el suelo para no tropezar con los escombros y mantenemos la atención suspendida en el cielo para esquivar las piedras que, a veces, se precipitan. Ya nos acostumbramos a este paisaje gris, al césped muerto, a los troncos secos. Cuando amanece, el polvo de Luna tapiza las ventanas. El rocío es ceniza. Desaparecieron las estaciones. El frío dura todo el año. No sabría decir cuánto dura un año –tenemos que aprender a medir el tiempo otra vez–. A los días les calculo unas cuatro o cinco horas; y los años son bastante más largos, al igual que nuestro ciclo menstrual. No hay orden reproductivo, no hay ritmo. Detonaron la Luna y comenzó una extinción lenta pero total. Dicen que sucederá en fases. Los animales nocturnos, al carecer de guía, se pierden, como se pierden las tortugas que salen de sus huevos en busca del mar. La desorientación mata.

Las noches también duran menos, pero el horror hace que se sientan larguísimas. La penumbra lo cubre todo: alzas la mano frente a tu cara y no la ves. En la oscuridad, los *sincuerpo* suplican, arañan, chillan; sus

gritos martillan nuestros oídos. La Luna era el faro que indicaba el camino al más allá. Sin ella, los muertos se quedaron varados aquí, perdidos como las aves migratorias. Ellos tampoco saben a dónde dirigirse. Los seducen las luces artificiales, como a los mosquitos. Antes de que anochezca, Andrés y yo dejamos una linterna al fondo del jardín para que se vayan lo más lejos posible de la habitación, para que griten allá y nos dejen descansar.

Andrés le da un trago a su agua de horchata amarillenta. De vez en cuando salimos a tomar algo para pretender normalidad. Saco de mi bolsa la cajetilla de cigarros que encontramos en la cocina. Quedan diez, hay que atesorarlos. Me llevo uno a la boca y lo enciendo. Qué delicia. Reclino la cabeza, saboreo el humo. El techo de la cafetería me recuerda a las oficinas de antes: es la típica cuadrícula de metal con placas de hormigón y luces led que solo sirven para dejarte ciego. Al devolver la vista al frente, mis ojos trazan varios foquitos incandescentes sobre la cara de Andrés, es como si tuviera una cadena de lucecitas de navidad amarrada.

–¿Qué vamos a hacer hoy? –le pregunto, cerrando los ojos con fuerza para recuperarme.

Él se columpia hacia adelante y hacia atrás en la silla de plástico.

–¿Cine? ¿Una peli gore? –propone.

Llamamos cine a elegir una película de entre las pilas de CD que hay en casa, son tantas que es como ir al Blockbuster.

–¿Por qué tiene que ser gore? La última fue espantosa… No me dejó dormir.

–Bueno, algo de terror sobrenatural, no gore –intenta convencerme y yo sacudo la cabeza.

–No vas a cambiar nunca.

–Ya he cambiado lo suficiente.

–Tengo una mejor idea –le digo emocionada.

–El sexo viene incluido en cualquier plan. –Me guiña el ojo.

–No iba a decir eso. Y no siempre viene incluido.

–Ay, no te hagas, siempre quieres.

–No siempre.

–Siempre, Cata, siempre. Eres peor que yo.

Se me escapa una risita. Sobre la mesa está la tira de fotos que nos

tomamos antes de sentarnos aquí. Encontramos la cabina fotográfica en la entrada de este centro comercial que se cae a pedazos. Cuando nos dimos cuenta de que aún funcionaba se nos escapó un grito de emoción. En la primera foto salgo mordiéndole la oreja, en la segunda reímos como dos tontos, en la tercera nos besamos. Sus besos me saben a vida, a la pasión que hubo en el almacén del hotel donde nos conocimos. Shhh, no hagas ruido, me tapaba la boca, pero el gerente nos descubrió en el acto. Obviamente nos despidió ese día. En la calle, nos abrazamos como dos ladrones que se habían salido con la suya. El hotel era bastante espantoso. Los baños olían a cañería. Creímos, ilusamente, que nos habíamos liberado, que encontraríamos un trabajo decente. Pero la explosión sucedió a los pocos días de nuestro despido. El terremoto fue impresionante, mató a mucha gente. Los escombros aplastaron coches, edificios, casas. Cuando creíamos que no podía empeorar, llegó la noche acompañada de la niebla. Es densa, un manto viscoso que sobrevuela cada calle, cada espacio abierto. Mató a quien estaba fuera. La niebla nocturna atrapa lento, entra por los ojos, por la boca. Fosiliza, congela los órganos y los músculos.

Afuera, el sol nos regala unos minutos más de luz. Admiro la tira de fotos de nuevo. Me gusta ver la boca de Andrés ensamblándose con la mía, me gusta ver mis dedos encajados en su pelo rubio, no recuerdo cuándo fue la última vez que se peinó. Guardo la foto en mi cartera. No la vaya a olvidar.

–¿Entonces? ¿Qué ibas a proponer? –me pregunta.

–Terminar el rompecabezas.

–¡Qué hueva!

–Lleva años ahí –me quejo.

–No sabes cuánto tiempo ha pasado, Cata.

–Es una expresión. Lleva mucho ahí. Ni siquiera podemos usar la mesa. Me urge terminarlo.

–¿Para qué? ¿Enmarcarlo como si fuéramos una pareja de viejos que no tiene para comprarse un cuadro de verdad?

–Bueno fuera tener para un marco, pero ni eso…

–Entonces, ¿lo terminamos y lo devolvemos a su caja?

–Así funciona, ¿no?

Su silencio es un *no* rotundo. El rompecabezas es del cuadro *La*

muerte y la doncella de Hans Baldung. En la imagen, un esqueleto mordisquea a una mujer desnuda, la corteja. Me gusta, aunque no sé quién en su sano juicio lo elegiría. Los antiguos dueños de la cabaña tenían gustos peculiares: les fascinaba el terror asiático y los cómics sórdidos. En las fotografías más recientes les calculo unos sesenta y tantos. Ella se llamaba Clara. No sabemos qué les pasó. Encontramos la cabaña deshabitada y la hicimos nuestra. Ya no importa de quién sea qué, nadie pregunta, todos somos okupas.

–Siendo sincero, Cata, me da igual… –La expresión de Andrés se ha apagado, habla en el tono cínico que tanto odio y el estómago se me encoge.

–¿Qué? –cuestiono haciéndome la tonta.

–Ya no me importa, ya no quiero.

Va a empezar.

–Andrés…

–Esto es una pesadilla –me interrumpe–. Fingimos, pero sabemos que es una mierda. Mira. –Señala la ventana para mostrarme el exterior como si yo no fuera consciente de nuestra realidad. Por la carretera no pasa un solo coche. El estacionamiento está vacío, a excepción de nuestra camioneta, una vieja Dodge que pertenecía al vecino.

–Andrés… –repito. Su semblante despide agonía. Debajo, un trozo de la fotografía se asoma en mi bolsa; hace unos minutos él reía. ¿Qué cambió? Odio esto. Odio suplicarle, y odio imaginar una vida sin él. Hacía mucho que no hablaba de matarse–. No te mueras antes que yo.

–Es egoísta de tu parte, Cata.

Alza la mano derecha para mostrármela. La tiene hinchadísima, sus dedos están abultados y empiezan a gangrenarse. Cierro los ojos, no quiero ver su dolor. Las farmacias dejaron de vender los medicamentos que Andrés necesita para calmar los ataques de gota. Sin las pastillas, los episodios son cada vez más frecuentes. Él dice que siente como si tuviera trocitos de cristales viajando por sus venas y arañándolo por dentro.

–Los *sincuerpo* sufren más –es lo único que se me ocurre decir.

–No sabes. Lo sabrás cuando seas una de ellos.

–¿Qué no los oyes llorar? Chillan porque les duele.

–No sabes, Cata. Sin cuerpo no tiene por qué doler.

El sol comienza a ocultarse detrás de la colina. Desde la barra el

mesero alza las cejas. Entiendo el gesto. Afirmo con la cabeza: se nos hace tarde. Nos tenemos que ir.

–Andrés, vámonos.

Los atardeceres duran poco. Un halo anaranjado delinea la cordillera. Me acerco a él para acariciar su mano. Está caliente. Acaricio también sus mejillas con la yema de los dedos; su piel es una lija, se rasuró ayer y apenas comienza a salirle la barba.

El mesero me entrega una hoja cortada por la mitad, ha escrito con pluma azul el precio del agua de horchata: quince pesos. Andrés da un último trago y se pone de pie. Dejo caer los hombros aliviada, viene conmigo. Saco del bolso dos monedas de diez pesos y las dejo sobre el papel. Me despido del mesero alzando la mano. Sin hablarnos, nos ponemos los abrigos, las bufandas, los guantes y los gorros. Al abrir la puerta, el aire nos golpea de frente. Me seca los ojos.

Ya se ve la niebla, su túnica verdosa cubre los picos de la sierra.

–Camina más rápido –le ordeno.

–No puedes obligarme, Cata. –Andrés ya no camina. Está de pie en el centro de la explanada.

–¿Qué quieres? ¿Que te ruegue? –Él aprieta la mandíbula, tiene los pies anclados al suelo–. ¿Cuál es tu plan? ¿Quedarte aquí en medio de la nada esperando que la niebla te coma? Tú que tanto te quejas del dolor…

–¿Qué más puedo hacer? Si escondiste los putos cuchillos.

–Andrés… por favor. –La desesperación se cuela por mi voz.

Sobre nuestras cabezas, el velo de niebla tiñe el cielo de un azul turbio. Ya no hay sol. La noche y la niebla descienden a la par. El frío es seco, me rompe los labios, y el viento se filtra entre los árboles a nuestro costado. Recoge fuerza. De pronto, su silbido se transforma en un grito prolongado y agudo que me arrebata la atención de Andrés y me fuerza a fijarme en el laberinto de árboles muertos.

–¿Escuchaste eso? –le pregunto.

–Es el viento.

–No. Eso no. Lo otro.

Vuelve el llanto. Es rítmico, constante. Gritos y sollozos que pausan a los pocos segundos para tragar aire y volver con más ganas. Es el llanto de un bebé.

Andrés no se inmuta; sigue firme.

–¡Viene de allá! –Señalo el bosque–. Hay un bebé. ¡Tenemos que ir a buscarlo!

Andrés no se percata.

–¡Andrés! ¡Carajo!

–Suficiente, Cata. No puedes elegir por mí.

–¡Andrés! ¡Hay un bebé llorando! –Pero él no reacciona. Y yo no puedo quedarme aquí parada cuando hay un bebé suplicando ayuda en algún lugar de esta desolación–. ¡Andrés!

Sin pensar, le doy la espalda. Atravieso la explanada corriendo. Penetro en la arboleda extinta. En el paisaje todo idéntico, el llanto es mi brújula. Lo persigo tan rápido como puedo, manteniendo la vista en el suelo, en el camino áspero, en los troncos caídos. El bebé llora aún. ¡Llora más fuerte!, le grito. Me estoy acercando. Se oye cada vez más cerca. ¡Sigue!, ¡llora!, le ordeno. Y él me obedece. Hasta que una rama cruje bajo mi bota y el llanto se evapora para convertirse, una vez más, en el silbido del aire frío que me rasga las mejillas. Allí está. Yace el bebé sobre una cama de hojas secas, junto a una rama más grande. Está abrigado de pies a cabeza: gorro, guantes, y un mameluco polar que lo protege lo suficiente del frío. Al verme, sacude las manos en el aire. Balbucea queriendo decirme algo.

Tendrá siete u ocho meses. ¿Qué hace un ser tan indefenso abandonado aquí? ¿Lo querían matar? No lo entiendo.

Lo levanto y, con la misma prisa, corro de vuelta al estacionamiento. Sigo el camino, mientras el bebé me jala el pelo con una mano y con la otra se agarra a mi bufanda. Sujeto su cabeza para evitar que, en caso de que yo caiga, él se golpee.

¡Andrés! ¡Ya voy! ¡Voy con el bebé! ¡Ves cómo no estoy loca! ¡Sí había un bebé! ¡Sí había un bebé! ¡Aquí está!, mis frases son gritos entrecortados porque me falta el aire. Aunque me cueste, quiero hablarle y que mi voz mantenga a Andrés en donde está, que al salir del bosque lo encuentre, enojado, sí, pero allí, esperándome. Ya lidiaré con su enfado al llegar a casa. No te muevas, Andrés, no te vayas. Corro. Aprieto el cuerpecito del niño contra mi pecho. Él me patea el estómago. A lo lejos, alcanzo a vislumbrar la línea del cemento gris. Quiero verlo, quiero ver sus piernas, pero no lo encuentro. Se me aplastan los pulmones. Pierdo

de vista el suelo. Ya no me importa caerme. Solo soy capaz de notar su ausencia.

No lo veo.

Andrés no está.

Pongo el primer pie sobre la explanada. Fuera del refugio del bosque, el aire azota con crueldad. La niebla está a unos cuantos metros de alcanzar el suelo. Me da igual que me coma, me da igual que me aplaste; no quiero vivir sin él, no sin él. No sin Andrés. Irme es dejarlo morir.

Corro hasta la carretera. Busco su silueta. Nada.

Voy a la cafetería y me asomo por la ventana, quizá se ha resguardado dentro. Nadie.

Lo busco con la voz: en el estacionamiento lo llamo y el niño grita conmigo. El bosque me devuelve su nombre convertido en eco.

¿Andrés?

Derrotada, subo a la camioneta con el bebé. Tras el parabrisas empañado berreo, mientras el niño aletea como un pajarillo sobre mi regazo. ¿Por qué te fuiste, Andrés? ¿Por qué me dejaste? Para mi mala suerte seguramente sobreviviré a esto.

Enciendo el coche. El motor se queja, tiene frío. Después de tres reproches cede. No me atrevo a pisar el acelerador, irme es matarlo. ¿Cuánto tiempo llevas luchando por mantenerlo vivo?, me pregunto. No sé la respuesta, no sé medir el tiempo.

Miro por el retrovisor, quiero encontrarme con su sombra, pero no hay más que niebla. Poco a poco, acelero. El bebé ya no se mueve, se recuesta tranquilo sobre mi regazo. Intento maniobrar con una sola mano para no soltarlo.

Avanzamos.

Nos rodea el silencio de esta naturaleza aniquilada, de un suelo infecundo, de una vida sin futuro. Nos abate la desgracia y, aun así, yo continúo, ¿por qué? Si esto no es vida. Pero miro de vez en cuando al bebé que me observa desde abajo como si yo, una completa inepta, fuera su madre y me abraza la pierna y no puedo frenar, sigo.

Llegamos. Las luces del interior están apagadas y en el pórtico se ha quedado el suéter azul de Andrés. La niebla lo va a congelar.

El bebé se quedó dormido. Suspira su aliento nuevo. Lo cubro con ambos brazos para protegerlo del frío. Tomo una buena bocanada de aire

antes de abrir la puerta de la camioneta, sospecho que afuera me costará respirar. La niebla ya está abajo. Me apresa los pies, pero los arrastro con toda mi fuerza hasta subir los dos escalones del pórtico.

Entro. El aroma a madera envejecida del interior me devuelve a un pasado muerto, a la tarde en que abrimos esa misma puerta por primera vez y Andrés me dio la mano y me plantó un beso mojado y con una reverencia me dijo bienvenida sea usted a este su hogar. Aunque no nos pertenecía, nos la habíamos apropiado a nuestra manera, maldita sea, y él estaba feliz, a veces parecía feliz… ¿Dónde estás?, le pregunto a las paredes. ¿Dónde estás?, aquí están tus cosas, lo dejaste todo intacto. El rompecabezas sigue ahí, a medias, con la mayoría de las piezas esparcidas sobre la mesa y la película que estabas viendo se quedó a la mitad. ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué dejaste que te comiera la tristeza?, ahí está también el libro que leías, *Cementerio de animales*, de Stephen King, y del bolso saco la tira de fotos y te veo sonriendo. Minutos antes de que te extraviaras sonreías y, de repente, ya no.

El bebé abre los ojos entre mis brazos.

–Bienvenido –le digo y enciendo la calefacción–. ¿Tienes hambre?

Revuelvo con ansiedad entre las latas de la despensa a ver qué le puedo ofrecer. Hay un cartón de leche de vaca, es vieja pero aún no ha caducado. Abro las estanterías. Lloro lágrimas agrias mientras busco algo que me sea útil para darle la leche al niño. Y él grita de nuevo. ¡Ya voy!, le digo, como si eso fuera a parar el llanto. Encuentro una botella de plástico, la enjuago. Clavo las tijeras en la tapa para hacerle un hoyo. Alzo la cabeza del bebé, le acerco la botella a los labios.

–Vamos, toma, es leche. –Él obedece. Ya no llora. Sorbe despacio, con los ojos entrecerrados, como si estuviera en trance. La leche chorrea por su barbilla, se escurre hasta caer sobre la sábana. Suspiro de alivio. Me río y lloro al mismo tiempo. Estoy jodida…–. ¡Ay, niño! –exclamo, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando se queda dormido, lo envuelvo en una cobija de lana. Es demasiado dura para un bebé, pero mejor eso que nada. Me recuesto a su lado. Con el brazo bajo su cabecita, admiro sus fosas nasales minúsculas, el labio superior en forma de corazón y las pestañitas rizadas. Mira, Andrés, este niño es nuestro, así como la casa y la camioneta, todo lo nuestro lo hemos encontrado tirado en el camino.

Afuera, en la esquina más lejana del jardín, la linterna atrae a los *sincuerpo*. Una parte de mí me insta a encender la luz de la habitación, atraerlos aquí. Quiero encontrar la voz de Andrés entre la de los muertos. Pero no. El bebé está aquí, la suya es una paz que hacía mucho no admiraba. Lo abrazo. Siento culpa por la vida que tendrá en este mundo que ya no sabe sostenernos. Vaya tiempos son estos para nacer.

Lo abrazo. No lo suelto.

El sol se cuela por las ventanas sucias, nos ilumina la cara. Abrimos los ojos los dos. El bosque luce ligeramente más vivo que antes, ya no está muerto, solo desmayado. Y el terreno montañoso de la Sierra Madre se extiende imponente frente a la cabaña. Me acerco a la ventana para buscar a Andrés. Quizá logró sobrevivir a la noche, quizá él vuelva y me encuentre aquí, convertida en madre.

Tres golpes discretos llaman a la puerta. La sorpresa me atraganta. Es él. Me río, quiero tirarme de rodillas en el suelo y reírme y golpearlo, regañarlo, ¿cómo te atreves? Pero tengo que abrirle y él llama de nuevo.

–¿Andrés? ¡Ya voy!

Casi me tropiezo con la manta gruesa, pero recupero el equilibrio y no he soltado al bebé y él tampoco me suelta a mí.

Al abrir la puerta la claridad me deslumbra. Me tapo la frente con la palma de la mano para ver mejor: no es Andrés. Son dos mujeres adultas, una de tez negra con el pelo largo en rastas; la otra es blanca, de cabello corto y lleva unos enormes pendientes de plata. Sujetan una canasta a la que no le cabe nada más.

–Escuchamos al bebé anoche. No sabíamos si era verdad… –dice la mujer negra y extiende los brazos para mostrarme la canasta.

–Es verdad –exclama la otra mujer al borde de las lágrimas.

Yo no respondo, no entiendo qué está pasando.

–¿Cómo se llama? –me preguntan señalando al niño.

–No sé –les respondo, aún perpleja.

–Queremos ayudar. Si es que necesitas ayuda, claro.

Sujeto el pie del bebé y abro más la puerta para dejarlas verlo mejor.

–Creo que sí necesito ayuda –digo y ellas sonríen.

–Las madres siempre necesitan ayuda. Me llamo Alika, ella es Rocío. Somos tus vecinas, en la cabaña que está allá, a la izquierda. –Nunca las había visto–. Aquí hay comida, es lo que teníamos en casa, pero seguro

podemos encontrar más. Esta manta tiene la esquina descosida, pero es de algodón, sirve…

–Era de mi hija –interviene Rocío–. Aquí también hay leche en polvo. –Señala el interior de la canasta.

Bajo los rayos blancos del sol, la ceniza parece nieve.

A lo lejos se oye otra voz. Es otra mujer que pregunta si era cierto lo que oyó por la noche. Abre la ventana de la cabaña de enfrente. Yo creía que estaba deshabitada. Es una mujer mayor, de mejillas rojas y pelo blanco.

–Pensé que era mi imaginación. ¡Tengo aguja y estambre! Puedo ayudarles a coser la manta. Y sé tejer, puedo hacerle algo de ropita. Se me da bien… Mi refrigerador sirve, puedes guardar comida aquí.

Retengo el llanto.

–Yo también lo escuché. –Otra voz. Otra desconocida arrastra su bicicleta por el camino–. Un bebé… –exclama y en sus ojos hay algo que hacía muchísimo tiempo no presenciaba: ¿esperanza?

El niño grita.

Su voz es el canto de la sirena. Nosotras lo oímos.

Nos llama.

Nos reúne en torno a él.

Él es vida nueva.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a Carlos Montuenga, mi lector cero, por acompañarme a lo largo de este viaje, y a mis amigos cuentistas Alicia Trujillo, Pedro Martínez y Alejandro Arrieta, por haber leído y comentado todos estos cuentos en un rincón del Café Ajenjo. También a Jessica Zamahara López, por los comentarios en los que, brillantemente, subrayó detalles ocultos de las tramas. Y a Mariana Covarrubias, por su tiempo y su consejo.

A mi mamá, por leer y releer las cosas que se me ocurren; a mis hijos y a mi esposo, por habitar este espacio entre frases e ideas escritas en hojas sueltas que se van perdiendo por la casa.

Gracias siempre a quienes estuvieron durante el derrumbe, y a quienes se han quedado para levantar conmigo algo nuevo de entre los escombros.

Este libro es ritual de cierre. Lo que venga después será vida nueva.



Acerca de la autora

NATALIA M. ALCALDE (Guanajuato, México, 1992) es escritora y gestora cultural. Es licenciada en Lenguas Modernas y Gestión Cultural por la Universidad Anáhuac México, Campus Norte, y en Estudios de Museos por la Universidad de Ámsterdam. Ha colaborado como gestora cultural en centros culturales y educativos, entre los que se encuentran la Fundación Juan March, la Institución Libre de Enseñanza y la Gallerie degli Uffizi, en Florencia. Cuenta con artículos de investigación publicados en Ágora, del Colegio de México; Imaginaires, de la Gallerie degli Uffizi y Doble Clic en la March, de la Fundación Juan March. Asimismo, escribe relatos de forma periódica para distintas revistas literarias de México y España, donde recientemente participó en la antología Archipiélago 988.

Su ópera prima, Delirio, fue seleccionada por el periódico El País como una de las mejores novelas negras de 2022.

© 2026, Natalia Martínez Alcalde
Representada por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan.

Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Fotografía de portada: © Tea Jagodic / Trevillion Images

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2026
ISBN: 978-607-39-5098-5

Primera edición en formato epub: noviembre de 2026
ISBN: 978-607-39-5375-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Primera parte
Un plato con sal
El bracito
Grillos en el estuche
Lisztomanía
El Olvido
Segunda parte
Almas heridas
Adentro
Busco casa
Tercera parte
El impulso y la caída
Epílogo. Escombros de Luna
Agradecimientos
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros